

LA QUIMERA DEL ORO

1⁵⁰ pts.



SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES S.A.

Diputación, 211
BARCELONA

Valverde, 21-dur
MADRID.



LA QUIMERA DEL ORO

ESTE LIBRO PERTENECE A LA COLECCIÓN

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

Colección de grandes novelas basadas en los argumentos de las mejores producciones de la cinematografía, interpretadas por las estrellas más renombradas, cuyas fotografías adornan nuestras ediciones, reuniendo en un tomo una preciosa novela y un interesante álbum de reproducciones fotográficas de los mejores artistas de la pantalla.

VOLÚMENES PUBLICADOS

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS, por Luis Feuillade y Pablo Cartoux. Interpretación de la notable actriz Sandra Milowanoff y el actor cómico Biscot	2	ptas.
JUDEX, por Luis Feuillade y Arturo Bernède. Interpretada por el célebre René Navarro	2	"
LA NUEVA VISIÓN DE JUDEX. Segunda parte de «Judex»	2	"
LA HURFANITA, por Luis Feuillade y Federico Boute. Por los mismos intérpretes de «Las dos niñas de París»	2	"
BARRABÁS, por Luis Feuillade. Interesantísimo argumento	2	"
EL SEÑO DEL ZORRO, por el popularísimo Douglas Fairbanks	1'50	"
LA COQUETA IRRESISTIBLE. Asunto moderno y original, por la estrella Constance Talmadge	2	"
PARISIETTE, por Luis Feuillade. Por la sublime actriz Sandra Milowanoff	2	"
EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por Arturo Bernède. Emocionante novela dramática	2	"
POR LA PUERTA DE SERVICIO. Delicada comedia por la mimada del público Mary Pickford	2	"
LA AMORAZADA, por Pierre Decourcelle, autor de «Los dos pilletes». Misterio y emoción	2	"
PIQUETILLA. Novela norteamericana, por la graciosa artista Dorothy Gish	2	"
EL HIJO DEL PIRATA, por Luis Feuillade y Pablo Cartoux. Interpretación de Aimé Simon Gerard	2	"
EL CAPITÁN KIDD. Por el gran atleta y conocido artista Eddie Polo	2	"
LOS PAREAS DEL AMOR, por Marcel Aillaud. Gran asunto pasional	2	"
ESPOSAS PRIVADAS. Drama americano de gran interés	2	"
LA DUEÑA DEL MUNDO. Novela de aventuras, por Mia May	2	"
LA TRADICIÓN DEL CORREO DE LYON, por Léon Poirier. Historia de un lamentable error judicial	2	"
EL HIJO DE LA PARROQUIA, por Carlos Dickens. Obra maestra, de fama universal, interpretada por el niño-prodigio Jackie Coogan	1'50	"
EL MILAGRO, por Frank L. Packard. Por el notable actor Tomás Meigham	1'50	"
RICARDO CORAZÓN DE LEÓN, por Walter Scott. Sacada de la novela «El talismán o Ricardo en Palestina»	2	"
EL HURFANO DE PARÍS, por Luis Feuillade. Un detective de quince años: creación de Minutillo y la niña Bonboule	2	"
EL LADRÓN DE RICHIA. Cuento oriental de «Las mil y una noches». Por el gran favorito Douglas Fairbanks	1'50	"
DOROTHEA VERNON, por Carlos May. Preciosa novela en que la incomparable Mary Pickford se supera a sí misma	2	"
DON Q. HIJO DEL ZORRO. Por Douglas Fairbanks. Continuación de «El signo del Zorro»	1'50	"
LA PEQUEÑA ANITA. Sublime creación de Mary Pickford	1'50	"
LA QUIMERA DEL ORO. La película definitiva de Charles Chaplin (Charlot)	1'50	"

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

LA QUIMERA ≡ DEL ORO ≡

Basada en la película marca "Artistas Unidos",
interpretada por Charles Chaplin CHARLOT

Adaptación de José Sánchez Sancho



SOCIETAT GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
DIPUTACIÓ, 211. — BARCELONA :: VALVERDE, 21 DUP. — MADRID

Adaptación autorizada por
"ARTISTAS UNIDOS"

— ■ —

Fotografías facilitadas por
E. Gurt, representante en Es-
paña de la Sociedad
«ARTISTAS UNIDOS»

ACABAMOS DE PUBLICAR
DON Q., HIJO DEL ZORRO
(Continuación de «EL SIGNO DEL ZORRO»)

A MODO DE PRÓLOGO

Mi difunto tío Pepe era la vulgaridad hecha hombre y bautizada con el no menos vulgarísimo e incoloro nombre de José. Llamarse José en España es no tener nombre de pila, estar aún por bautizar, no llamarse absolutamente nada o llamarse sólo *Chis*, nombre que, por no ser nombre, no se halla en el santoral. En cualquier calle española y concurrida griten ustedes: ¡José! o griten: ¡Chis!, el resultado será exactamente el mismo: si hay cien varones, noventa y cinco volverán luego la cara, atendiendo a la llamada. De los cinco que no vuelvan la cabeza, cuatro no se llaman Pepe; el quinto, que no hace caso, es sordo como una tapia.

Como hombre vulgar que era, mi tío Pepe lloraba en las comedias sentimentales, se deleitaba con el fonógrafo y le enamoraban las mujeres coloradotas y grasas.

Como todos los muchachos del sencillo siglo XIX (Daudet le ha llamado estúpido), había leído

con un alán engañoso las obras de Julio Verne, creyendo de buena fe que además de ser amenas eran científicas.

Se casó joven y tuvo mucha familia; ya he dicho que era vulgar.

A medida que sus hijos iban dominando el alfabeto, les hacía leer a Julio Verne, muy persuadido de que les preparaba el espíritu y les despertaba la afición a las heroicas empresas y a correr mundo, dos cosas en las que pensaba mi tío constantemente, arrepentido sin duda de haber llevado una vida vulgarota y sin provecho en la quietud enfadosa del hogar que le vio nacer y en que pensaba morir.

No quería para sus hijos esta fijeza de roca y esa quietud de alcornoque.

La cansadera lectura, impuesta como un castigo, de Julio Verne hizo a mis primos enemigos de los viajes. ¡Nada de islas misteriosas ni de viajes a la luna!

Encorajinéle a mi tío Pepe

el desengaño, y para dar el ejemplo con su propio sacrificio determinó, ya en edad muy avanzada, correr él las aventuras que sus hijos desafiaban. Nuevo y engañado don Quijote, le hacían loco las locuras de los libros.

Desoyendo los consejos y abandonando su hacienda, tomó un pasaje y se embarcó para Alaska, país del que él había leído que estaba por explotar y pidiendo a voces osados aventureros a quien rendir generosos los tesoros de su suelo.

A los dos años cabales volvió mi tío a su hogar, triste, envejecido, acobardado y pobre como una rata. Salíó de casa con equipaje y regresaba con las manos vacías; llevó ilusiones y volvió decepcionado.

Por todo traer traía esta brevísima historia que había escrito en sus ratos de vagar. Mientras vivió, buscó en vano un editor complaciente que la quisiera editar. La encontraban mal escrita, poco sentimental y plagada de inútiles digresiones.

Cuando mi tío murió, me confió el manuscrito, obligándome a jurar ante su lecho de muerte, que había de darlo a luz, si se presentaba la ocasión.

Se ha presentado, y publico la novela que escribió mi tío, no porque crea que ha de contribuir al lustre de su modesto apellido, mas por cumplir, como cristiano que soy, la palabra dada a un familiar moribundo.

Tengan en cuenta mis buenas razones y mi buen deseo los lectores que se aburren.

CAPÍTULO PRIMERO

¡Pa mí que nieva!

En España no sabemos lo que es nevar... Si, si, ya sé que en Segovia y en Avila y en Asturias tienen una idea aproximada de lo que es la nieve y de lo que son ventiscas. Para España no está mal, pero para tener una idea exacta de lo que es una tempestad de nieve hay que darse una vuelta por Alaska un día del mes de enero, o de febrero, o de marzo...

En el mes de enero precisamente tuvo Charlot la desatinada idea de darse un paseo por Alaska, sólo por ver si era cierto cuanto se cuenta en los libros de este país de leyenda, del que se dice que está el oro por los suelos. Para ser rico en Alaska no hay que tomarse otro trabajo que agacharse un poco y alargar la mano.

Si no nevase en Alaska, esta operación la podría hacer un niño; pero como nieva todo el

año, esta labor, tan sencilla al parecer, se hace penosa y difícil. Hay que aguardar pacientemente el deshielo, pasando hambre y tiritando de frío. Olvidando este pormenor, muchos que van ilusionados a Alaska sufren una decepción. Dedicados noche y día a buscar oro, no consiguen otra cosa que llenarse de molestos sabañones las manos trabajadoras y ávidas con que pensaban atrapar a la burlona Fortuna... Pero no hablemos de esto, porque estas desilusiones y estos fracasos han sido ya referidos en muchos libros serietes, destinados a probar que el que nace para ochavo no puede llegar a cuartos, «que son muchos los llamados y pocos los elegidos» y otras verdades profundas y filosóficas, que hace siglos andan pregonadas en refranes vulgarísimos.

Por ignorar estas sentencias y

por no haber leído una de las muchas obras en que se pintan con vivísimos colores las penalidades que hay que pasar en Alaska, para dar un día u otro en el filón codiciado, estuvo Charlot a punto de dar fin de muy mal modo a su vida divertida y regalada.

Es verdadero milagro que el intrépido Charlot saliera sano y con vida de la aventura en que se metió, marchando a Alaska en pleno invierno, llevando por todo abrigo una misérrima manta, no más grande que un pañuelo de bolsillo.

Charlot marchaba tranquilo por la llanura nevada, avanzando poco a poco con su paso menudito y cadencioso.

La nieve, que caía sin cesar en grandes copos, formaba caprichosas montañas blancas y yertas sobre el hongo ya pasadito de moda del arriesgado viajero; los zapatos charlotescos, grandes y pesados como naves, se hundían en la crujidora nieve, dejando una enorme huella; el bigotillo característico había perdido su negrura pronunciada, repentinamente blanqueado por la nieve.

Pero Charlot no se arredra. Esguío, optimista, confiado, sigue la arriesgada caminata. Cuando se cansa de la llanura, emprende la ascensión a una mon-

taña, y ni la nieve le asusta, ni los precipicios le detienen, ni los ventisqueros le amedrentan.

Y así hubiese caminado eternamente este heroico explorador, si todo se hubiese reducido a la caída de pausados copos de blanca nieve.

Pero la Naturaleza es pródiga; tanto los bienes como los males nos los da con abundancia. Por saber esto tienen declarado los filósofos que cuando sufrimos un mal debemos darnos por favorecidos y demostrar alegría, bien convencidos de que no es aquel daño el último ni el más grande de los que en la vida nos esperan.

No tardó el resignado Charlot en comprobar la verdad de esta sentencia.

La nevada a *palo seco*, quiero decir, la nevada sin complicaciones, era un regalo, casi un encanto en Alaska. Pero a la nieve se le agregó el huracán.

Hasta entonces, los copos habían ido cayendo con lentitud acompasada y graciosa; descendían de las nubes poquito a poco como blancas mariposas temblorosas, que después de agitar como con miedo sus yertas alas, iban a posarse con temor y con respeto en la cara o en el cuerpo de Charlot. Ahora el viento, silbante y brutal, lanzaba al rostro la nieve desmenuzada, y lo que hasta entonces fué caricia, se

trocaba de repente en un tormento cruel.

Instintivamente hizo Charlot parapeto de sus manos para defenderse el rostro de las rudas embestidas; pero muy pronto tuvo que renunciar a este liviano remedio porque necesitaba las manos para irse asiendo a las rocas y a los árboles, evitando así, con un trabajo increíble, que el viento le derribara.

¡De qué buena gana hubiese entonces Charlot renunciado a la fortuna que en Alaska iba a buscar, para verse nuevamente en Nueva York, disfrutando con deleite las delicias del hogar que tan insensatamente abandonara!

Pero ya era tarde para pensar en las comodidades de la ciudad; por muy dichoso se daría en tan mal trance con que la Divina Providencia, cuyo poder invocaba, le proporcionase una guarida cualquiera. El más mísero cobijo había de parecerle en su triste situación una mansión confortable.

La ventisca no amainaba y el desdichado Charlot iba perdiendo las fuerzas. A medida que el peligro iba creciendo, disminuían sus esperanzas de salvación.

En un instante de mortal angustia, determinó el infeliz darse por vencido en la lucha desigual y dolorosa, renunciar a defenderse, y sucumbir de una vez.

Para suerte suya este desaliento duró poco.

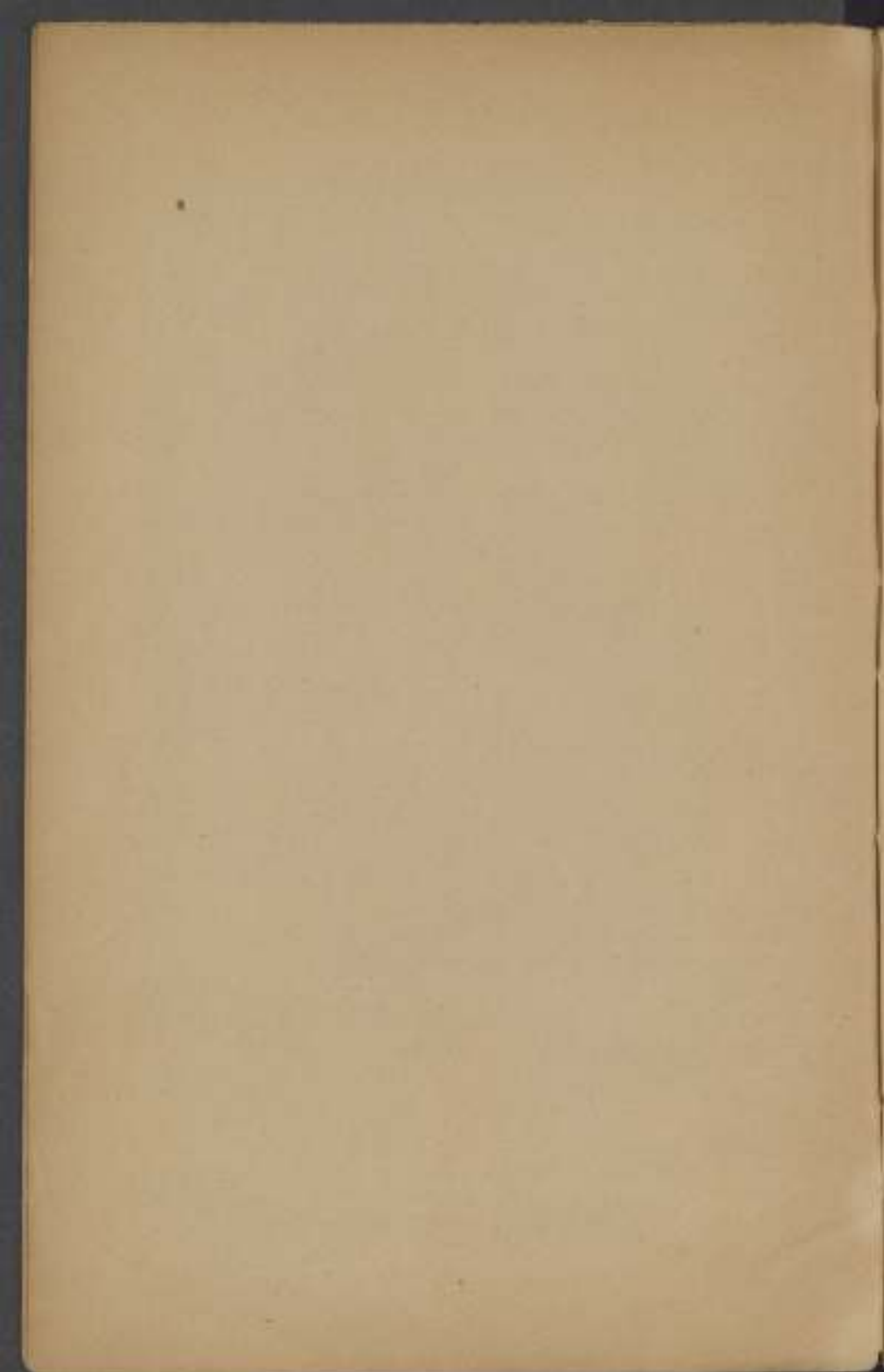
La misma desesperación que le causaba la horrible muerte que juzgaba irremediable, le dió los bríos que le faltaban para seguir resistiendo...

Podíamos seguir con tesón inacabable este capítulo insistiendo mucho en que la vida del desdichado Charlot estaba en grave peligro. Buscaríamos así el modo de impresionar a los lectores sensibles; a los que sabríamos tener pendientes del desenlace, como se hacía en otros tiempos mejores en que el lector no era tan avisado y despierto.

Hoy adivina el más torpe que si es Charlot el protagonista de esta historia, tiene que salvar la vida para que siga el relato.

Enhorabuena, lector amigo, por tu buen olfato.

En efecto, el intrépido Charlot salió del mal paso en que se hallaba.



CAPÍTULO II

Un refugio inesperado

Hemos dejado a Charlot luchando denodadamente con la nieve, con el viento y con el frío.

En este momento está ante una barraca de madera.

¿Quién le ha deparado este refugio providencial?

No lo sabemos.

Charlot, que es el más interesado en averiguar cómo ha venido a parar a este acogedor cobijo, no se encuentra en situación de hacer averiguaciones. Su única preocupación en tan críticos momentos es aprovechar la salvación que su buena suerte le depara.

Sin pedir permiso y despreciando las cortesías, entra Charlot en la barraca, cuya puerta no está, por fortuna suya, tan bien cerrada como fuera de temer en día de tanto viento.

El calorillo relativo y confortador de la barraca devuelve pronto a nuestro heroico protagonista una gran parte de las

energías gastadas en la lucha al aire libre.

Su primer cuidado es inspeccionar cauteloso el sitio en que se ha metido.

La mansión no parece ser muy grande, y el mobiliario es escaso y pobre; pero ¿qué importa? Por muy mal que se esté allí, nunca será tanto el riesgo ni tan grande la incomodidad como en el desfiladero de Chilcot, que acaba de atravesar con el riesgo que se ha visto.

Si Charlot hubiera llegado un minuto antes hubiera visto a un hombre de mal aspecto echando al fuego un papel en que se leía:

Orden de busca y captura BLACK LARSEN

Edad	45'00 años
Estatura	1'85 mt.
Peso	95'00 kilos
Pelo negro.	
Barba gris.	

Se completaban las señas con un retrato.

No hay que ser un lince para comprender que la barraca providencial era la guarida del Black Larsen cuya busca y captura se interesaba.

En mejores circunstancias hubiese tomado Charlot el partido muy prudente de alejarse de aquel hogar sospechoso.

Pero no eran los momentos para andar con remilgos.

Determinado Charlot a no moverse de allí, siguió el reconocimiento minucioso e indiscreto de su nuevo domicilio.

La nariz, más que los ojos, le descubrió la despensa.

Había en ella pocos manjares y todos ellos groseramente condimentados.

Charlot sabía muy bien cuán obligado se hallaba a respetar un hogar que no era suyo; pero el hambre es mala consejera y la necesidad imperiosa no tiene ley.

Mal fin hubiese tenido la despensa de Black Larsen si el hambriento forastero hubiese dispuesto de la tranquilidad necesaria y del tiempo indispensable para saciar su apetito.

La buena suerte le duró poco.

El empezado banquete se vió malamente interrumpido por la inesperada aparición del desabrido Black Larsen, poco amigo de visitas, y muy poco aficionado

a compartir con nadie su pobre hacienda.

Respondiendo con temor a un breve y rudo interrogatorio del aparecido, trató Charlot de explicar lo mejor que pudo su inesperada y poco grata visita.

Cuando el azorado visitante dejó de hablar, bien convencido de que ya tenía enternecido el corazón de su huésped, éste se limitó a señalar al intruso la salida, al propio tiempo que le daba un empuellón para ayudarlo a entender.

La actitud de Black era imponente, pero Charlot, que sabía lo que le esperaba fuera, declaró con energía su firme resolución de dejarse hacer pedazos antes que salir de la barraca.

En esta disputa estaban cuando, con gran ruido de Black y contento de Charlot, hizo su aparición en la barraca otra persona desconocida.

Al verla entrar, exclamó Black sin poderse contener:

— ¡Eramos pocos...!

El recién llegado hizo un ligero saludo con la cabeza y tomó asiento.

Al dueño de la barraca le encendió en ira ver el aplomo con que aquel hombre se acomodaba, con intención manifiesta de prolongar la visita.

Charlot brincaba regocijado, bien convencido de que aquel

hombre, corpulento y fornido como Black, iba a ser su amigo y amparador.

— ¿Quién es usted y qué busca en mi vivienda? — preguntó Black al desconocido.

— Su pregunta es razonable y la debo contestar — respondió el interrogado. — Me llamo Jim McHay, he venido a Alaska en busca de la fortuna y estoy seguro de que he dado ya con ella. He descubierto una mina...

Mal humorado le atajó Black:

— Su vida no me interesa. Yo sólo quiero saber por qué ha venido a mi casa y qué piensa hacer aquí.

— He dicho a usted que pretendo hacerme rico; esto prueba que no lo soy todavía. En efecto, nada tengo. Hoy, como todos los días, he vagado por ahí en busca de la fortuna. En la montaña me ha sorprendido la tempestad; mi buena suerte me ha deparado este refugio y he creído que debía aprovecharlo.

— Valía la pena de que hubiese contado con mi licencia.

— Bien sabe usted que los que vivimos en Alaska en mala lucha contra todo y contra todos, somos poco etiqueteros. Vea la prueba. Tengo hambre y como aquí veo con qué saciarla, satisfago mi apetito.

Jim continuó el banquete que Charlot había tenido que suspender.

Viendo Black a Jim dispuesto a dar fin a su despensa, quiso estropearle de una vez el frágiladero, echándole las manos a la garganta.

Pero Jim se defendió bravamente.

Comprendió Black que nada lograría por la fuerza, y juzgando razonable hacer de la necesidad virtud, se manifestó dispuesto a convivir con los dos huéspedes que el azar le había metido en casa.

Mientras hubo que comer sobrellevaron los tres amigos la vida en común con relativa conformidad.

Pero no tardaron en llegar días terribles.

La tempestad no cesaba. No era posible salir de la barraca para reponer la despensa, ya agotada.

«Donde no hay harina...»

De los tres hambrientos, Charlot era el que mejor se ingeniaba para encontrar alimentos más o menos exquisitos.

Todo es bueno para su paladar y para su estómago. Se hizo gran amigo del perro de Black, y lo aprovechaba como abrigo.

Jim es más delicado y mucho más exigente; necesita alimentos sustanciosos y abundantes, carne blanda y calorcillo confortador.

El alimento faltaba en absoluto, el calor iba a faltar también,

porque se agotaban la leña y la gasolina; lecho sólo había uno, y como alegador de mejor derecho, lo utilizaba Black Larsen.

Jim, que era hombre de violentas resoluciones, determinó poner fin a la mala situación proponiendo a sus compañeros la disminución de bocas.

— Aquí sobra por lo menos uno — dijo Jim, bien decidido a realizar su atrevido proyecto.

— Yo opino que sobran dos — respondió Black, juzgando la ocasión propicia para librarse de la compañía de los dos intrusos, que había tenido que aceptar por fuerza.

Replicó Jim que el hombre ha nacido para vivir en sociedad, y que él era de parecer que dos amigos bien avenidos podían llevar una existencia soportable en la barraca.

— Váyase usted — dijo Black, deseoso de librarse sin violencia de Jim.

Pensaba Black que si Jim se marchaba espontáneamente, no tardaría en quedarse solo en su barraca, pues a Charlot le expulsaría por fuerza.

Replicó Jim que abandonar en aquellas circunstancias la barraca era tanto como ir en busca de una muerte horrible y cierta, y que sólo un hombre rematadamente tonto daría su vida por salvar la de dos desconocidos con

los que ningún lazo de gratitud le unía.

Sospechó Charlot que si allí sobraba uno, sería él seguramente el obligado a *ahuecar*, porque en Alaska, como en todas partes, la cuerda se rompe siempre por lo más delgado. Black y Jim tenían excelentes puños para defender su derecho a quedarse en la barraca.

El miedo hizo contemporizador y altruista a Charlot; con gran sorpresa de Jim, propuso Chaplin que siguiera todo como estaba y que Dios, que no se olvida de alimentar a los pajarillos, ya cuidaría de que los tres hombres salieran con bien del mal paso en que se hallaban.

Jim, que era un escéptico, descreído y brutal, dijo que eso de los pajarillos era una bobada escrita sin fundamento por un poeta sentimental. Añadió que un hombre necesita más alimento que un pajarillo, y que como él estaba decidido a que se tomase en cuenta su razonada proposición, determinaba que la suerte decidiera cuál de los tres debía darse por desahuciado.

Sin esperar la aprobación de los otros dos, tomó Jim una baraja que había sobre una mesa, barajó pensadamente y la presentó diciendo:

— Se marchará quien saque el punto más bajo.

Tomó Jim la carta que estaba encima, y resultó ser un rey.

Charlot sacó una carta del centro de la baraja. La miró con ansiedad y vió, con explicable disgusto, que era un tres.

Black tomó su carta confiado; la mala suerte de Charlot le hacía optimista.

Los seis ojos de los tres desventurados que en aquel instante se jugaban valientemente la vida, se clavaron con ansiedad en el naipe que había tomado Black.

— ¡Es un dos! — gritó con júbilo Charlot.

Black murmuró con miedo unas palabras de protesta, que ahogó Jim repitiendo con cierto tono de hombre pedante una frase que hemos aprendido todos en la escuela al estudiar la historia romana:

— *Alea jacta est!*... La suerte está echada — tradujo luego, por si no lo habían entendido.

Black bajó resignado la cabeza (las frases latinas convencer siempre), tomó una muda, dió un adiós con llorosos ojos a la baraja, y partió en compañía del perro.

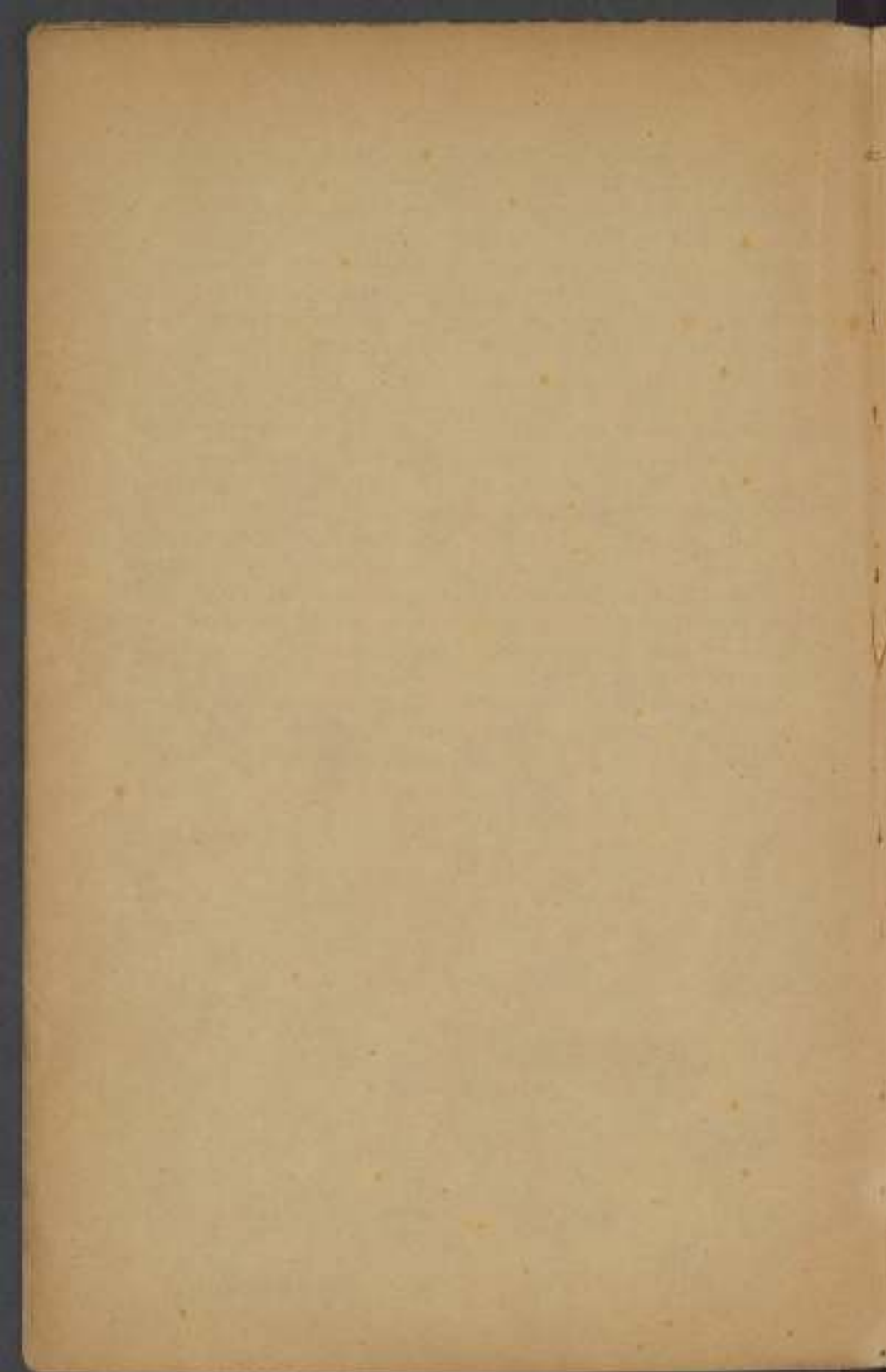
— ¡Buen viaje! — le gritó Charlot en un tono indefinible, que a Black le sonó a ironía.

— Ha tenido mala suerte — dijo Charlot, cuando vió al desventurado perderse en la lejanía.

— No ha sido su mala suerte, sino mi habilidad, la que le ha echado de aquí — respondió Jim, sarcásticamente.

— ¿Su habilidad?

— Le he hecho trampa — dijo Jim, señalando a la baraja — He jugado mucho al *poker*.



CAPÍTULO III

Días de prueba

La marcha de Black dejaba libre a Jim el lecho que tanto había codiciado; pero no había remediado en nada el problema alimenticio.

Un día tuvo Charlot una idea prodigiosa: guisar uno de sus descomunales zapatos.

A los lectores que siempre hayan comido en su casa y bien, les parecerá imposible que con un zapato se pueda preparar un plato aceptable y comestible; los que hayan vivido algunos años en casas de huéspedes económicas, no encontrarán el desesperado recurso absurdo y disparatado; los condenados a mal comer en restaurantes baratos, establecerán relaciones razonables entre la dureza y el sabor de un zapato bien guisado y las recias carnes misteriosas que ellos devoran diariamente. Después de pensarlo mucho, vendrán a parar estos cuitados a esta deducción

juiciosa: el que se come un zapato que él mismo guisa, sabe al menos lo que come. ¡Se debe envidiar su suerte!

A nuestro juicio, en el plato preparado por Charlot no era lo malo el zapato, sino la falta de adecuado condimento. El manjar estaba tiernecito, pero insípido.

Jim dijo imperioso a su cocinero Charlot que suprimiera en absoluto aquel desabrido plato de los menús.

Si Jim se hubiese aficionado, como debiera, a los zapatos cocidos, hubiera podido el ingenioso Charlot preparar algunas comidas más, pero rechazado este supremo recurso culinario, no quedaba en la misera barraca nada con que pudiese Charlot poner nuevamente a prueba sus bien demostradas mañas de *cordon bleu*.

De los dos hambrientos, Char-

lot era el que mejor soportaba la falta absoluta de alimentos.

Jim, hombre de pasiones y de necesidades violentas e imperiosas, pasaba muy malos ratos. De día y de noche pensaba sin cesar y con horror en la desesperada muerte que le aguardaba. La terca obstinación con que evocaba el recuerdo de los días de abundancia, en los que era su mayor placer el regalo de la mesa, aumentaba más su angustia.

Esta manía, agravada por la creciente debilidad, le fué llevando por grados a la locura de ver convertidos en manjares codiciados cuantos objetos le rodeaban. Los rústicos bancos de madera se le autojaban tiernos y sabrosos corderillos; la mesa de pino blanco se le aparecía en sus alucinaciones como cebada y sustanciosa ternera, cuyas largas y delgadas patas acariciaba insensato, haciéndose la ilusión de que, bien condimentadas por Charlot, habían de pasar pronto a su estómago vacío.

Durante un tiempo la extraña y grave locura del pobre Jim le hacía gracia a Charlot; pero al cuidado se le quitaron de pronto los deseos de reír al darse cuenta de que ahora era él, el propio Charlot, el manjar que Jim codiciaba y pedía con vehemencia.

A los ojos del demente Jim,

aparecía Charlot como un apetitoso y bien cebado capón.

El amenazado Chaplin vivía en constante alarma, bien seguro de que su primer descuido lo aprovecharía Jim para retorcerle el cuello e hincarle el diente.

En los momentos de lucidez, que eran muy pocos, Jim le declaraba a Charlot las ansias locas que sentía, en las prolongadas horas de locura, de darse un largo banquete con sus carnes sustanciosas.

Estas confidencias aumentaban la intranquilidad justificada de Chaplin.

Para hacer menor el riesgo, procuró Charlot poner fuera del alcance de las terribles manos de Jim la escopeta y los cuchillos; pero con estos cuidados no se daba por seguro. Cada vez que el pobre loco se le acercaba, el amenazado se alejaba con espanto, dando ridículos saltos y gritos agudos. Estos miedos contribuían a que el insensato Jim creyera que era un ave corraliza aquel ser que se escapaba de él moviendo mucho los brazos (que Jim tomaba por alas) y cacateando asustadizo.

La locura de Jim iba en aumento, y puede darse por cierto que un día u otro hubiese muerto Charlot de mala muerte, si la Fortuna, que le guardaba para mayores empresas, no hubiera

encontrado el modo de dar a los dos desesperados modo sencillo y seguro de remediar su gazuza.

Para los habitantes de Alaska, cazar un oso es labor más hacedora y frecuente que la de cazar en España un conejo. Nosotros tenemos ley de caza, cotos, veda, guardas jurados y vigilante guardia civil. En Alaska no hay ninguno de estos impedimentos. El que se echa un oso a la cara, puede dispararle sin temor. No hay otro peligro serio que no asegurar el blanco.

Charlot tiene buena puntería, y un buen día (aquí es oportuno el galicismo), el único día bueno que tuvieron los hambrientos, llegó un oso a la barraca a ofrecerles generoso sus ricas y abundosas carnes. El oso negro de Alaska tiene buenos sentimientos.

No hay que decir el deleite y el acierto con que aprovechó Charlot el galante ofrecimiento.

Un solo tiro bastó para que el oso cayera patas arriba.

Quitar al oso la piel, descuartizarle y condimentar su carne, fué obra de quince minutos.

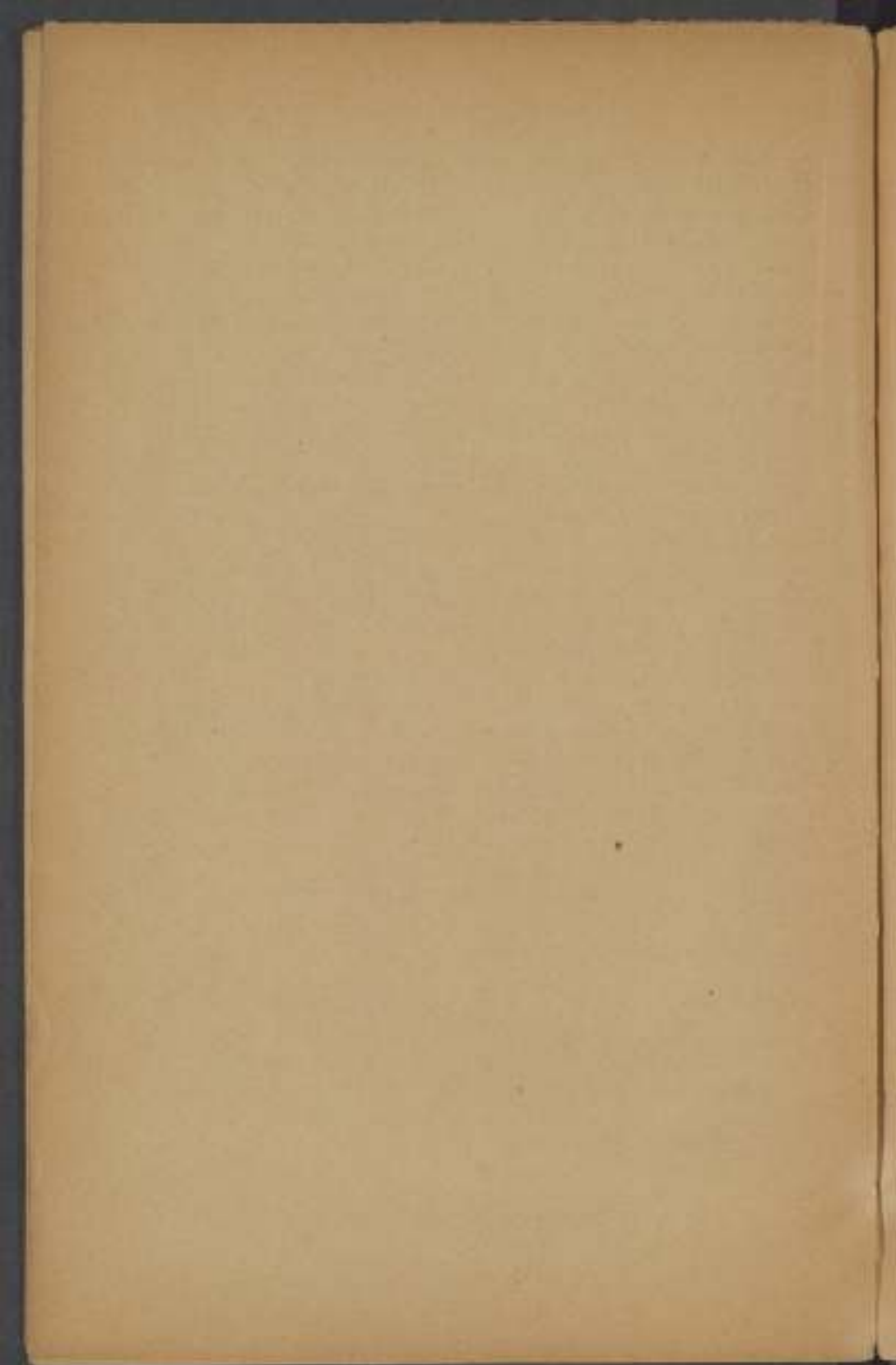
Una alimentación conveniente y continuada hizo más juicioso a Jim. El hombre que come bien no suele ser peligroso.

Charlot pudo ya vivir sin miedo, al ver a su compañero tranquilo y reconfortado, libre de la peligrosa y temaz manía de comense, en pepitoria o asado, a su compañero de fatigas.

Cuando cesó la borrasca comprendieron los dos amigos que era necesario separarse para seguir cada cual el camino que tuviera por mejor.

La despedida fué muy cordial.

Charlot se abandonó a la ventura; Jim se encaminó hacia la mina secreta que abandonata obligado por el frío y por el hambre.



CAPÍTULO IV

Un mal encuentro

Dejemos a nuestro amigo Charlot errando a la ventura en busca de cobijo más confortable que la barraca de Black y de ocupación más productiva.

Los comienzos no habían sido buenos; pero Charlot tenía ciega fe en su buena estrella. Fiando en ella, caminó durante días y noches con rumbo desconocido.

A Jim se le aparecía el porvenir menos incierto. Había ya descubierto su mina, y ahora que los caminos comenzaban a estar transitables, iría a la ciudad para hacer el necesario registro. Cumplida esta formalidad legal, no había de serle difícil encontrar medios para hacer la explotación en regla.

Olvidando Jim las penalidades que acababa de pasar, caminaba soñador y contento. Con los ojos de la fantasía veía ya realizados los ambiciosos proyectos que le habían llevado a

Alaska. La mina estaba en explotación y centenares de hombres trabajaban afanosos para extraer de la generosa tierra montones de oro que procuraban a Jim la felicidad soñada. El misero aventurero se veía al fin trocado en un hombre poderoso e influyente. Vivía en ricos palacios, en los que ejércitos de criados obedientes adivinaban y satisfacían sus caprichos.

La fantasía de Jim se complacía en brindarle gratos placeres que fueran como cumplida satisfacción de los tormentos pasados y de las privaciones sufridas.

Hasta entonces había dormido mal, compartiendo con Charlot el duro y pobre lecho de Black; pero ahora se desquitaba durmiendo, sin inquietud, horas y horas en amplia y mullida cama.

Más pródiga y embustera era la fantasía de Jim, cuando, para compensarle de la lucha soste-

nida contra el hambre, le ofrecía con largueza los platos apetitosos de una mesa abastecida con despilfarro.

El alucinado Jim veía y tocaba las irrealidades de su sueño. Era el encanto de la mentira tan fuerte, que el desventurado caminante seguía su dura marcha sin sentir cansancio, frío ni hambre. La nieve, que cubría el suelo, se le antojaba la blanda alfombra de su palacio; los míseros manjares que había comido vorazmente y sin detenerse, por miedo a perder minutos, le reconfortaban y le daban bríos, como si, en efecto, hubiera saboreado un banquete digno de las fastuosidades de Lúculo.

Ideando maravillas y soñando desatinos, llegó Jim a la mísera vivienda que se había construido junto a la mina que debía hacerle rico.

El castillo delexnable de sus quimeras se vino al suelo de pronto.

Su bien ya no era suyo, y su secreto había dejado de serlo. Otro hombre ocupaba su guarida.

Como en la conocida fábula de la lechera, al romperse el cantarillo, fuente de todos los goces y engendradora de ambiciones, se desvanecía el bello sueño.

*¡Oh loca fantasía,
que palacios (fabricas en el viento)
Modera tu alegría,
no sea que saltando de contento...*

Bien comprenderá el lector discreto que esta cita erudita y poética es del autor del relato. Jim no estaba para moralejas sentenciosas ni para venenos.

Al verse despojado y empobrecido se dejó llevar por el instinto, y corrió, corrió como un loco para salvar, si aun era tiempo, la fortuna que se le robaba.

Cuando el novelista tiene poca confianza en su habilidad y en sus medios para dar a los lectores la sensación conveniente, recurre al sencillo ardid de pedirles con imperio que se imaginen lo que él no sabe contar. Aprovechando el socorrido expediente, dejó al lector el trabajo de imaginar la sorpresa del enfurecido Jim, al darse cuenta de que el ladrón de su hacienda y el odiado destructor de su ventura era el forajido Black Larsen.

Si Jim hubiera visto allanada y robada su fortuna en una ciudad medianamente regida y civilizada, su primer cuidado hubiese sido pedir auxilio a la policía. Si tenía títulos de propietario y había buenos testigos, capaces de deponer en su favor, Black hubiera ido a presidio y Jim habría recuperado al cabo de un cierto tiempo (más o menos largo, según fueran la habilidad y el prestigio de su abogado) lo que le habían robado, sin otras mermas que las que son de razón, habida

cuenta que son los jueces, los procuradores y las alguaciles hijos de Dios, y no es humano ni justo que se mantengan del aire.

La solución hubiese sido algo más larga y costosa si la mala acción de Black, en vez de resolverse por lo criminal, se tramitaba por lo civil, dando ocasión a lo que se llama un pleito.

Este procedimiento produce daños y enojos a ambas partes pleiteantes, por lo que pudiera decirse que son los pleitos malos y perjudiciales para todos, hecha excepción de los abogados.

Pero con todos sus peros, son las causas criminales y los pleitos procedimientos suaves de que se sirven los pueblos civilizados para defender en lo posible la propia hacienda de la codicia y la saña de los ladrones francotes. Los que roban con hipocresía y con astucia medran sin riesgo.

A las regiones aun no pobladas de Alaska no han llegado todavía estos refinamientos legales. Los abogados tendrían poco que hacer en aquel país, donde cada cual tiene en los puños los tribunales y el código.

A sus puños recios confió Jim su buen pleito y su justicia. Sin perder el tiempo en citaciones inútiles ni interrogatorios vanos, arremetió enfurecido a su ex amigo Black Larsen.

Recordó éste que en una oca-

sión análoga, puesto a luchar con el formidable Jim, se había probado bien que mano a mano era la lucha muy desigual. Sólo los torpes cometen dos veces seguidas el mismo yerro, y como Black no era pusilánime ni necio, buscó con rapidez la maneta de remediar la evidente desigualdad de la lucha.

Sin detenerse a pensar que era excesivo el remedio en relación al peligro, puesto que su enemigo no pretendía matarle, asió una pala que tenía al alcance de la mano, y descargó un golpe descomunal en la cabeza del pobre Jim.

Apresúrenos a decir, para tranquilizar a los lectores sensibles, que Jim cayó desvanecido, pero no muerto. Era hombre de dura mollera y de gran vitalidad.

Al recibir el golpe se desplomó como herido por un rayo, y durante largo rato estuvo en el suelo rígido y sin movimiento.

Al cabo de media hora abrió los ojos y se llevó instintivamente las manos a la cabeza, de donde las retiró tintas en sangre.

Maquinalmente, como quien repite una acción muy repetida, tomó un puñado de nieve y se la aplicó a la herida. En la primitiva y rudimentaria farmacopea de Alaska ocupa la nieve un lugar privilegiado entre los me-

dicamentos usados por los mineros.

No es éste lugar adecuado para ponderar todas las virtudes curativas de la nieve; pero que es buena para curar los golpes dados con palas lo prueba la relativa rapidez con que Jim sanó de su herida.

Una semana después estaba el maltrecho buscador de oro casi curado del golpe. Decimos casi porque, por desgracia suya, la curación no era total. ¡Ay, el desdichado Jim había perdido por completo la memoria!

Pérdida la memoria es un regalo para el hombre mísero que sólo tiene en su pasado malos sucesos y desventuras; puede ser un gran consuelo, y hasta un negocio, para el cuitado que tenga contraído formalmente el compromiso de pagar cuentas penosas en fecha fija; puede ser hasta virtud (más meritoria por parecer imposible) en el acreedor siempre implacable, que por desmemoriado olvidara el vencimiento de un crédito.

Pero ¿quién más desventurado que el pobre Jim, lelo y desmemoriado en el preciso momento en que tenía que precisar en el registro de minas dónde estaba la que él tenía ya descubierta?

Sin saber lo que se hacía, que tanto era su alelamiento, Jim se alejó de la mina y abandonó

su vivienda. Días y días vagó sin rumbo, como can sarnoso y sin amo, falto de amigos, sin auxilio, sin memoria!

La dolosa historia de Jim, brevemente relatada, parecerá más patética cuando digamos que su enemigo Black Larsen no se limitó a tratar de eliminarle del número de los vivos.

Más que la vida de Jim, le importaba a Black su hacienda. En realidad, por la hacienda se pelearon los dos con desprecio de la vida.

Cuando Black vió a su enemigo tendido y bañado en sangre, sólo pensó en sacar de la victoria todo el botín que pudiera.

Tomó de la vivienda de Jim lo más que pudo, y con propósito no confesado se alejó del hombre que creía muerto.

El delito que acababa de cometer le hacía temeroso de los hombres, y por huirlos se dirigió, por los caminos peores, hacia la ciudad que creía más cercana.

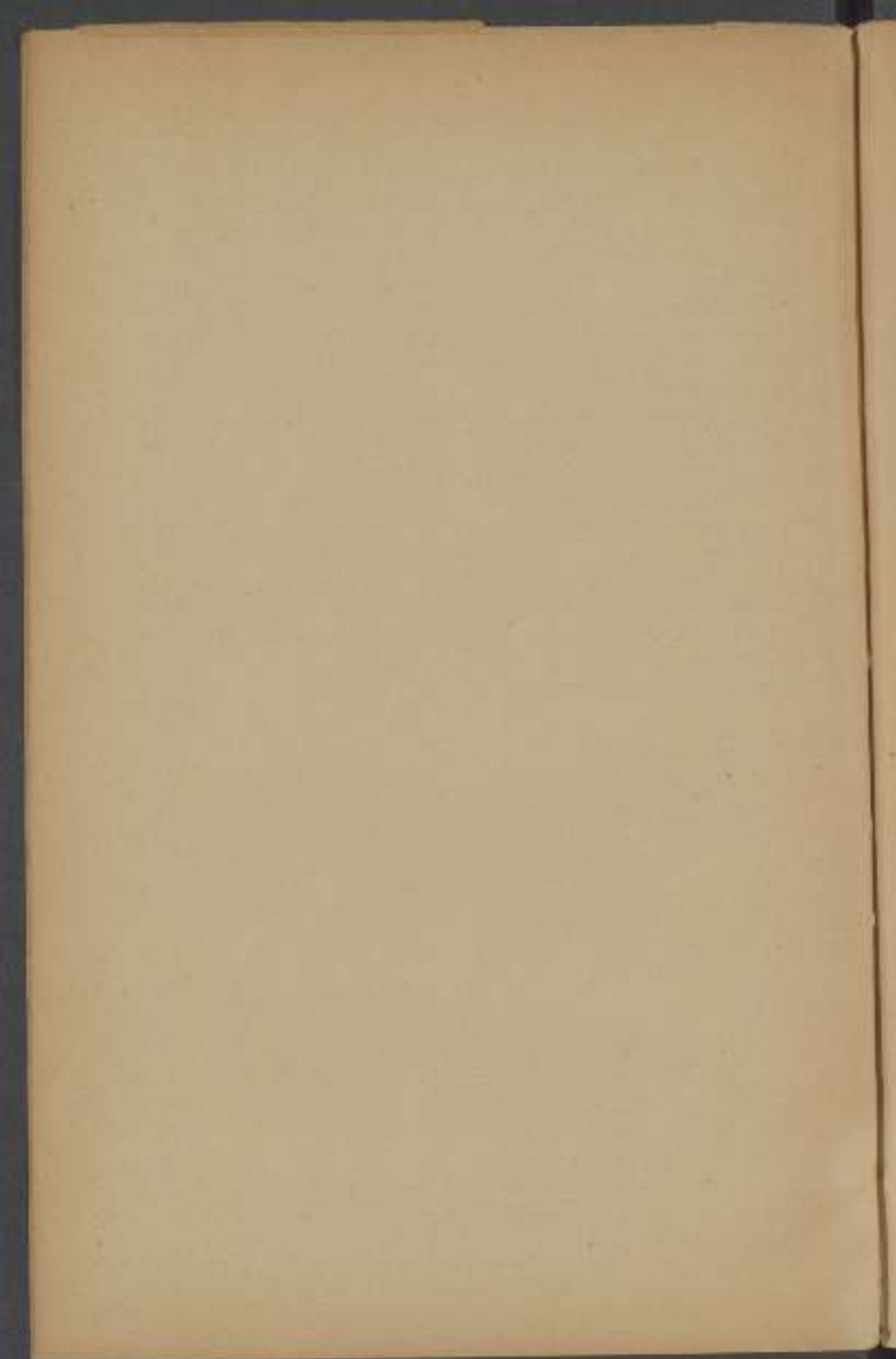
El insensato Black pensaba seguramente que su buena suerte había de librarle a él del providencial castigo que es de rigor y justicia que reciban en la tierra los malvados, para necesario estímulo y lección de las gentes virtuosas.

Estos castigos providenciales son de distinta duración y muy diversos. Unas veces sólo tardan en llegar unos segundos; en ocasiones años y aun lustros. Esto explica por qué muchos hombres pícaros llegan a viejos gozando de buena salud rodeados de cariñosos parientes y respetados por todos. Pero no haya miedo de que escapen del castigo, que un día u otro habrán de morir de mala muerte, ya que parece probado que ninguna muerte es buena.

En cuanto a la variedad de los castigos, me parece vano argumentar. Lo más frecuente es, como reza el refrán, que cada cual muera en el peligro en que

con más frecuencia se pone. Los delincuentes que acostumbran andar en manos de la justicia suelen morir, como es de razón, a las manos del verdugo, los que con fuego juegan, se queman; Black, que vivía en Alaska, debía morir entre la nieve. Y así murió.

La Naturaleza, además de sabia, es justiciera y supo disponerlo todo con acierto (un oportuno deshielo al borde de un precipicio; poca cosa para la Naturaleza) para que Black Larsen pagara sus delitos con usura. El había quitado la hacienda y la memoria a Jim, y ambas cosas las pagaba con la vida. No le salían baratas.



CAPÍTULO V

Charlot se divierte

Metidos en la penosa tarea de relatar la desventura de Jim y la terrible y ejemplar muerte de Black, hemos tenido que dejar solo a Charlot en sus fatigosas marchas por la nevada llanura.

Por fortuna para todos, le volvemos a encontrar libre de todo peligro. Su buena maña y su suerte le han librado de ser devorado por un oso, o de morir de más perra muerte entre la nieve, como el pobre Black (q. e. p. d.).

Guiado por el instinto (aun no hay *Baedekar* de Alaska), fué a dar Charlot con sus huesos en uno de los míseros poblados que en la región de Klondike hacen lo mejor que pueden el papel de confortables ciudades.

Para dar idea justa de cómo son estas ciudades en formación no hay que tener excepcionales condiciones de narrador colorista. Huelgan los conocimientos de

la Historia, y no hay necesidad de distinguir el arte puro de la arquitectura griega de las entresadas concepciones de Churriguera. No hay tampoco modo de lucir lo que se sepa de arqueología, al hablar de estos poblados, faltos de gloriosa tradición y de viejos monumentos.

Se puede hablar llanamente de las casuchas de Alaska sin mentar el arquitrabe, y el hombre más ignorante puede hacer en pocas líneas una descripción completa de una ciudad, sin entrar a saco, como es costumbre en viajeros de tronío, las enciclopedias voluminosas, las monografías circunstanciadas y las guías regionales.

Quién es capaz de escribir sobre Granada — y es un ejemplo — sin repetir como un loro, o sin fastidiar como un pedante, con lo ya dicho cien veces de la arquitectura árabe?

Por las ciudades viejas de Es-

pañía han pasado muchos pueblos y de todos ellos quedan huellas. Cada barrio, cada monumento, cada calle tiene un mérito distinto y un valor particular: éste es griego, aquéllo godo, un acueducto es romano, una capilla muzárabe, este pedrusco fenicio y aquel edificio gótico...

La labor del novelista se simplifica mucho en Alaska. Para pintar bien una de aquellas ciudades es suficiente suplicar a los lectores que recuerden cómo suelen ser en todas partes los barracones de feria. Logrado esto, se les suplica, como segundo favor, que se imaginen una reunión informe y destartalada de barracones.

A este amontonamiento de malas viviendas se le da en la región aurífera de Alaska el nombre de ciudad, y los que habitan en ella se consideran dichosos cuando comparan su mal vivir con el de otros aventureros más miserables, que hacen vida solitaria en la montaña, en guaridas, que por malas, han desdeñado las fieras.

A una de estas ciudades llegó Charlot en una noche de invierno.

Desorientado e inquieto, como perro vagabundo, anduvo de calle en calle, dándose el pobre por muy dichoso con encontrarse entre gente.

Su satisfacción se acentuó gran-

demente al encontrarse de pronto ante un caserón de madera que ostentaba con orgullo este pretensioso título:

CABARET MONTE CARLO

Aquello era demasiado; ¡un cabaret en Alaska, tierra de lucha, en que él creía que ya no podría encontrar otra cosa que las fatigas y el hambre que desde su llegada había sufrido!

En el barracón inmediato al cabaret estaba establecido un fotógrafo que pregonaba su honrosa y artística profesión en un gran cartel policromado que el viento balanceaba.

De buena gana hubiera Charlot entrado en la fotografía para tener un recuerdo duradero del estado lamentable en que llegaba a la ciudad, que a él le parecería bulliciosa y rica, al compararla con la mezquina y solitaria barraca de Black en la que tan mal lo había pasado. El retrato que quería hacerse sería un día, cuando llegaran las horas de prosperidad, que ya daba por seguras, un gratisimo recuerdo y una prueba felaciente de cómo puede el hombre voluntarioso cambiar su condición y su estado.

Ya iba Charlot a entrar en la fotografía cuando, con juicio, más alabable si no fuera tan tardío, cayó en la cuenta de que en

Alaska, como en todas partes, suelen cobrar los fotógrafos.

Preocupaba al desdichado Charlot este amargo pensamiento, cuando recibió un fuerte empuellón que le hizo perder el equilibrio. Dando traspiés fué a pegar con la cabeza en el barracón fronterero.

Su primera idea fué pedir explicaciones al que así le atropellaba, pero cambió de propósito al ver la corpulencia y la mala cara del desconocido que de tan expresiva manera se abría paso y salvaba los obstáculos.

Otra razón más estimable que la prudencia hizo sufrirlo a Charlot. El que le había empujado no estaba solo, sino que iba admirablemente acompañado por lindísimas muchachas, que parecían muy satisfechas por ir en la compañía de un mozo tan bien plantado.

Charlot olvidó su momentáneo enojo, para contemplar a su sabor a una de las jóvenes de la alegre y bulliciosa banda.

Era realmente bonita y parecía dichosa al bromear con el galán corpulento y fachendoso.

Sin dejar de bromear y de reír, salieron las muchachas y el manco de la fotografía y entraron en el cabaret.

Quedó Charlot largo rato pensativo, sin determinarse a tomar ningún partido.

Aquella joven tan bonita y tan

alegre le había causado grata impresión.

Su corazón lo impulsaba a entrar en el cabaret, su cabeza frenaba este necio impulso. La muchacha parecía enamorada del galán y Charlot se daba cuenta de que la confirmación de esta sospecha le causaría tormento. Lo cuerdo era alejarse de aquel sitio y olvidar la momentánea impresión.

Por desgracia, la impresión no había sido pasajera como Charlot suponía.

El corazón del impresionable Chaplin estaba herido de muerte.

Todos sus razonamientos, todos sus buenos propósitos fueron ahogados por un deseo imperioso, rudo, tenaz, de ver de nuevo a la bella y alegre desconocida.

Maquinalmente, con inconsciencia de autómatas, entró en el cabaret.

Los grandes enamorados lo figan todo a la buena suerte. Charlot lo esperaba todo de la suya.

Mientras el confiado Charlot va y viene, olatea, indaga y mira por la amplia sala del cabaret, cumplamos nuestra obligación de novelista consciente dando al lector los informes convenientes sobre nuevos personajes

que han de jugar un papel de gran relieve en lo que queda de historia.

Ya hemos dicho que la joven que había impresionado a Charlot era bonita y alegre.

Su belleza podría desmenuzarse, como es uso en las novelas, pero no lo haré, aunque me salga de la costumbre, temeroso de que al puntualizar sus perfecciones se queden sin contentar algunos de mis lectores. Basta con decir que era bonita, para que así cada cual se la idee a su manera; ¿para qué desencantar diciendo que era delgada, a los que se pirran por las gordas, y a qué afirmar que era rubia, teniendo tanto partido y tanto aquél las morenas?

Además de esta razón, que ya es de peso, tengo otras muchas para no afirmar en absoluto cómo era al natural y sin afeltes la joven del cabaret. En los tiempos que ahora corren, precisa ser muy osado para atreverse a afirmar cómo es realmente la mujer que nos seduce. ¿Rubia? ¿Morena? ¿Castaña? Sí, eso parece realmente; pero ¿y el engaño de los tintes? ¿Y la trampa del henné? ¿Y la falsía de las perversas aguas oxigenadas?

La experiencia, una experiencia triste y brutal, nos hará a todos los hombres desconfiados y escépticos. Los extremosos acaba-

rán por creer que ya no hay mujeres bellas; los que sin pecar de pesimistas, sigamos siendo prudentes, no afirmaremos jamás si la mujer que vemos es bella o no. Reservaremos el juicio para el día, muy lejano, en que se resuelvan las mujeres a dar la cara.

Quedemos, pues, en que la joven del cabaret era bonita, o lo parecía, cuando menos.

Su nombre era dudoso, como su belleza. En los carteles del cabaret, en los que figuraba como estrella, se llamaba Georgina.

Así la llamaremos nosotros, porque con este sonoro nombre la llamó siempre Charlot y con el nombre de Georgina pensaba inscribirlo Jack Cameson en la larga lista de sus conquistas.

No le es posible precisar al autor el número que le iba a corresponder a Georgina en la larga lista en que este Tenorio rural iba apuntando los nombres de las mujeres seducidas y olvidadas. Para Jack, como para todos los conquistadores de virtudes poco sólidas, ir alargando la lista era ya una profesión. Hacia el amor no por amar, sino por lograr un nuevo nombre. No tenía este don Juan ninguna apuesta con ningún Mejía tan canalla como él, pero conocedor de su mala fama, estaba cierto

de que sus amores y sus aventuras se comentaban y discutían.

Georgina conocía bien la mala historia de Jack y al verse solicitada por él sentía a un mismo tiempo placer y miedo. Su orgullo de mujer se sentía satisfecho al verse solicitada por un hombre que tenía justa fama de no buscar sino bellezas indiscutibles; pero al propio tiempo sentía que aquel amor que se le brindaba no era la pasión duradera y fuerte con que ella había soñado.

Para el voluble Jack era una conquista más, y ella quería encontrar en su azaroso camino un hombre bueno que tuviese para ella ternezas nuevas, dulces palabras de amor que no se asemejasen en nada a las que los demás hombres le habían dicho.

Estas luchas que en el corazón y en el cerebro de Georgina reñían continuamente ideas antagónicas y pensamientos rivales, la hacían parecer alocada y caprichosa.

En ocasiones se mostraba con Jack cariñosa y dócil. Las embusteras promesas del galán sonaban en sus oídos como una grata música que la emblesaba y la rendía.

Súbitamente y sin motivo aparente, se libraba Georgina del encanto que la domeñaba, y rechazaba colérica a Jack, no viendo en él sino al seductor vul-

gar, dedicado a repetir de rutina las mismas frases gastadas que a todas las mujeres había dicho.

Si Jack hubiese sido un poco sentimental, estas desigualdades de humor y de conducta de Georgina le hubieran preocupado hasta acabar por interesarle realmente en aquel juego amoroso, en el que los lances buenos iban muy luego seguidos de inesperadas jugadas, en las que perdía en un momento cuanto ya consideraba definitivamente ganado.

Pero Jack era hombre vulgar y era además orgulloso. Acostumbrado a vencer, no admitía la posibilidad de que una mujer normal dejara de apreciar pronto lo que él valía. La resistencia de Georgina sólo tenía para él una buena explicación: estaba loca.

A fuerza de repetirse Jack este rotundo diagnóstico, se acostumbró a verse tratado bien y mal por Georgina.

Cuando la muchacha se le mostraba cariñosa y soñadora, él se dejaba querer con compasivo desdén de hombre de buena fortuna. Cuando el viento era contrario, Jack parecía no enterarse de las disculpas, ni aun de los desaires rudos de Georgina. Al verse insultado o rechazado por la muchacha, se alejaba sin ningún dolor de ella y buscaba la razón del nuevo agravio, diciéndose convencido:

— ¡Está para que la encierren!

Si se ha de decir verdad, la conducta desigual de Georgina justificaba la opinión que del mal estado de su cerebro tenía Jack.

No hay que ser gran alienista para afirmar, sin temor a equivocarse, que está loca de remate una mujer que tan pronto llora sin motivo, como ríe sin razón, que caprichosamente nos acaricia y por darse gusto nos araña; que acepta complacida nuestras ternezas y que un momento después nos tira a las narices el regalo que ya había aceptado jubilosa.

Así obraba Georgina.

Recordarán los lectores haberla visto salir alegre de la casa del fotógrafo. De ella había partido la idea de retratarse, y Jack se había apresurado a complacerla. No creo ya necesario decir que Jack pagó los retratos. Tenía muchos defectos, pero conocía bien la obligación que tienen los hombres, desde tiempo inmemorial, de pagar siempre y sin poner mala cara cuando salen con mujeres.

Crecía Jack que de los retratos que había pagado, uno siquiera le sería dedicado. Esta sencilla prueba de amor no era excesiva en una mujer mayor de edad y dueña de sus acciones como lo era Georgina.

Impaciente por tener en su

bien surtida colección el retrato de la singular tanguista, suplicó Jack al fotógrafo que diera prisa a las copias y que en cuanto estuviesen listas las llevase al cabaret.

Dos horas después entraba orgulloso el fotógrafo en el cabaret vecino, bien seguro de que Jack le premiaría su diligencia, convidándole a beber.

Entregó los retratos a Georgina.

Esta los contempló largo rato con ese mirón desdeñoso que tan bien conocen los fotógrafos. No se ha dado el caso todavía, probablemente ya no se dará jamás, de que una mujer se encuentre bien, absolutamente bien, en un retrato. De nada sirve que el fotógrafo se haya excedido en el retoque; por más que haya agrandado los ojos, por muchas arrugas que haya quitado, ni haciendo casi invisible la boca, linda y perfecta la nariz, bellísimas las orejas, podrá evitar que se discuta su arte y se niegue el parecido.

La interesada mira y remira el retrato con atención y no acierta a precisar en qué consiste el defecto: *si está bien... pero no es ella*. Todas están afectadas por una común desgracia: nunca, nunca salen bien, y en cambio, su amiga X... sale siempre mucho más guapa de lo que es.

Los fotógrafos cuentan estas forzadas censuras como un gaje



— Vista General —
— Visual —



— ¿Quiere usted bailar conmigo? —



— ¡Mala noche don espeta!

— (Frage) *Wannher*, *woher* *hervor*?





Charlot se orienta



— Aquí hace un calorcillo relativo.



— ¡Aquí estoy y aquí me quedo!



— Joven de nieve —



— Entre usted en mi barraca.
— Si entro en algo, amigo Curto.



— ¡Charlot, llévame en seguida a la barraca!



— ¡Mi mina! ¡Mi mina!... Ya somos ricos.



Las arduas aventuras de Charlie han sido perpetuadas por el cinematógrafo, una vez de los admiradores de Chaplin y para que nadie dude de la verdad de esta historia.

del oficio, y no hacen caso. Su única venganza — tal vez sólo sea muy juiciosa precaución — es cobrar por adelantado su trabajo, y de este modo ellos y los precavidos médicos son los únicos profesionales que cobran sin perder nada, tanto si hacen un trabajo bueno, como cuando se equivocan. Si un médico os da la vida, cobra, y es muy de razón, el servicio que os ha hecho; si se equivoca y manda al pobre paciente al otro mundo, presenta también la cuenta, y abonarla sin chistar es obligación del heredero...

Declinamos que Georgina no quedó muy entusiasmada con sus retratos: pero hagámosle la justicia de añadir que no extremó las censuras. Hizo el mohín consabido, y dijo con un tonillo burlesco:

— ¡Está usted seguro de que soy yo? —

— ¡Naturalmente! — respondió el fotógrafo.

Volvió Georgina a mirar la fotografía, hizo una mueca de resignación y dijo:

— Sí, realmente, fijándose bien, no está mal, pero yo no tengo la nariz tan chata, ni esta boca de espumeta, ni estos ojos tan chicos y adormilados, ni estas orejas que parecen dos sopillos, ni esta arruga, ni esta barba... Por lo demás no está mal.

El fotógrafo había hecho cuanto tenía que hacer: cobrar las fotografías, entregarlas y oír censurar su trabajo. Incluyó respetuoso la cabeza y se retiró.

Jack se acercó a Georgina, y le suplicó amoroso que le entregase una copia. La muchacha estaba de mal talante y le dio una negativa poco cortés, brutal. El respeto que debemos al lector nos veda transcribir al pie de la letra sus palabras malsonantes.

Comprendió Jack que estaba Georgina en uno de sus frecuentes momentos de mal humor, y no pensó ni un momento en convencerla con razones. Hubiera sido perder el tiempo.

Si hubiese pedido un beso u otra inocente prueba de amor, se hubiese resignado a no recibirlo, como ya le había sucedido muchas veces: el buen juicio le decía que Georgina era dueña absoluta de sus besos y de sus mimos. Pero con los retratos cambiaban los términos del problema: se habían hecho con su dinero.

El derecho que Jack tenía por indiscutible y fuerte, inspiró al irritado galán una acción vituperable. Alargó villanamente la mano con la intención manifiesta de apoderarse por fuerza del retrato que no le daban por grado.

Georgina defendió el retrato bravamente.

No consiguió Jack su mal intento, pero el retrato discutido quedó arrugado y maltrecho.

Georgina lo estrujó con rabia y lo tiró con desdén.

Jack recurrió, como otras veces, a su filosofía y se alejó de Georgina diciendo:

— ¡Hoy está como un cencerro! ¡Pobrecilla!

La escena que hemos referido pasó inadvertida para todos, menos para Charlot, quien desde que había entrado en el cabaret no había dejado de contemplar con ansiosos ojos de enamorado a Georgina.

¿Cómo envidiaba el seducido Chaplin a Jack en los momentos en que le creía amado por Georgina! ¿Con qué placer presenció la disputa del retrato! No hay palabras y me faltan admiraciones para pintar la afanosa precipitación con que, sin ser visto por nadie, Charlot cogió del suelo el retrato discutido y estrujado, para esconderlo, como preciada reliquia, debajo de la camisa y encima del corazón.

Hubo un momento en que se olvidó de qué modo había llegado a su poder aquel retrato del ser amado. Creyó de buena fe que lo había recibido en testimonio de pasión correspondida de aquella divina mano, que aun no había tenido tiempo ni ocasión para admitir, pero que su imagina-

ción exaltada se la hacía ver blanca, menuda, perfecta.

Saboreando en secreto su primer triunfo, iba y venía Charlot por la bulliciosa sala del cabaret, dando con toda la fuerza de su corazón gracias a la buena estrella que allí le había llevado.

Estaba Chaplin en uno de esos momentos de optimismo en que todo nos parece bello y grato.

La pesada y mal oliente atmósfera del cabaret se le antojaba aireada, pura y recargada de aromas; los villanos concurrentes se le aparecían como apuestos caballeros que, como él, estaban allí en espera de purísimos placeres procurados por un leal amor graciosamente correspondido; las bailaroras y las cantantes se le antojaban incomparables artistas y hasta las desentonadas notas de la detestable orquesta se le entraban suavemente por los oídos, como cosquilleantes y delicados hilillos por los que corría una extraña fuerza, que era a la vez electricidad excitadora y armonía amodorrante que convidaba a soñar.

¿Se dio Georgina cuenta de la pasión que había despertado en el alma pura y noble de Charlot? No lo sabemos. Probablemente no lo sabía. No fué ciertamente por amor, sino por hacer rabiar a Jack, o por satisfacer un capricho de mujer de poco juicio por

lo que invitó a Charlot a tanguearse con ella.

Al afortunado Chaplín le pareció aquello tanta ventura que fué preciso repetirle la invitación varias veces.

¡Santo Dios, era de veras! ¡Georgina despreciaba a Jack para bailar con Charlot!

Los concurrentes al cabaret Monte Carlo estaban acostumbrados a los antojos de Georgina. Todos la tenían por excéntrica, y si se hubiera juzgado preciso un juicio contradictorio o una deposición de testigos para encerrarla en un manicomio, es seguro que las declaraciones hubieran coincidido al afirmar que estaba loca. Pero nunca hasta aquel día se la había visto dar una prueba de su poco seso. Bailar con un desconocido por dar celos a Jack equivalía a firmar de una pluma la sentencia de muerte del bailarín preferido y de la insensata Georgina.

Desde que comenzó la danza empezó a flotar la tragedia en la pestilente atmósfera del cabaret.

Los rostros estaban pálidos y los corazones agitados. Se pre-

sentía la lucha y se veía correr la sangre.

Sólo Charlot bailaba sin cesar y sin darse cuenta del mal paso en que la caprichosa Georgina le había metido.

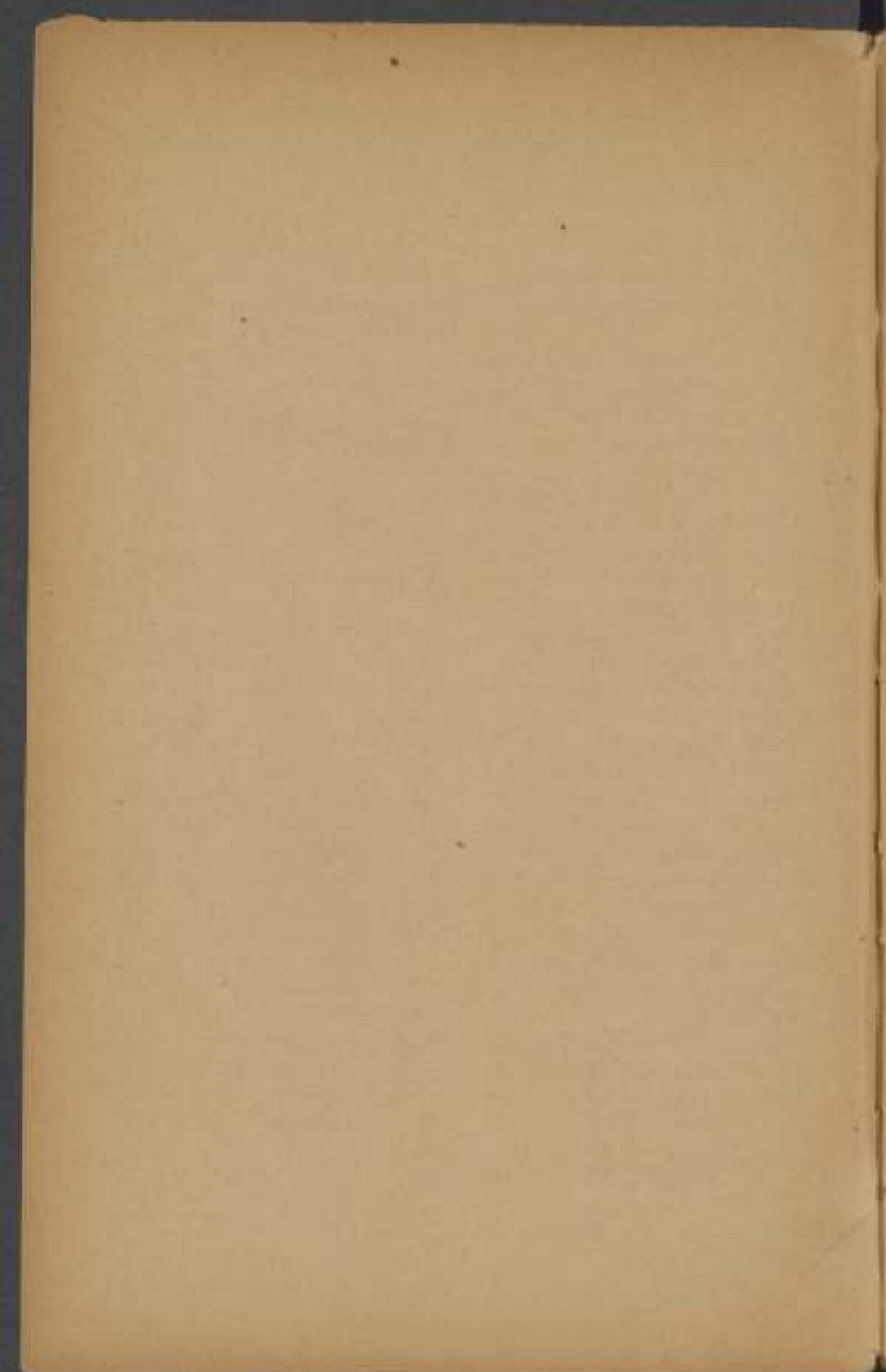
Pero diciendo que Charlot bailaba no se expresa con exactitud todo el placer, toda la gracia que él encontraba por vez primera en su vida en el hecho de dar vueltas y más vueltas a compás y llevando entre los brazos a un ser querido. Todos bailaban con los pies, pero Charlot bailaba con los pies, con la cabeza, con el corazón, con toda el alma.

Hubo durante la danza algunos detalles cómicos, entre los que apuntaré, como más grave, haber perdido Charlot en tan crítico momento el cinturón que le sujetaba los afuellados calzones.

Charlot acudió lo mejor que pudo y supo remediar el percance y siguió bailando para regocijo suyo, para diversión de Georgina y para avivar el odio en el corazón de Jack.

La tragedia temida llegó por fin.

De su desarrollo y fin se dará cuenta en el siguiente capítulo.



CAPITULO VI

Un reloj que no se atrasa

El lector algo leído tendrá presente la habilidad y la gracia con que Cervantes corta un capítulo (ahora no recuerdo cuál) en el preciso momento en que el valeroso vizcaíno y el famoso don Quijote tienen las sendas espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes.

En tan noble y buen ejemplo he querido yo inspirarme, y que se perdone mi osadía, para excitar la curiosidad de los que lean este relato.

Son los celos malos consejeros, y es el amor improvisador de valentía.

Jack estaba celoso: Charlot amaba.

Más que la buena suerte de Chaplin al lograr la dicha de bailar con Georgina, le preocupaba a Jack, poniéndole a pocos dedos de la locura, la sonrisita burlona con que todos le miraban.

El pretensioso y temible gallito del cabaret se veía de repente suplantado por un desconocido que no parecía ser rico ni atleta.

Era extraño y era cómico que Jack sufriera tranquilo la incomprensible suplantación. ¿Tendría miedo al desconocido?

Todos los que envidiaban a Jack, sin atreverse a atacarle en noble lucha, se consideraban vengados de los malos ratos que en cobarde sumisión habían sufrido.

Los más miedosos eran los que más cínicamente hacían alarde de su contento, con el que trataban de ocultar su enojo, por no haber sabido a tiempo poner a prueba el verdadero valor del sufrido Jack. Era indudable que su injusta fama de hombre bravo la debía a la cobardía de los otros.

Comprendió Jack que si sufría la afrenta que Charlot le hacía en público, su prestigio se quebran-

taría para siempre. De un solo salto iba a pasar de Juan Tenorio a Juan Lanas.

El temor de que se le creyera cobarde le hizo brutal.

Bien resuelto a que se viera que era el don Juan de cuyo valor dudaban, se acercó provocativo a Charlot.

Chaplin se hizo un poco el loco, como se suele decir, deseoso de evitar una contienda de la que ningún provecho podía sacar.

Si Jack hubiese estado menos dispuesto a reñir, hubiera desistido de provocar a aquel hombre que tan pocas ganas demostraba de arriesgar la vida en los momentos en que ésta se le presentaba más alegre y más dichosa.

La prudencia de Charlot era tan razonable, cuando menos, como la agresividad de Jack.

Este quería reñir porque Georgina no había querido bailar con él; pero Charlot, que había bailado hasta perder los calzones, no tenía la misma razón ni igual pretexto para andar a puñetazos.

Como suele ocurrir siempre, la cobardía aparente de Charlot aumentó la bravura de su rival.

Confesamos que la prudencia excesiva empezaba a poner en ridículo a Charlot.

El mismo lo comprendió, y dándose exacta cuenta de que las mujeres no aman a los hombres pusilánimes, determinó con un

impulso viril, reñir con Jack para no perder el amor de Georgina.

Aceptado el reto, evidentemente desigual, cayeron en guardia los combatientes.

Los más curiosos hicieron corro cerca de los resueltos pugiles. Las mujeres y los precavidos se subieron a los palcos, para verlo todo bien, sin correr el riesgo de recibir algún golpe.

La lucha fué un poco larga, porque Charlot, mal preparado para una pelea de tanto riesgo, se batía en retirada, con lo que obligaba a su rival a ir constantemente a su encuentro descargando fieros golpes que se perdían inútilmente en la atmósfera.

Los espectadores del combate se impacientaban.

Algunos, los más cobardes, gritaban enardecidos, dándose por engañados. Ellos esperaban una lucha con muchos golpes y mucha sangre y sólo se les daba un espectáculo inerte y largo.

Se repetía en aquella ocasión en el cabaret de Alaska un espectáculo harto frecuente en España en las corridas de toros. Hombres de muy poco espíritu que están a muchos metros del toro y a salvo de todo riesgo gritan con furia cuando un torero busca, como es de razón, los medios que cree mejores para librarse de una cornada. Los que quieren emoción, gritan palabro-

tas, amenazan, patean e injurian. No es raro, sino frecuente, que entre el respetable público haya un gritador más salvaje que los otros que, convencido de la inutilidad de las voces, se procura por sí mismo la tragedia que desea tirándole al lidiador una botella, con el cristiano propósito de descalabrarle.

Los que presenciaban la lucha en el cabaret rugían y pateaban con indignación de taurófilos enardecidos. La indignación de un espectador resolvió al cabo la lucha de manera inesperada.

Fijese bien el lector en cómo sobrevino el accidente, porque es difícil de explicar y algo duro de creer.

Debajo de los palcos había un reloj descomunal; los combatientes daban mampornos y saltos debajo de este reloj. En un momento en que Jack esquivaba habilidoso un puñetazo, el único puñetazo que quiso darle Charlot, un espectador brutal dió una patada al reloj. Con violencia comprensible y con oportunidad maravillosa, cayó el reloj sobre la cabeza del pobre Jack. Este cayó al suelo, rígido.

Para dar la sensación exacta de cómo fué de rápida la caída de Jack, tendré que decir, como es costumbre, que cayó como herido por un rayo.

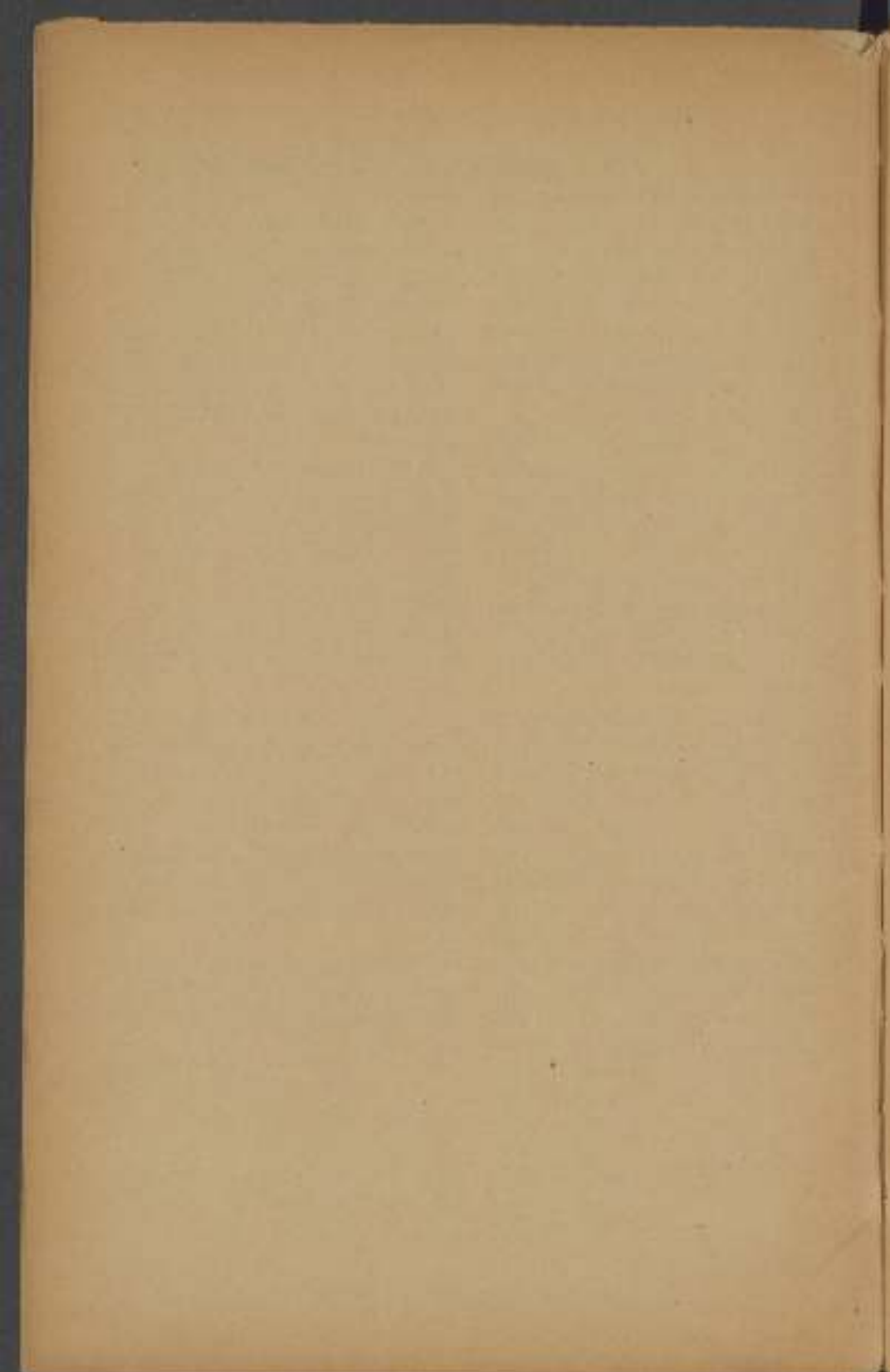
Al ver Charlot a su rival en el suelo no se curó de averiguar la verdadera causa de la caída. De buena fe hubiera jurado que había abatido a su rival con los puños.

No fué Charlot el único engañado. Todos los que odiaban a Jack dijeron por cierto que su rival le había vencido en leal pelea y cara a cara.

El triunfo de Charlot se comentó primero en el cabaret, y luego se divulgó por la ciudad.

Un diario popular refirió el lance, dando pelos y señales de la forma en que se había desarrollado la lucha. Era un relato fantástico que favorecía mucho a Charlot y en el que no se hacía mención de la parte que en la lucha tuvo el providencial reloj.

Este relato embustero, escrito por un enemigo de Jack, fué para todos la verdad única.



CAPITULO VII

Charlot empieza a triunfar

El triunfo del cabaret proporcionó a Chaplin buenos amigos. Todos los que odiaban a Jack se dieron prisa a brindar al bravo Charlot su interesada amistad.

En aquella coyuntura pudo Chaplin establecerse en la ciudad y explotar la fama que en un momento había ganado. Le hubiera sido fácil vivir holgazán y respetado, pero él prefirió con buen acuerdo aceptar una colocación honrosa que le ofreció el emprendedor minero Hank Contis.

No era la nueva colocación una canongía, pero aseguraba de momento la pitanza y ponía a Charlot en buen camino para ver un día realizados los sueños que le habían llevado a Alaska.

Tenía Hank Contis una barraca muy cerca de la ciudad y en ella se estableció Chaplin, muy contento de poder ir de cuando en cuando a ver en el cabaret a su amada Georgina.

En poco tiempo ganó Charlot la confianza de su patrono, quien, seguro de que quedaría la barraca bien vigilada en su ausencia, no reparó en emprender un viaje de exploración a sus minas.

Durante la ausencia de Hank quedaba Charlot dueño y señor de la finca.

En su casa y en su gazo estaba Chaplin un día de relativa bonanza, haciendo risueños planes para el porvenir, que ahora veía tranquilo.

Voces y risas juveniles, que sonaban en la misma puerta de su barraca, le sacaron de su éxtasis.

Abrió la puerta y recibió como primera sorpresa una formidable bola de nieve que le hizo ver las estrellas en pleno día.

Este momentáneo contratiempo trocóse luego en júbilo indecible, al ver entre las muchachas que gritaban y reían a Georgina.

El encuentro era casual. La estrella del cabaret no había vuelto a ver a Charlot desde el día de la lucha entre los dos caballeros que codiciaban el tesoro de su corazón.

Georgina saboreó intimamente el dulcísimo placer de verse amada por dos rivales valientes, pero no se creyó obligada a rendirse al vencedor.

Charlot le pareció un infeliz.

Ahora, al encontrarle nuevamente y de improviso, dedicado en la barraca a las faenas domésticas, le pareció más risible.

Charlot invitó cortés a Georgina y a sus amigas a tomar asiento en la barraca.

Tenían las muchachas ganas de bromear y aceptaron la galante invitación, con el maligno propósito de burlarse del inocentón Chaplin.

Si el lector ha estado enamorado alguna vez, adivinará fácilmente las tonterías que hizo Charlot para agradar a Georgina, sólo con recordar las tonterías que él habrá hecho en situaciones análogas.

Pero todo lo que nuestro amigo hacía era trabajo perdido, porque Georgina no se había dado cuenta de la pasión devoradora que había inspirado.

Para que la desgracia de Charlot fuera completa, estaba Georgina, con relación a Jack, en un

cuarto de hora favorable; quiero decir, dejándome de metáforas, que desde hacía un par de semanas se mostraba la voluble doña Inés amable y complaciente con don Juan.

Este período de ternuras se había iniciado el mismo día en que Jack puso en peligro su vida batallándose con Charlot.

Georgina se juzgó culpable y se consideró obligada a salvar con sus cuidados la vida al hombre que por ella la perdía.

Mientras estuvo Jack postrado en cama, no se separó Georgina del herido. Amorosa y servicial, le daba las medicinas, curaba la herida y le ponía las vendas.

Jack estaba embelesado y se daba por dichoso. Bendecía su buena suerte y estaba agradecido a Charlot, que, sin quererlo, le había procurado al fin el amor algo difícil de Georgina.

Esta creía de buena fe que amaba a Jack y también era feliz.

De Charlot no había vuelto a acordarse.

Chaplin ignoraba todo esto, y bien seguro de que la visita de su amada no era casual, se mostraba lleno de júbilo y ansioso de hacerse digno de la pasión que creía haber inspirado.

En su deseo de hacerse agradable ofreció cuanto tenía, que no era mucho, y contó cuentos. Ya no podía hacer más. Si hubiese

vivido en una ciudad europea, hubiera entretenido la visita hablando mal de los vecinos y haciendo comentarios sobre la temperatura. Estos recursos, fuerte alimento de las conversaciones entre personas vulgares, le faltaban a Charlot, que no tenía vecinos y que vivía en Alaska, donde la temperatura es siempre mala.

En Europa nos pasamos medio año quejándonos del calor y otros seis meses lamentando que haga frío. Estas variaciones termométricas dan a los coloquios amistosos una relativa amenidad. En Alaska parecería ridículo el hombre que creyera que hacía un descubrimiento al notar que hacía frío.

Cuando a Charlot se le acabaron las provisiones que ofrecer y los chascarrillos que contar, ideó ir al corral a buscar leña y ver de paso si las gallinas habían puesto algunos huevos con los que prepararía un buen ponche a la mañana.

Aprovechando su ausencia, se pusieron las muchachas a inspeccionar curiosas la pieza en que se encontraban.

Georgina, que era la que se mostraba más curiosa y más traviesa, se puso de pronto seria y dejó escapar un débil grito.

Sus amigas la interrogaron con la mirada.

Sin fuerzas para responder, se limitó Georgina a señalar con un dedo hacia el lecho de Charlot.

— ¡Tá! — exclamó una de las amigas de Georgina.

— ¡Tá! — dijo la otra con idéntico laconismo.

— ¡Tá! — prorumpió como un eco la tercera.

— ¡Yó! — musitó Georgina, con acento indefinible, que expresaba alegría y extrañeza al ver allí su retrato.

Los lectores saben ya cómo había llegado la sorprendente fotografía a poder de nuestro héroe.

Las muchachas lo ignoraban.

Aquel hallazgo tan inesperado era una revelación para Georgina: ¡Charlot la amaba!

La palabra amor tiene siempre un grato sonido para las finas orejas de una mujer joven y de corazón ardiente. Georgina se sintió dichosa y empezó a soñar.

La llegada de Charlot la despertó de su dulce sueño.

Cumpliendo un acuerdo rápidamente tomado, nada se dijo a Chaplin del hallazgo. Aquel era un secreto que tenían que guardar tres mujeres, y aunque le pareciera al lector inverosímil, lo guardaron.

La segunda parte de la visita, parte que comienza en la vuelta de Charlot, fué más animada y más cordial.

Georgina había abandonado de

pronto el tonillo burlón con que hasta entonces había hablado a Charlot, para adoptar una actitud insinuante y mimosa. Sus palabras dulces, dichas como con desmayo, iban acompañadas ahora de sonrisas muy graciosas y de miradas tiernas.

Quiso Georgina saber algo de la vida de su rendido galán y procuró habilidosa provocar las confidencias.

— Debe de ser muy triste — dijo, con voz desmayada, Georgina — vivir tan solo.

— Sí, muy triste, señorita — respondió Charlot.

— ¿Por qué no se casa usted? — apuntó con mala intención la más traviesa de las muchachas.

— En algunos casos el matrimonio es un remedio.

— Soy pobre — dijo Charlot.

— No es muy buena profesión para casado — deslizó con malicia Georgina.

— Pero un día seré rico — replicó Charlot, con el tono reposado, recio y grave de hombre que confía ciegamente en el porvenir.

— Ese día piense en mí — dijo riendo la más franca y resuelta de las amigas.

La conversación languidecía.

Por decir algo, una de las muchachas indicó a Charlot que ellas le harían compañía muy gustosas si algún día las invitaba a comer.

Cuando un hombre está fuertemente enamorado, toma como preciados favores hasta las cosas desagradables.

El hecho de pagar una comida a unas muchachas gorronas no es cosa grata, en verdad, y sin embargo, tuvo Charlot un momento de inefable júbilo cuando la adorada Georgina dijo, graciosa y amable, que le parecía bien la idea de la comida.

Quedó convenido que en la noche de Año Nuevo se celebraría en la barraca el primer banquete.

Se hizo el menú y el programa de la fiesta. Charlot daba gozoso su asentimiento, olvidando, en su alegría, que la juerga proyectada había de costar algún dinero, y que él no tenía un cuarto.

En el momento de la partida se ratificó el compromiso.

— Hasta el día 31 — dijo Charlot, estrujando fuertemente la mano de Georgina.

— A las ocho de la noche — añadió la joven con firmeza.

En el momento de abandonar la barraca, gratificó Georgina al inflamado Charlot con una mirada que era a la vez una caricia y una promesa.

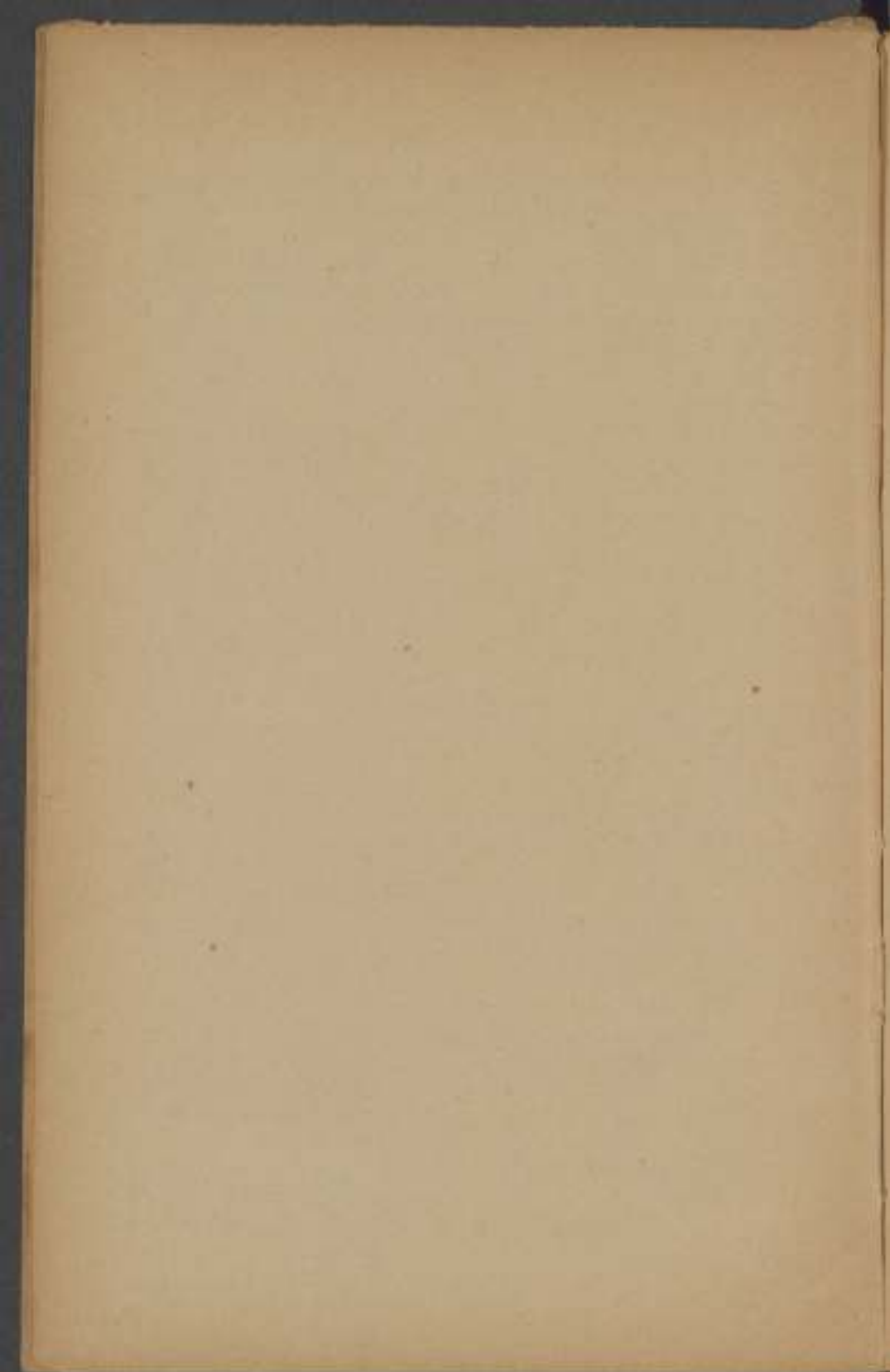
El pobre enamorado se juzgó feliz, y exteriorizó su alegría en forma un tanto extremosa.

Saltaba y daba gritos Charlot para expresar a su contento,

cuando se abrió de nuevo la puerta.

Era Georgina que volvía por los guantes, que intencionadamente había olvidado... Los recursos femeniles son, en Alaska, iguales a los de Europa.

Tomó Georgina los guantes y Charlot tuvo de nuevo la alegría de verse acariciado por sus miradas. Pué dichoso... El amor puro se conforma con muy poco.



CAPITULO VIII

Divagaciones y otros excesos

Charlot no tenía dinero, pero tenía un gran amor.

No quiere decir el autor de este relato que el amor, ni aun siendo grande, pueda suplir al dinero, pero es un hecho probado que el hombre que quiere bien, lleva en el alma una fuente de optimismo y un engendrador constante de energías provechosas.

El amor es altruista y muchos hombres que, despreciando su vida y sus intereses, se dejarían morir antes que hacer un trabajo buscando el provecho propio, no vacilan en intentar las empresas más difíciles y en hacer labores arduas por agrado y servir al ser amado.

Mucho se ha escrito sobre el amor, pero los más de los escritos que yo conozco son vanas divagaciones, hechas en verso por poetas holgazanes que no han amado jamás. Hablan de amor

porque es un tema muy socorrido y bonito, con el que nunca se causa a las almas muy sensibles y poco experimentadas, que se dejan fácilmente seducir con la armonía engañosa de la rima.

Yo espero que llegue un día en que se haga al amor la justicia de reconocerle que sirve para algo más que para perder el tiempo dando inútiles suspiros y para hacer delicados madrigales.

El amor puro — único amor digno de ser defendido y estudiado por un autor que se estime — no tiene otra aspiración ni puede tener otro desenlace lógico que el matrimonio, solución cristiana y honesta, pero cara. El hogar propio es innegablemente más cómodo que algunas casas de huéspedes, pero impone sacrificios, que parecerían duros si el amor no se cuidara de vendar los ojos al buen esposo para que, ciego y contento, atienda a los

gastos inevitables y hasta pague los caprichos onerosos de su dulce compañera.

Los primeros meses de noviazgo son llevaderos. No tiene el novio otros gastos que los que le imponen, imperiosos, sus egoístas deseos de seducir a la amada con su indumento cuidado y con los refinamientos de la *toilette*: hay que estrenar más corbatas, aceitarse con frecuencia y limpiarse todos los días las botas.

A estos gastos llevaderos se ha de agregar lo poco que representa enviar de cuando en cuando unas flores o unos caramelos a la amada.

Cuando las circunstancias son malas, se ahorran los caramelos, con el pretexto de que pican los dientes y dan alimento a las molestas lombrices. Las flores caras se reemplazan bien con la humilde violeta o el sencillo pensamiento, cogidos en plena campaña en un paseo romántico. Estas delicadas flores se entregan acompañadas de unas palabras de amor, luego de besar los pétalos con un ósculo, dado con mucha pasión. La novia que sabe bien sus deberes, toma la flor con la mano temblorosa y se la lleva a los labios, con ensayada inconsciencia. El amante suspira de nuevo y da las gracias, más o menos expresivas, según sea el grado de confianza.

El destino de la flor no es siempre el mismo. Las muchachas muy enamoradas y muy resueltas se prenden la florcilla en el pecho sobre el corazón, o bien se la sujetan a la cintura, entre el hígado y el bazo, para pregonar a gritos su pasión y su contento. Las jovencitas más púdicas y más sencillas ponen la flor recibida entre las hojas de su devocionario, donde queda aprisionada para siempre como recuerdo indeleble del idílico paseo.

Los dos procedimientos son buenos, pero si hubiéramos de dar a uno de ellos la preferencia, para afeccionar a las muchachas con la experiencia que a ellas les falta, les diríamos, sin vacilar, que se prendan siempre las flores en la cintura o en el pecho, porque no adquieren más compromiso que el de conservar la violeta o el pensamiento hasta que lleguen a casa. La flor guardada en el librito de misa se aja, decolora y muere como en un herbario, y si un día el amor muere también, es un penoso recuerdo que convendría evitar. En ocasiones, cuando han sido muchos los amores, y muchos, por consiguiente, los poéticos paseos, hay en el devocionario demastadas violetas descoloridas y sin aroma, y cuesta ya gran trabajo relacionar cada flor con el nombre del galán que la ofreció.

y con los detalles y la fecha del idilio.

Perdone el lector que nos hayamos detenido tanto y con visible deleite en el análisis del período de los amores baratos. Nos daba miedo avanzar en el examen.

A medida que el noviazgo sigue los lícitos cauces, y las relaciones se formalizan, se va encareciendo el amor.

Autorizado el novio para entrar en casa y salir con la familia, no puede ya limitarse a dar una florcilla silvestre de cuando en cuando. La mamá se cansa y hay que brindarle la comodidad de un auto o el remedio relativo del tranvía; la hermanita de la novia es golosa o tiene sed, y es de razón pensar en ella y ofrecer a la familia el regalo de un chocolate en invierno o el de un helado en estío; la misma novia tiene sus antojos y sus gustos, y hay que comprarle novelas y llevarla, convenientemente acompañada, a los teatros.

Va ve el lector que hablo de un caso en que el mal no es muy agudo; un noviazgo tolerable en que no hay papá gorrón que se os pegue en el café, ni hermanitos sinvergüenzas que os den sablazos y os fumen los cigarrillos.

Si el novio sabe ganarse la vida y se administra con arte, sobreleva sin enojo los gastos indis-

pensables de este segundo período.

El tercer período empieza en la petición formal de mano, con la fijación precisa de la fecha de la boda.

Es la costumbre iniciar este período con un regalo, más o menos rico, más o menos bello, según sean la posición y el gusto del demandante.

Pero por pobre que sea el novio ha de hacer un sacrificio que le deje en buen lugar con la novia, con sus familiares futuros y con los amigos, que juzgarán si el *partido* es bueno o malo de la calidad y precio de los regalos... ¿Qué lejos están ya aquellos felices días románticos en que se quedaba bien con la poética ofrenda de una humilde violeta!

Durante unos días hay que prescindir de lo poético. Va no pueden los que van a ser esposos perder el tiempo en dar suspiros y contemplar extasiados la palidez de la luna.

Sus coloquios son ahora serios y prácticos. El primer cuidado es hacer entre los dos el presupuesto de gastos para estudiar la manera de que los dos vivan con lo que el marido gane. La distribución es difícil, porque el sueldo del futuro es corto y la vida está muy cara. Más de cien veces se ha intentado inútilmente saldar el presupuesto sin

déficit. En cada arreglo se han rebajado las partidas sin lograr nunca que las cifras del *haber* concuerden con las del *debe*.

Tenazmente, pero en vano, se castigan todos los gastos.

Cuando ven que no es posible rebajar lo calculado para el alquiler, que no hay forma de comer con menos de diez pesetas, que les será muy difícil encontrar una criada que se avenga a servirles por diez duros y sin sisas, tienen los novios un momento de inquietud, temiendo que les será por de pronto imposible realizar lo que ellos llaman su sueño.

La novia baja la cabeza resignada, y con los hermosos ojos humedecidos de llanto, dice, con voz apagada: *¡Esperemos!*

La actitud de resignada en que la novia gime más que habla, su disposición al sacrificio, impresionan al novio y le dictan su conducta.

¿Cómo esperar? Ahora más que nunca siente él vehemente deseo de unir su porvenir y su vida al porvenir y a la vida de aquel ser débil y bueno que no se encuentra con bríos para luchar, y que acepta el sacrificio con la resignación de una mártir. Ella es débil, pero él es fuerte; ella se asusta del porvenir y él lo afronta. Manos y bríos tiene para luchar. La miseria se remedia con trabajo, y él está dispuesto a

trabajar como nunca y en la forma que haga falta para que su adutada sea feliz.

Y así el amor ha hecho otra vez el milagro de trocar en laborioso a un hombre bien avenido hasta entonces con su pobreza; de un hombre sin ambiciones ha hecho un conquistador osado de la fortuna; de un ser vulgar ha hecho un héroe...

A esta conclusión queríamos llegar para cortar en seco tan larga divagación. Era preciso disponer bien el ánimo de los lectores para que se diesen pronto cuenta por qué motivos y con qué resolución determinó Charlot dejar la quietud y la pobreza de su barraca y ganar dinero en cualquier parte y por cualquier medio honroso.

Charlot amaba y se creía correspondido. No había ofrecido todavía a la bella Georgina hacerla pronto su esposa, pero le había brindado la ocasión de corresponder a su volcánico amor aceptando una comida. Y esta comida tenía agravantes.

Se había de celebrar el banquete en la noche de Año Nuevo, y la costumbre y su buen gusto le imponían con imperio la obligación de testimoniar su amor con un regalo que probase a un mismo tiempo su generosidad y su buen gusto.

Bien se le ocurrió a Charlot

que en el estado en que todavía estaba su noviazgo podía quedar muy bien con poco gusto y con el regalo delicadísimo y simbólico de unas flores. Pero sin esfuerzo comprendió que estos presentes poéticos sólo los estiman y agradecen las muchachas muy románticas; las que en París acuden todos los años, el día de los Difuntos, a hacer su ofrenda floral a la tumba del tiernísimo Musset, las que en España rezan como una oración, con voz suave y los ojos tiernos, las quejumbrosas rimas de Bécquer.

Georgina era bailarina y cu-pletera; bailaba tangos villanos y danzas brutales de negritos, aporreados por un jazz en ingratos instrumentos; con voz enton-quecida por el alcohol, gritaba, sin mucho arte, coplas necias y lascivas; había ido a Alaska, como los demás aventureros, bus-

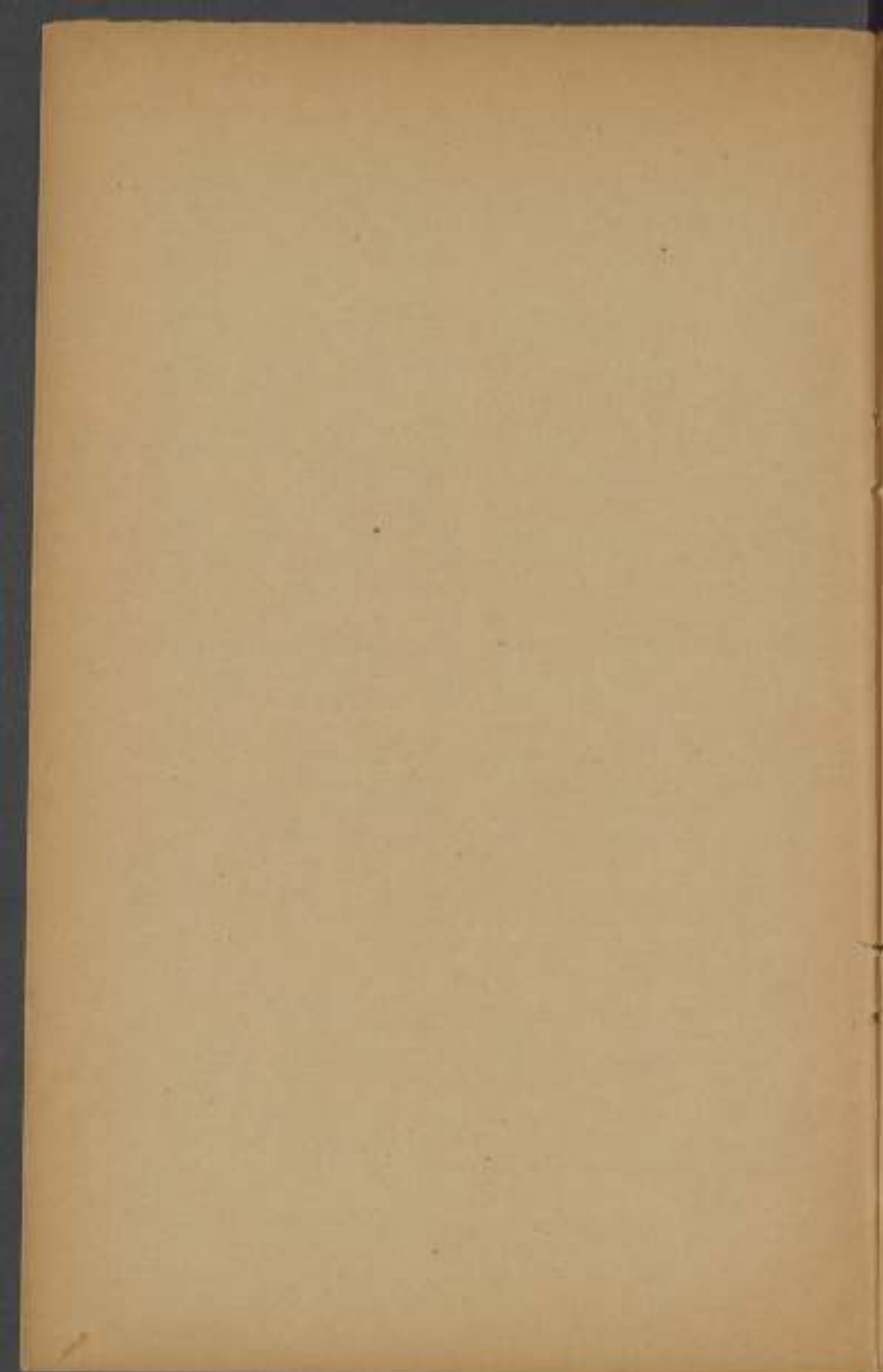
cando el modo de entriquecerse de cualquier modo y aprisa.

¡Qué lejos estaba todo esto del delicado y desprendido romanti-cismo!

Si Charlot quería quedar como un caballero y como un amante comprensivo ante los bellos ojos de Georgina, debía darle bien de comer y beber, y hacerle un re-galo pignorable. Lo demás era perder el tiempo.

Charlot no quería perderlo. Quería, por el contrario, deslum-brar a Georgina, probarle que era un hombre capaz de sostener con mucha holgura un hogar, convencerla de que podía amarle, segura de que mientras él viviera ella no tendría que trabajar para comer y vestir.

Por algo menos se han sacri-ficado muchas bellas, dando su blanca mano y su puro corazón a un doncel enamorado.



CAPITULO IX

Quien espera, desespera

Charlot, como el gitano del cuento, no pedía dinero, sino que le pusieran donde lo hubiera. Charlot y el gitano estaban bien seguros de que ellos lograrían una parte. Había con todo una diferencia fundamental, digna de ser señalada: el gitano pensaba robar el dinero; Charlot estaba seguro de ganarlo honradamente con su trabajo.

Sabía Charlot, más por haberlo oído que por experiencia propia, que en Alaska había oro en todas partes; pero en aquellos momentos en que él necesitaba hacer gastos con urgencia, no le preocupaba la idea de dar con un yacimiento aurífero. El necesitaba y quería oro acuñado; buenas monedas con que comprar buenos vinos, excelentes manjares y algunas joyas baratas con que obsequiar a Georgina y a sus alegres amigos.

Con muy buen juicio discurrió

Charlot que para lograr su intento debía trasladarse a la ciudad vecina en busca de trabajo.

Y hacia la ciudad emprendió la marcha.

Ya en el camino, le preocupó a nuestro héroe una idea pesimista, que estuvo a punto de echar por tierra todos sus buenos propósitos. ¿A quién iba a ofrecer sus trabajos? O expresado en otra forma, ¿Qué trabajos iba a ofrecer?

Puntualicemos su pensamiento, transcribiendo literalmente las desalentadoras palabras de su soliloquio pesimista:

— Yo no he trabajado nunca, en buena hora sea dicho. Claro es que yo tengo habilidades y soy hombre de recursos; yo tengo una gracia loca, dicho sea sin modestia; pero en Alaska, donde la vida es tan seria, no son explotables mis bromas ni mi ingenio. Por otra parte, yo estoy formal-

mente enamorado y deseo que la que quiero que sea pronto mi esposa me tome por hombre serio. Mientras he querido ser soltero, podía, sin ningún riesgo, tomarme la vida a guasa. Pero ciertas cosas no están bien en un padre de familia. Si es cierto, como se afirma, que algunas mujeres frívolas tienen una propensión marcada a reírse de sus maridos, yo debo evitar a toda costa ser desde luego el hazmerreír de mi esposa...

Determinó, pues, Charlot, con gravedad impropia de su carácter, trabajar en serio, buscando una ocupación que le diera en poco tiempo el dinero que necesitaba. Pero por más que discurría no acertaba a descubrir un oficio lucrativo que estuviera en relación con sus necesidades y con sus fuerzas.

Más de cien trabajos se le ocurrieron, pero ninguno le convenía: unos los desechó por poco remunerativos; otros, los más, porque exigían un esfuerzo muy superior al que él pretendía hacer.

¡Oh, sobradamente sabía Charlot que hay empleos buenos que producen mucho con poquísimo trabajo!

Pero sabía también que a estos empleos provechosos no se llega sin padrinos.

Sabía que en la política se hacen rápidas fortunas, con un

poquito de astucia y algo de desaprensión. Pero, sobre que a él le faltaban estas malas condiciones, aun no estaba empadronado en Alaska, y no era, por consiguiente, elegible ni elector. Tenía cerradas herméticamente todas las puertas de la política; no podía aspirar ni al modestísimo cargo de concejal — que es muy poco, — ni vender el voto, que es aún menos.

Iba a entrar en la ciudad y aun no sabía en qué podía ocuparse con provecho.

Tuvo una idea genial: abandonarse al azar. Escrito está lo que ha de suceder.

Esta resolución fatalista era más razonable y estaba mucho más fundamentada de lo que a primera vista parece.

Sabía Charlot que en América (la del Norte, la del Sur y la del Centro) es muy frecuente hacerse en poco tiempo maestro en una profesión que se desconoce.

Allí es corriente encontrarse a cada paso con gentes enriquecidas en el ejercicio de oficios que no aprendieron. El albañil se hace, sin reparo y sin preparación, agricultor; el zapatero de obra prima, carpintero; el ebanista, pintor...

Estos son los casos menos graves, que no es raro ni comentado, tampoco, que un destripaterromes osado se haga pasar por li-

enciado en Medicina, un alfabeto por doctor en todos los Detechos habidos y por haber, y un osado cualquiera por general en activo.

En la América latina, que es la que mejor conozco, se hacen estos trucos sin admiración de nadie, porque se hace mal papel cuando da uno a un nuevo amigo una tarjeta en que debajo del nombre, no siempre cierto, no figura cuando menos el título de doctor en caracteres visibles.

Para los europeos que van a América dispuestos a hacer fortuna, las amargas aguas del océano son como aguas maravillosas de un novísimo Leteo que hace perder al que osado las navega el recuerdo de cuanto fué en su país.

Las circunstancias dan allí la profesión y procuran la fortuna.

Sabía Charlot, cuando dejaba para más tarde la elección de su nuevo oficio, que no todas las profesiones son buenas para todos los países, y que hay, en cambio, modos de vivir completamente locales de provecho insospechado.

¿Qué negocio puede hacer un patagiero o un vendedor de chanclos e impermeables en un país donde no llueve jamás? Su ruina es inevitable y lógica. Pero que este mismo hombre ponga una tienda o monte su industria en las Vascongadas o en Galicia y

se le verá prosperar en poco tiempo. En Bilbao se haría rico en poquísimas semanas, aun teniendo que luchar con la ruda competencia de millares de paragueros. Para todos da allí clientes en abundancia el mismo Dios que da para todos las lluvias inacabables.

En Madrid — para poner otro ejemplo — hay un modo de vivir que sólo allí se explota bien, aunque se comprenda mal: el comercio, la industria, o como quiera llamarse, que ejercen, con buen provecho, los recogedores callejeros de colillas. Sólo al diablo se le ha podido ocurrir la idea de aprovechar la desidia y la miseria de una ciudad española para hacer posible la vicia profesión del colillero. En otro país cualquiera este negocio habría sido imposible o ruinoso, por falta de golfos cosechadores de la primera materia, por falta de clientela, o por intromisión tiránica, y explicable en este caso, de autoridades y leyes perseguidoras de vagos y amparadoras de la pública salud.

Y si Madrid brinda el fácil oficio de colillero a quien no tenga otro mejor, bien podía la ciudad de Alaska, que iba a alojar a Charlot, ofrecer al forastero necesitado una forma insospechada, especial y cierta de hacer dinero.

Hizo bien Chaplin confiando

su suerte a la casualidad, a su ventura y a su genio.

Si se había inventado ya un modo fácil y cómodo de ganarse bien la vida en la ciudad desconocida, no tenía más que hacer lo que otros habían hecho; si no existía este buen oficio, podía él inventarlo en un momento de feliz inspiración.

Los grandes sucesos han sido casi siempre obra de un momento de resolución clarividente. Napoleón Bonaparte, uno de los grandes triunfadores, debe su gloria a las resoluciones geniales tomadas en un momento en que estaban a punto de fracasar los sesudos planes trazados en largas horas de trabajosa vigilancia.

Si el buen éxito consiste en vencer obstáculos y en gobernar a nuestro antojo las circunstancias, es indudable que sólo puede lograrse cuando las resoluciones que tomamos tienen fuerza o habilidad suficiente para vencer las resistencias bien conocidas.

Las gentes excesivamente precavidas y los prudentes en demasía malogran una parte de su vida y pierden gran cantidad de su fuerza en tomar innecesarios remedios contra males que no han de sufrir jamás. La verdadera sabiduría consiste en acudir a tiempo — sin antelación y sin tardanza — a cada mal con la medicina indispensable.

En el caso de Charlot, como en otros muchos casos, el resultado y la rapidez del éxito probó la solidez de la filosofía rápidamente apuntada.

Entró Chaplin en la ciudad meta de su caminata un día relativamente bueno. La temperatura era deliciosa para Alaska: 15 grados bajo cero.

La nieve amontonada en la calle no alcanzaba altura mayor de un metro diez o un metro quince.

Va podían los vecinos de las calles céntricas — las únicas que se cuidan en todas las poblaciones — salir de casa con poquísimos trabajos. Todo se reducía a hacer sencillos ejercicios acrobáticos sobre unas tablas que ponían sobre los montones de nieve formados ante las viviendas.

El trabajo era insignificante comparado con el que habían tenido que hacer durante los días malos, en los que la nieve obstruía por completo la salida de las casas. Pero los hombres gordos y las mujeres muy honestas se quejaban del ejercicio que tenían que hacer para salir a la calle; ellos se lamentaban de la fatiga; ellas de ponerse en el mal riesgo de levantarse las faldas y mostrar las piernas por encima del tobillo.

En Alaska, como en todas partes, hay gente desocupada y de

perversos instintos que se procuran placer de ver padecer al prójimo.

Los hombres obesos y las mujeres púdicas tenían constantemente ante sus puertas, obstruidas por la nieve, grupos de curiosos y burlones que hacían un divertido espectáculo de reír y comentar los sudores de los trepadores torpes y los remilgos de las damas pudorosas.

Las víctimas de la broma habían acudido distintas veces en queja al señor alcalde para que prohibiera la grosera diversión. El alcalde, que era delgado, soltero y un poco desvergonzado, no dió importancia a la queja y siguió consintiendo un espectáculo que no le desagradaba. Más de una vez se le vió, con escándalo de muchos, mezclado y muy divertido con los moxalbetes y los viejos que se apostaban con preferencia ante las puertas de las damas pudibundas.

No tardó Charlot en enterarse de la facilidad con que la malicia había ideado en la nevada ciudad un espectáculo divertido y económico.

No le extrajo. Ya había visto él en otras ciudades con cuánta facilidad se reúnen y entretienen en la calle cientos y cientos de bobalicones con cualquier cosa. El simple y frecuente hecho de que un tranvía descarrile da ya

pretexto a los holgazanes y a los curiosos para detenerse y formar corro. Mientras el tranvía no vuelva a ponerse en marcha, no reanudarán los papanatas el paseo interrumpido.

Como los más de estos curiosos son paquitos de nacimiento y mirenes experimentados, saben cuanto hay que saber de accidentes de tranvías, lo que les da autoridad para emitir en voz alta sus diversas opiniones sobre la verdadera causa del descarrilamiento y la manera segura de remediarlo.

No, no se sorprendió Charlot de lo que pasaba en la ciudad, y como también él era curioso y no tenía ocupación perentoria, se sumó a los que se plantaban ante las casas de los gordos sudorosos y de las damas asustadizas.

De momento le divertía el espectáculo y sólo pensó en gozarse porque no costaba dinero.

Pero de pronto tuvo una idea: la idea genial y salvadora a que había confiado el pronto remedio de su penuria.

Era lo que se le ocurría a él de pronto tan práctico y tan sencillo, que no acertaba a comprender que aun estuviera sin explotar en Alaska, que es tierra de exploradores, aquel bonito negocio. Razonando a lo erudito, se acordó de cómo Colón había maravillado a los más sabios

doctores enseñándoles la manera sencillísima de poner un huevo en pie, y dedujo una vez más — ya se ha deducido muchas veces — que las cosas muy sencillas son casi siempre las que ve el hombre con mayor dificultad.

A toda prisa, temeroso de que alguien se le adelantara, se puso a explotar su buena idea.

Pidió prestada una pala, y llegó con mucha humildad a la casa de un hombre gordo, para ofrecerle, por un módico estipendio, a quitar la nieve que dificultaba la salida de su casa.

Se hizo el trato y en un momento quitó Charlot la nieve de la puerta de su cliente, depositándola ante la puerta vecina.

En servir a uno y perjudicar a otro consistía precisamente la originalidad de su invento.

Libre una puerta, pasó a la que había acabado de obstruir, y ofreció sus buenos servicios, que se aceptaron sin vacilar.

Volvió a repetirse el juego. El vecino que veía su puerta limpia, pagaba con mucho gusto; el que recibía la nueva adición de nieve, protestaba a grandes voces, pero en seguida pagaba una cantidad al ingenioso Charlot por darse el doble gusto de ver su puerta despejada e infranqueable la del vecino.

Con el trabajo de una sola

calle tuvo de sobra Charlot para reunir el dinero que había ido a buscar a la ciudad.

Los lectores muy despiertos y exigentes, los que protestan indignados en cuanto ven en una novela o en una obra dramática algo que creen torpemente imaginado e inverosímil, tirarán con gran desdén este libro al llegar a este pasaje... Otros, mucho más discretos y avisados, ya lo habrán tirado antes.

Estos lectores que digo pensarán que no es creíble que se sufriera y se premiara a Charlot su mala obra. ¿Cómo creer que fueran tan sufridos y tan necios todos los vecinos de una calle? ¿No hubo entre ellos uno, tacaño o con malas pulgas, que le diera una paliza en vez de darle dinero?

Yo replíco humildemente que para gentes que lo utilizan todo y que no creen que hay más cosas verosímiles que las que ellas tienen por ciertas, no hay modo de hacer novelas. Tengan presente los escamones que cuento cosas de Alaska, tierra que ellos no conocen probablemente.

En cuanto se vió Charlot dueño y señor del dinero que necesitaba, abandonó su productivo trabajo.

Para proceder juiciosamente, entró en una taberna de las nuevas concurridas, donde con calma pudiera hacer el recuento de los fondos y trazar sus planes.

Liberal, como buen enamorado, decidió gastar cuanto poseía en el festín ofrecido y aceptado.

El menú sería digno de su adorada, y aun así le sobraría lo suficiente para obsequiar a sus invitadas con algunos regalillos de cierto valor y mucho gusto.

Como lo pensó lo hizo, y cuando salió de la ciudad, de regreso a su barraca, caminaba con trabajo muy gustoso bajo el peso de las abundantes provisiones.

Iba orgulloso y contento, y justo es decir que su alegría y su orgullo eran legítimos y bien fundados. Si el desprendido Láculo, si el generoso Anfitrón, si el despilarrador Heliozáballo asombraron a sus siglos y han dejado perdurable fama y escandaloso recuerdo por la largueza con que dedicaron a sus mesas una parte de sus enormes riquezas, bien podía alardear de generoso Charlot, que en una sola comida había gastado sin vacilar todo cuanto poseía.

Y aun hizo más para aventajar a los famosos tragones que he nombrado con erudita oportunidad: ellos se limitaron a pagar el gasto de sus banquetes, mientras el pobre Charlot tuvo, por

falta de servidumbre, que condimentar los platos, refrescar los vinos y preparar la mesa.

No olvidó ningún detalle, dentro de lo que su pobreza honrada consentía.

Un Brillat Savarin hubiera encontrado seguramente algún pequeño defecto a la calidad o al número de los platos; pero Charlot no esperaba al exquisito gastrónomo, sino a Georgina, que lo encontraría todo bien, porque estaba enamorada (esto es lo que pensaba Charlot) y (esto lo añade el autor) porque sus maneras, su profesión y su voz autorizaba a pensar que sabía mucho más de las escaseces y las groserías del figón que de las abundancias y las exquisiteces de los palacios.

En el arreglo de la mesa empleó Charlot mucho tiempo y mucho ingenio.

Fué preciso comprar servilletas y manteles, que tales refinamientos faltaban en la barraca. El mantel no exigió más cuidado que el de ponerlo con la conveniente simetría. Las servilletas dieron más ocupación. Hizo Charlot con ellas unas lindas pajarricas, que puso graciosamente sobre los platos. Las copas y los cubiertos, diástramente distribuidos alrededor de cada plato, acababan de dar a la mesa un aspecto muy vistoso. Ante cada plato había un regalo.

El alumbrado era lo más deficiente. Si tuviéramos propensión a ser graciosos haríamos un chiste fácil diciendo que estaba Charlot a dos velas. Sin intención de bromear, hemos de reconocer que, en efecto, sólo dos velas daban una débil luz a la sala del banquete.

A las ocho en punto encendió Charlot las luces, porque a esta hora esperaba a sus invitadas.

A las ocho no llegaron.

A las ocho y diez tampoco.

A las ocho y media seguía Charlot esperando con comprensible impaciencia.

Para aprovechar el tiempo de la espera, ensayó una vez más un elocuente discurso con el que pensaba ofrecer el banquete a Georgina.

Cuando terminó el discurso eran las nueve. Las velas se consumían y las invitadas no llegaban.

No sabiendo ya Charlot cómo entretener el tiempo, se apoyó en la mesa, y como estaba rendido de trabajar, se quedó profundamente dormido.

En la realidad, cuando un hombre duerme muy profundamente, ronca. Cuando este hombre es protagonista de novela, sueña.

Charlot soñó.

Fácilmente se comprende que estando embargado su pensamiento por la imagen de Georgi-

na y por la idea de obsequiarla con un banquete, el amadorado Charlot vió en sueños la realización completa de sus deseos.

Vió que Georgina llegaba con sus amigas, y que todas le pagaban con inefables sonrisas los afanes con que había preparado la comida. El contento de Georgina bastaba para que el satisfecho Charlot diera por bien empleados sus sacrificios y sus cuidados. ¿Qué significaba una comida para quien sin vacilar hubiera dado la vida por una sonrisa de la adorada? Charlot hizo derroches de ingenio para divertir y complacer a las invitadas.

Por fortuna suya era un habilidoso de sobremesa.

El lector sabe que los hombres habilidosos y divertidos están especializados.

Unos son enciclopédicos, inabables narradores de cuentos y chascarrillos, comparaciones y colmos. Estos habilidosos son impagables compañeros para viajar en ferrocarril. En cuanto el tren arranca de la estación de partida, buscan ellos la manera de contar, venga o no a cuento, una historia chistosa. La risa de los compañeros de vagón les estimula a seguir, y no haya miedo de que se les acabe el repertorio ni se les canse la lengua por mucho que dure el viaje. Entre los viajeros de comercio se encontrarían

los mejores ejemplares de estos graciosos especialistas.

Otros son habilidosos de tertulia familiar y cursi, porque su arte consiste en hacer juegos sencillos de manos y en organizar y dirigir juegos de prendas.

Los habilidosos de sobremesa saben hacer maravillas con los cubiertos, las copas y los palillos de dientes; con las aceitunas y los rábanos forman animales raros, con las servilletas realizan transformaciones diversas y con los cuchillos, las botellas y los cotochos ejecutan bonitos experimentos de física recreativa y dificultosos ejercicios de peligroso malabarismo.

Charlot, gran frecuentador de restaurantes nocturnos, conocía bien todos los juegos y los trucos viejos, pero no abusó de ellos, temeroso de aburrir a sus invitadas forzándolas a celebrar como nuevas habilidades y gracias muy conocidas. Su mejor triunfo lo obtuvo con una gracia de su invención, que veremos pronto incorporada al ameno repertorio de los habilidosos de sobremesa. Con dos tenedores y dos panecillos ensartados formó unas piernas rematadas por dos pies descomunales e hizo con arte una burlesca danza, intencionada y graciosa que divirtió grandemente a Georgina, bien preparada para apreciar lo que había en

aquel baile de malicioso y grotesco.

He dicho que divirtió a Georgina, porque Charlot la vela en sueños como si la tuviera realmente ante los ojos, animado por el vino y celebrando sus gracias.

Cuando acabó la bonita danza, las invitadas aplaudieron con estrépito y celebraron con gritos y risotadas el ingenio del divertido anfitrión.

Estos ruidos despertaron a Charlot de su grato sueño, poniéndole frente a frente a la triste realidad.

Iban a dar las doce de la noche y estaba chasqueando y solo. Las velas estaban a punto de consumirse y los manjares, cuidadosamente cocinados en la afanosa labor de todo un día, estaban fríos.

El corazón del burlado se vió invadido por una enorme tristeza al propio tiempo que sus ojos se ponían tiernos y mojados por las lágrimas.

¡Qué poco habían durado su sueño y su felicidad!

Su alma pasó en un instante por diversas amarguras.

Primero quedó como amodorrado, sin fuerzas para lamentar su mala suerte. Mas poco a poco y por grados fué recobrando las energías y la razón. En este período de creciente lucidez recordó con un gozo tenebroso y

maligno algo de lo mucho que los amantes burlados han escrito en prosa fuerte y en versos avinagrados para poner de relieve la inconstancia femenina.

Este oportuno repaso de sus lecturas le hizo comprensivo, desdénoso y violento. Apostrofó iracundo a la mujer y se arrepintió de haber amado.

«Sólo un ingenio puede creer en la constancia de la mujer, en la felicidad del amor y en la placidez del matrimonio.»

Esta frase lapidaria se traslada entre comillas para que quede exclusivamente a la cuenta de Charlot la responsabilidad de haberla dicho, en un momento de ofuscación.

El autor piensa de muy distinta manera de la constancia de las mujeres, de los goces del amor y de la dicha del matrimonio.

Llevado por la atrabilla y el mal humor a los últimos extremos de la locura, juró Charlot no enamorarse jamás, olvidar a Georgina y comprar un perro.

Esta determinación incongruente y absurda le parecía a Charlot prudente y lógica.

— Yo — se decía — he pensado en el matrimonio para remediar la soledad en que vivo, la mujer no es una fiel compañera; compraré un perro, que es, según está probado, un leal amigo del hombre.

El pobre Charlot creía — sus palabras lo evidencian — la mentirosa leyenda que ha hecho del perro un animal privilegiado, holgazán, caro y gorrón.

El perro, que es egoísta y servil, porque es de condición mala y grosera, ha comprendido que, con cierta habilidad, le era muy fácil explotar al hombre, y le finge una amistad que no siente.

¿Qué hace el perro por el hombre? Nada que indique amor sincero, o espíritu de sacrificio.

Guarda la casa temeroso de que alguien entre a quitarle el cariño que le tienen y la pitanza que se le da. Este recelo egoísta hace a los perros enemigos fieros de las gentes mal vestidas, que son las más indicadas para llevarse, como limosna, los huesos y las piltrañas que en el peor de los casos forman la cotidiana ración de los perros que no están en buenas casas.

Con las gentes bien vestidas, que acarician y dan terrones de azúcar, son cariñosos y hasta bajitos los perros.

Como su único propósito es vivir sin trabajar, cambian los perros con facilidad de dueños y de cariños. Al que les da de comer se aficianan fácilmente, y sufren hasta los palos, con resignación villana, mientras les llenen la panza y les tengan a cubierto de los grandes calores y los grandes fríos.

El perro de caza presta al hombre algún servicio, pero no por amistad, sino para dar satisfacción a sus instintos de crueldad, y con la esperanza cierta de atacarse con los sabrosos despojos de las piezas conseguidas.

Si la amistad verdadera está hecha de altruismo y desinterés, estimemos como buen amigo al paciente burro, que nos da su esfuerzo sin regateos, y que nos sufre los palos con resignación noble y callada.

Buenos amigos del hombre, los animales bovinos, que nos dan, sin pedir compensaciones ni mímos, sus gustosas carnes y hasta su trabajo provechoso unidos a las pesadas carretas, tirando del fecundador arado, o dando vueltas a la ruidorosa noria con paciencia insuperable.

Si no temiéramos que alguien creyera que se hacía mal empleo de la palabra amistad, declararíamos sin ambages que el humilde y desdellado cerdo es el amigo que con más desinterés y con menos regateos se entrega y se sacrifica por el hombre. Desde que nace sabe el cochino que está destinado al sacrificio cruento, y sin exhalar una queja, sin hacer nada para librarse de su destino, acepta su triste suerte. Cuando le llega su san Martín, previsto e inevitable, ofrece a su cruel matador todo cuanto en los

días de cebo ha podido atesorar: toda su carne, desde el delicado hocico al menudo y substancioso tabo; todas sus vísceras, toda su grasa, toda su sangre. Y como si aun no nos hubiera dado bastante, nos ofrece generoso las mismas tripas, para que hagamos con ellas variados y gustosos embutidos. Del perro, egoísta y aprovechado, sólo contra su deseo y quebrantando las costumbres y las leyes, hacen embutidos inspidos y dañosos hombres de poca conciencia...

Cortemos el vano razonamiento. Charlot opinaba como el vulgo y determinó comprar un perro para poner en él todo el cariño que iba a quitarle a la ingrata Georgina.

Bien comprenderá el lector que haya estado preso en las redes de Cupido, que la indignación y el desamor de Chaplin fueron fugaces.

Cuanto había dicho o pensado contra Georgina lo había dictado el mismo amor de que neciamente renegaba.

Su odio era un disfraz que tomaba su cariño.

No es así raro que cambiara luego de sentimientos y de propósito.

Maquinalmente, con inconsciencia de alucinado, se puso el hongo en la alocada cabeza, tomó el junquillo en la temblorosa

mano y salió de la barraca, emprendiendo lentamente, con torpe andar de sonámbulo, el accidentado camino de la ciudad.

Era la noche oscura como boca de lobo... Perdóne el lector discreto que me valga de una imagen tan manida, pero hay personas que no se hacen cargo bien de hasta qué punto es negra una noche sin estrellas y sin luna, como no se la compare con las bocas de los lobos.

Hay fórmulas literarias que deben ser conservadas, sin temor a repetirlas, porque se dice lo que conviene sin obligar al lector a cavilar demasiado para entender al autor.

Llegó Charlot a la ciudad.

El cabaret en que trabajaba Georgina atraía al misero enamorado con la fuerza de un imán.

Llegó hasta la puerta, pero no tuvo el valor de entrar. Cobarde-mente, como criminal que teme ser descubierto, acercó un ojo, el derecho, a una ventana que daba a una calle solitaria y oscura.

El corazón le decía que allí vería a la ingrata.

El corazón es un amigo leal que no nos engaña nunca, cuando nos anuncia cosas malas.

Allí estaba, en efecto, Georgina, engalanada con sus mejores vestidos, más pintada que otros días, y algo borracha.

Charlot la vió coquetear con los hombres y charlar alegremente con las mujeres. Su alegría era ruidosa, su mirar provocativo, sus danzas desvergonzadas.

El espectáculo le hacía daño. Un hombre juicioso hubiera entrado en el cabaret decidido a beber y emborracharse como hacían los demás, o se hubiera ido a su casa a dormir en la cama bien abrigado. Pero él estaba enamorado y celoso, y con torpeza propia de tan graves males, seguía el ensogado con la nariz bien pegada al cristal de la ventana, para no perder ninguna de las locuras de Georgina.

Y así se pasó la noche, y así entró en el Año Nuevo.

¡Desventurado Charlot!

CAPITULO X

Año Nuevo

Lector amigo, no imitemos la desatinada conducta de Charlot. La noche es fría y nos encontramos en Alaska. Ni tú ni yo estamos enamorados, al menos de Georgina; no hay, pues, razón para que nos pasemos la noche al raso, expuestos a constiparnos. Entremos en el cabaret, en que se está celebrando la fiesta tradicional de Año Nuevo.

Todos sabemos qué son las fiestas tradicionales: ciertas fechas que han designado los glotones, los incontinentes y los locos, para hacer en público o en privado y sin llamar la atención excesos en el comer y beber, y para cometer todas las insensateces que tolera la costumbre.

Una fiesta tradicional excusa una comilona innecesaria y excesiva, disculpa una borrachera y justifica que un hombre que suele ser cuerdo se olvide de su cordura, grite descompuesto y

salte con olvido de su condición y de su edad.

Una fiesta tradicional celebrada en familia tiene un dulce y suave ritmo de poesía bucólica, calor de hogar, pátina de cosa vieja, belleza de antigüedad, solemnidad de liturgia, grato sabor de leyenda... Posiblemente tendrá algo más, pero ahora no se me ocurre.

En el día de Año Nuevo, o en la vigilia de Navidad, el abuelo venerable sienta a su mesa, excepcionalmente provista, a los familiares más cercanos: los hijos maridados y prolíficos, las hijas ya colocadas, la prole nueva, no emancipada de la tutela paterna, las nueras hipócritamente afectuosas, los yernos calculadores y codiciosos, los netezuelos guapitos, peripuestos, vivarachos y ruidosos.

El barbudo y canoso patriarca y la bondadosa anciana, que son

como las recias raíces del árbol nuevo y frondoso, rebosan júbilo. Con emoción inefable e idéntica a la sentida en los años anteriores, en igual día y casi a la misma hora, han respondido a las felicitaciones y a los besos chasqueantes de los adultos, y han llorado de contento al recibir, como una música inesperada y grata, el aguardado y gracioso canturreo con que los nietos han dicho, con media lengua y de prisa, los ramplores octosílabos de las respectivas décimas, aprendidos con esfuerzo y bellamente caligrafiados con la ayuda del papá.

Libertados, bien o mal, de este suplicio forzoso, los hijos de los diferentes matrimonios recobran su impagable independencia, la bulliciosa alegría que tuvieron que perder para representar un momento su papel de niños respetuosos, su comedia de hombrucitos.

Mientras llega la hora de la comida, los primitos ríen, juegan, alborotan, hacen encantadoras diabluras.

Las personas mayores hablan de cosas indiferentes. En día tan señalado no se hace ni la más leve alusión a temas graves ni a cuestiones de intereses que puedan dar ocasión a disensiones y enojos. Sobrados días hay en el año para enfadarse y para reñir.

La santidad de la fiesta hace a la suegra más tolerante que de costumbre, a las nueras más sufridas y más solapadas a los yernos.

La falta de sinceridad tiene la culpa de que la conversación se dedice con desmayo. Muchos momentos no se sabe de qué hablar, y estos silencios los emplean las mujeres para tratar de averiguar por las respectivas *toilettes* el estado de prosperidad o la cantidad de presunción de sus parientes políticos.

Estas calladas y malignas verificaciones provocan frecuentemente cierta comezón de envidia, cuando no puede el orgullo dar un vicioso contento, nacido de la evidencia de quedar muy por encima en belleza, en juventud, en riqueza o elegancia.

De estos exámenes queda un recuerdo, que llegada la ocasión (el mismo día, ya en casa; lo más tarde al día siguiente) dicta palabras de enojo disimulado, o suaves frases de compasión agresiva:

— ¿Te fijaste ayer, en la presumida de tu hermana? ¿La pobre-cilla se echó encima todo el baúl y todo el joyero para ver si nos achicaba a todas, como si no supiéramos que están entrapados hasta los ojos!

O bien:

— ¿Reparaste ayer en la po-

bre Luisa? Por más que hace, ya no le es posible ocultar los años. Ya lo dice el refrán: el diente miente, la cana engaña, la arruga asegura. ¡Pobrecilla!...

Mientras las personas mayores se aburren plácidamente, los pequeños juegan. Durante la primera hora todos los primitos están contentos. La desavenencia y el disgusto vienen cuando uno de ellos quiere imponer a los otros su autoridad y sus caprichos. Los más dóciles se someten con facilidad; los voluntariosos tratan a su vez de imponer sus gustos.

Fácilmente llegan a las manos.

Como a los niños se les suele convencer, cuando no obedecen, más con azotes que con razones, tienen ellos explicable propensión a resolver sus disensiones a golpes. ¡Lo que ven los angelitos!

Las disputas de los chicos son escandalosas y lloronas: los que reciben los golpes lloran con evidente razón; los que los dan lloran también para evitar el castigo.

Las mamás acuden y ponen paz y silencio, dando a su vez muchos gritos y muchos golpes.

Por evitar cuestiones, cada mamá riñe y zarandea a su hijo, venciendo con gran trabajo un vehementísimo impulso de golpear reciamente a uno de los pri-

mitos a quien cree el verdadero culpable.

Esta escena se repite muchas veces. Los pequeños no son rencorosos; hacen las paces y se ponen a jugar de nuevo. Pero tampoco tienen memoria, y caen luego en las mismas faltas, que dan origen a los mismos golpes, a los mismos lloros y a los mismos zarandeos de las mamás.

Por fin llega la hora de comer, aunque con retraso disculpable, porque para un solo día excepcional no era cosa de aumentar la servidumbre, ni la batería de cocina, el número de fogones ni las aptitudes culinarias de la única cocinera.

Se come mucho, con exceso, con glotonería. Para eso se ha instituido y se conserva la costumbre de celebrar en familia las fiestas tradicionales.

Podíamos hacer algunas consideraciones burlescas, o divagar largamente con maliciosa ironía, pero ya llegamos tarde. Nuestro agudo *Figaro* ha dicho cuanto se puede decir de estas fiestas en que se come doble porque el vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades.

Al comenzar la comida, las personas mayores están silenciosas y graves, aburridas de esperar; los pequeños acuden al comedor, gritadores y contentos,

como una banda de traviesos y voraces gorriones que cayera de improviso en un granero. Cuesta trabajo aquietar a los muchachos, porque todos ellos expresan a gritos, con molines o con llores, su común desco de sentarse en lugar distinto del que tiene a cada cual señalado la abuelita.

A medida que se van sirviendo platos del excesivo menú, los chicos ahitos y congestionados se hacen juiciosos. Los adultos se van trocando en locuaces, excitados por la abundante comida y por los vinos.

Cuando se sirve el café, los chicos están adormilados o francamente dormidos. Con mucha dificultad y con esfuerzos desesperados han llegado hasta los postres, para colmar el estomago con las ricas y esperadas golosinas.

A los más amodorrados se les acuesta vestidos; a los otros se les deja dormir sobre el mantel mientras los padres gozan de la arga y animada sobremesa.

A hora avanzada se da por concluida la fiesta tradicional.

Se despierta con trabajo a los pequeñuelos, dándoles voces y sacudidas. Los infelices abren con mucho espanto los ojos y dejan escapar por las entreabiertas bocas debilísimos gruñidos. Se les sacude de nuevo, se les llama muchas veces ¡tonto! y se les anuncia una azotaina. Se les toma de

la mano, con el propósito de llevarlos casi a la rastra, sin escuchar sus desmayadas protestas. Los abuelos rien de muy buena gana, al propio tiempo que dan a los netezuelos levisimos cogitazos de despedida.

A la salida de los invitados precede un larguísimo intercambio de sonoros besos, de abrazos muy apretados y de felicitaciones rutinarias y sinceras: ¡Felic Año Nuevo; adiós!... ¡Adiós; feliz Año Nuevo!

Ya en la calle, los diversos matrimonios se disgregan. Cada cual cuida de ir tirando, con el mimo que consienta la paciencia, de la respectiva prole, que da traspiés de borracho y lloriquica con creciente desconsuelo mientras dura el fatigoso camino.

Los papás hablan de la alegre fiesta.

Los hijos consanguíneos del patriarca están sinceramente contentos; la parentela política no se muestra tan verbosa ni tan leal.

Uno de los yernos dice a su esposa:

— ¡Diantre, tu padre sigue teniendo una *endabladada* salud! Es seguro que nos va a enterrar a todos.

La ingenua esposa asiente con alegría: la infeliz no advierte lo que hay de desengaño y de enojo en la observación de su marido.

No ha comprendido que le ha querido decir: ¡Cualquier día cargo contigo si sospecho que llamas a tardar tanto en heredar a tu viejo!

Estas gratas fiestas de familia tienen un forzado epílogo en la farmacia. Al día siguiente hay que purgar a los chicos. La indisposición es obligada y a nadie alarma porque las madres saben por propia experiencia de su niñez la causa cierta y el remedio conveniente. Con un azucarillo purgante o una onza de ricino queda el chico como nuevo. Se completa el plan curativo disponiendo, con comprensible prudencia, que el muchacho falte un par de días al colegio. Esto explica la constancia y la elocuencia con que todos los maestros de primaria tratan de infiltrar en la tierna alma del niño mucho amor y un religioso respeto a los grandes días en que se celebran en familia las fiestas tradicionales.

A la prestigiosa clase farmacéutica también le parecen solemnes y respetables.

El vino es igualitario y plebeyo. Es, además, filarmónico. El hombre ebrio siente una propensión invencible a expansionar sus sentimientos cantando.

En el cabaret de Alaska había tantos cantantes como borrachos, y como los más de los cantantes eran aventureros llegados de diferentes países, cada tonada tenía una armonía especial y cada canción expresaba en una lengua, extraña y bárbara en aquel lugar, una añoranza distinta. Cada cantante decía con ponderación, visiblemente hiperbólica, las bellezas de su lejano país.

Un viejecito escocés cantó con voz cascada y con ademanes descompuestos una canción melancólica, en la que se hablaba constantemente de la belleza incomparable del cielo de Escocia y de la gracia inimitable de sus mujeres.

Un polaco sostuvo en otra canción que para cielo bonito el de Polonia y para mujeres guapas las polacas.

Un francés cantó primero la Marsellesa, y ya cumplido este deber patriótico, dijo que sólo es cielo el de Francia, y que si no hubiera francesas, no sabría el mundo lo que son mujeres. Un espíritu algo crítico hubiera encontrado a estas afirmaciones tan ponderativas el defecto de que generalizaban demasiado. No hay que haber viajado mucho para saber que entre el cielo de Marsella y el de Bretaña hay alguna diferencia, y que la burguesa

de Tolosa no puede ponerse al par de una modistilla parisién.

No se podría hacerla misma censura a un español, nacido en Pravia, que estaba en el cabaret, y que, obligado a cantar, como los otros, quiso limitar su elogio al pueblo de sus amores y cantó así:

*Lo mejor del mundo Europa,
lo mejor de Europa España,
lo mejor de España Asturias,
lo mejor de Asturias, Pravia.*

Nadie entendió la copla, pero todos la encontraron buena por que era corta, ventaja que no tenían ni la canción escocesa ni la que entonó el francés.

Un americano cantó después, con buena voz de barítono, una canción festiva en la que se aconsejaba a los hombres que no se fiaran de las mujeres, porque prometen lo que no cumplen.

A Georgina le impresionó la canción. Pensó en su extraña conducta con Jack, y después, haciendo un largo recuento de sus devaneos de coqueta, se acordó del pobre y enamorado Charlot.

Pesarosa y triste se fué en busca de sus amigas para recordarles la promesa que habían hecho de comer en la compañía del guardador de la barraca de Hank Curtis.

Por remediar en lo posible la falta o por agravar su daño — el corazón femenino es inson-

dable — propuso Georgina a sus compañeras dar una sorpresa a Charlot, al que suponían acostado, cansado de esperar en vano a sus invitadas.

Se ofreció Jack a ser de la partida, y la caprichosa Georgina aceptó gustosa el ofrecimiento.

Aquella noche estaba la cupletera muy mimosa y complaciente con Jack. La pobre tenía el vino sentimental.

Sin dar cuenta a nadie de su partida y de sus propósitos, salieron del cabaret los conjurados contra Charlot. Este seguía pegado a la ventana del cabaret, desde donde no podía ver la salida de los que iban en su busca con ánimo de embromarle.

Cuando llegaron los bromistas a la barraca en que habitaba Charlot, se detuvieron un breve rato a idear la broma que le darian.

Jack quiso entrar el primero, con el maligno propósito de dar por su sola cuenta una broma pesada y cruel a su rival de otros días.

Georgina le disuadió del intento con palabras muy mimosas, que convencieron a Jack de que era innecesario disputar al desdichado Charlot un amor que no tenía.

— Bien sabes que mi corazón es sólo tuyo — dijo Georgina a Jack, mirándole apasionada.

La alegría hizo compasivo al elegido, y Jack renunció a su mal proyecto de molestar a Charlot.

Quedó acordado que entrase Georgina sola en la barraca para despertar al solitario burlado. Pasado un rato entrarían por sorpresa y con estrépito los que se quedaban fuera.

Penetró Georgina sigilosa y buscó a Charlot.

Extrañada de no encontrarle en su lecho, se acercó a la mesa, bien preparada para el banquete.

Tuvo un instante de pena al considerar el inútil sacrificio que aquellos preparativos representaban.

Se puso a curiosear. Sobre uno de los platos vió un abultado paquete con un papel manuscrito en el que una mano había escrito con letra muy rasgueada:

«A la señorita Georgina, con la admiración y el respetuoso cariño de

CHARLOT»

El corazón de Georgina latió con gran violencia: era la segunda prueba que encontraba de improviso de que Charlot la quería.

¡Oh, había sido cruel burlarse de su buena fe y no acudir a su cita!

Harto Jack de esperar a la intemperie, penetró en la casa

en busca de Georgina. Luego entraron las amigas.

Las muchachas tuvieron un desencanto al no encontrar a Charlot. ¡Hubiera sido tan divertido darle una broma pesada!

Cuando ya se retiraban, quiso Jack sacar partido de la excelente disposición en que estaba Georgina.

Los enamorados listos son aprovechados y fogosos hasta en las tierras glaciales.

Sin andar con miramientos, se encaró Jack con su amada y le dijo a quemarropa.

— Dame un beso.

Estaba Jack tan seguro de que tenía derecho a aquella prueba de amor, que hizo la solicitud con el tono imperativo del que pide lo que es suyo, sin admitir la sospecha de que se discute su derecho.

Georgina seguía preocupada y triste, pensando en su mala conducta con Charlot. Tal vez pensaba también — esto no lo aseguramos — que por no acudir a la cita se había quedado sin recibir el regalo, que quizá fuera de precio. Un enamorado necio, como parecía serlo el habitante de la barraca, era capaz de haber comprado una joya.

Por afición a Charlot o por afición al regalo, era lo cierto que Georgina estaba preocupada y triste.

No quiso besar a Jack, porque pensaba en Charlot.

El desdichado insistió de buena fe, creyendo que Georgina seguía la vieja táctica femenina de negar un beso para que le dieran dos.

Jack, que en las luchas de amor se creía un César experimentado y astuto, creyó que podía atacar sin miedo, porque el enemigo era débil y cobarde y descaba el asalto para darse el gusto de rendirse.

Su orgullo de conquistador acostumbrado a triunfar le inspiró el necio deseo de tomar por fuerza un beso que Georgina le negaba. Era Jack hombre impetuoso y poco leído, ignoraba que un psicólogo poeta escribió hace tiempo esta máxima sensata:

Dar un beso a traición y por sorpresa es una tontería del que besa.

Un beso robado y no correspondido es una incorrección y un hocicazo.

Pero Jack, como se ha dicho, no era psicólogo, poeta, ni delicado. Era sólo un hombre joven, voluntarioso y presumido. Además, estaba bien seguro de que Georgina le amaba. Ella se lo había dicho.

No vaciló. Acercó su cara a la de Georgina y estampó en ella un sonoro beso.

Al chasquido del apasionado ósculo respondió luego otro chasquido sonoro. El producido por una vigorosa bofetada que la indignada Georgina dió al atrevido y brutal Jack.

— Manos blancas no ofenden — dijo burlona una de las muchachas que conocía la Historia de España y la galante frase de Calomarde.

— No ofenden, pero hacen daño — respondió Jack, llevándose las dos manos a la mejilla azotada.

El primer pensamiento de Jack fué devolver la caricia. Su lógica de hombre villano y vulgar le decía a voces que al sexo débil se le ha de tratar con delicadeza y miramiento mientras se vea que es débil; pero que no es de razón tener las mismas delicadezas con la mujer varonil que se conduce como un gabián.

Quiso la buena suerte de Georgina que en aquella ocasión Jack domara su primer impulso. La cólera del abofeteado se trocó luego en piedad. El verse abofeteado por la misma mano que momentos antes le acariciara le convenció de que la locura de Georgina seguía el curso frecuente en los trastornos mentales. Como los más de los locos incurables, la desdichada Georgina se había trocado de maníatica pacífica en loca furiosa. Había

que pensar en serio en encerrarla en una casa de orates.

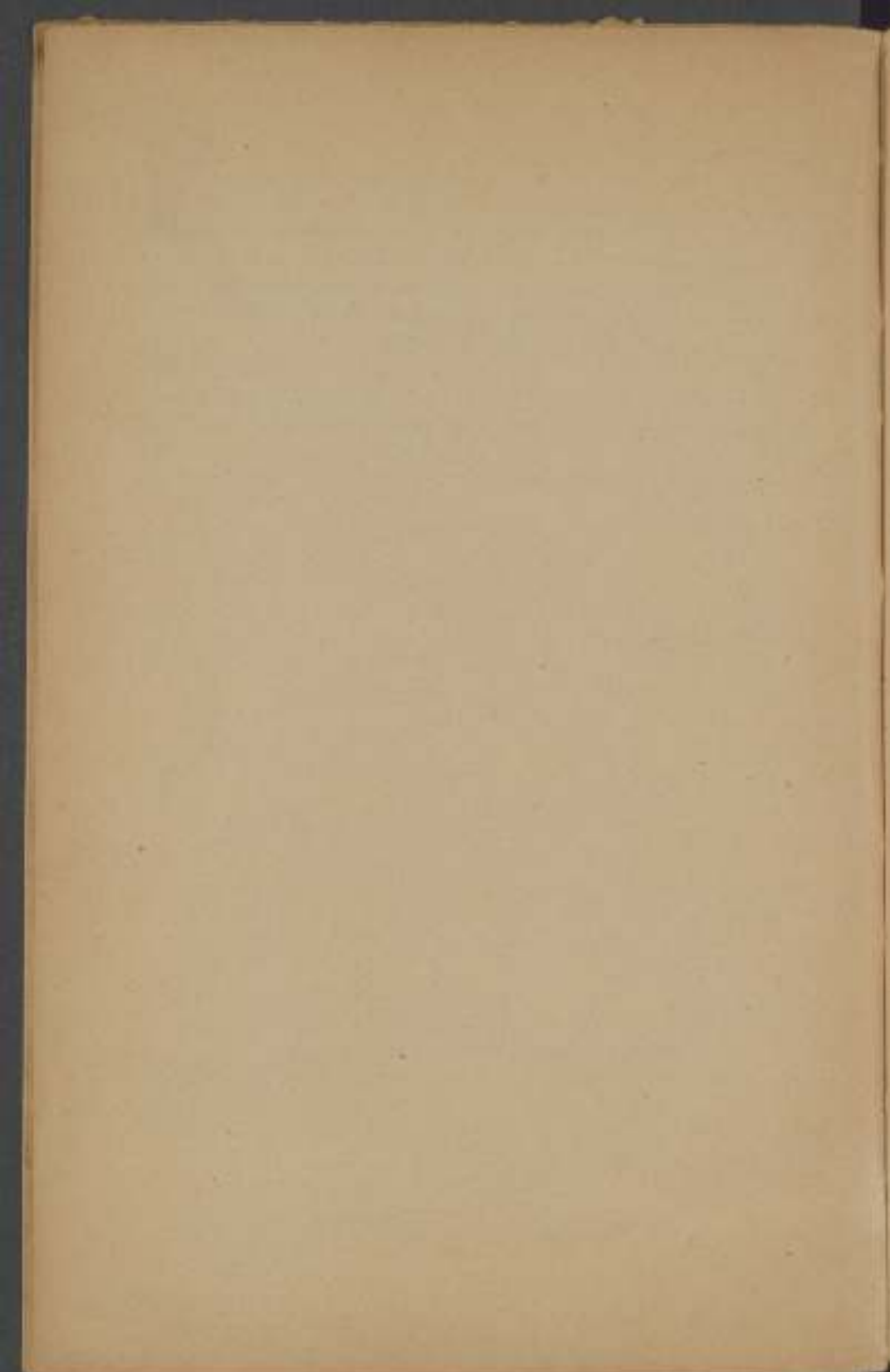
El regreso a la ciudad fué silencioso y triste. Georgina pensaba en Charlot; Jack en la necesidad de encerrar en un manicomio a Georgina; las otras muchachas no sabe el autor en qué pensaban.

Cuando llegaron a la ciudad empezaba a amanecer el primer día del nuevo año.

Si fuera cierto — por fortuna

no lo es — que lo que se hace el primer día del año es el anuncio de lo que se hará con preferencia en los trescientos sesenta y cuatro días siguientes, al pobre Jack le aguardaba mala época. Ya podía preparat la cara para recibir guantazos.

A Georgina se le presentaba, por el contrario, la bella perspectiva de un año muy divertido. ¡Las bofetadas que iba a pegar!



CAPITULO XI

Se despeja el horizonte

Los amantes desgraciados son como los enfermos crónicos: no piensan sino en el mal que los tortura y los mata.

El médico y los parientes aconsejan al enfermo que levante el espíritu y no se deje vencer por el dolor; que lo olvide. Los amigos dicen a los amantes que sufren que se hagan fuertes y den la ingrata al olvido. Los que sufren dolores físicos oyen al médico; los que sufren de amor escuchan a los amigos; pero ni los unos ni los otros siguen los buenos consejos. Los enfermos se quejan sin cesar; los enamorados suspiran con desconsuelo.

Cuando las dolencias son muy graves, los pacientes y los enamorados cobardes piensan en el suicidio como un remedio. Pero mientras se matan sólo piensan en su mal.

Pensando en la cruel Georgina pasó el cuitado Charlot el pri-

mer día de aquel año que de modo tan infausto comenzaba para él.

En su agitada imaginación libraban dura contienda pensamientos muy diversos.

Le aconsejaban unos — los más juiciosos — que olvidara para siempre a la inconstante; le decían otros que insistiera en la conquista del toqueño corazón.

El olvido era razonable, pero imposible.

Aquella mujer se había adentrado en el alma de Charlot y él no encontraba la forma de hacerla salir del escondido rincón que había elegido hábilmente por guarida.

Conquistar el corazón de la insensible era labor trabajosa e ingrata. No le faltaba decisión, tiempo ni fuerzas para empresa tan dificultosa, pero él no había ido a Alaska a buscar mujer, sino a conquistar la fortuna.

¿Qué dirían sus parientes y sus amigos si le vieran volver de aquella tierra de promisión pobre y casado?

Le daba miedo la idea de verse otra vez entre los suyos, sufriendo los daños inseparables de la pobreza y los desdenes agresivos de Georgina, que no le perdonaría jamás haberla sacado de la alegre vida que hacía en el cabaret para hacerle pasar hambre y cuidar de los chiquillos.

Toda esta palabrería, en la que había cosas juiciosas e ideas desatinadas, bullía y se agitaba en la calenturienta cabeza del enamorado; pero eran todas como palabras confusas que se entremezclaban y confundían sin sentido ni relieve.

Sólo una palabra adquirió de pronto una forma neta y clara: la palabra *cabaret*. Y esta palabra, destacada de las otras, comenzó a tirar con fuerza de los pensamientos y de la persona de Charlot.

En una ocasión análoga le presentamos a los lectores caminando a la ciudad con inconsciencia de sonámbulo. No podemos repetir la imagen, que probaría gran penuria de recursos.

Digamos, por variar, que se dirigía a la ciudad con inconsciencia de autómatas.

La noche era también negra como la boca de un lobo. A este

tropo no le hallamos sustituto.

Llegó Chaplin al cabaret, y temeroso de pasar otra noche a la intemperie sin provecho para nadie, entró en la sala, más animada que de ordinario, y apesando, como siempre, a aire viciado y a humo de tabaco malo.

Para los concurrentes al cabaret no era ya Charlot un desconocido. Le veían sin hacerle el menor caso.

Georgina, como todos, le vió con indiferencia.

Un sueño repatador de nueve botas le había curado la borrachera que por un instante la había trocado en tierna y sentimental, cuando en la barraca de Charlot tuvo en las manos el regalito que le estaba destinado.

Cuando Georgina vió a Charlot, pensó cariñosa en Jack.

Ahora le parecía mentira que por un necio respeto al desconocido que no amaba hubiese pegado a Jack.

Se tranquilizó echando la culpa al vino.

Jack la perdonaría fácilmente, que hasta los magistrados severos estiman como atenuante de los peores delitos la embriaguez no habitual.

Con resolución de mujer que se sabe amada, pidió papel y sobre y escribió con mano trémula y mediana ortografía:

«Perdóname mi *infermalidad* y el mal rato que te *ica* pasar *hanoche*. A pesar de ello, te *Quiero* mucho, mucho, mucho.

Georgina.»

Rogó Georgina a un amigo que llevase el amoroso billete a Jack.

Cuando este leyó la breve pero expresiva misiva, sonrió orgulloso y con desdén. De buena gana hubiera concedido el perdón que se le pedía, pero no lo hizo por estar bien convencido de que la locura de Georgina era incurable.

Pensó luego en rasgar la carta y no dar contestación.

Pero vió a Charlot y cambió de pensamiento.

Metió de nuevo la carta en el sobre y se la dió muy sigilosamente a un camarero, para que éste se la entregase a Charlot.

El mandadero se acercó a Chaplin y le dió la carta acompañada de estas palabras lacónicas y embusteras:

— De parte de Georgina.

Charlot sacó la carta y leyó:

«Perdóname, etc., etc.,»

¡Cómo si la perdonaba! Por bien empleados daba el plantón de la barraca y la perra noche que había pasado pegado a la ventana del cabaret, puesto que los disgustos le proporcionaban la dicha de recibir una carta en que había una franca declaración de amor reforzada con tres *muchos*.

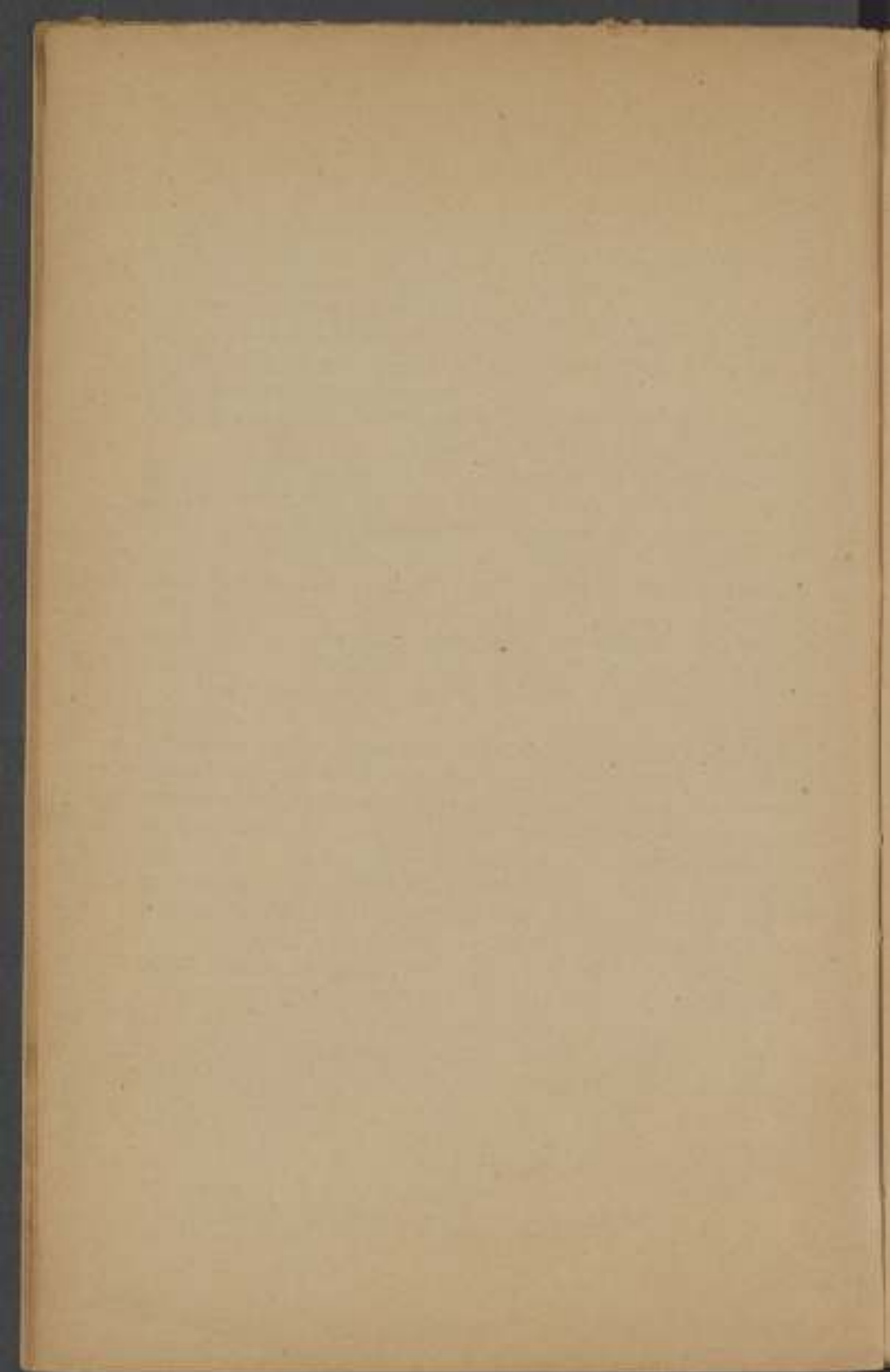
Con ansiosos ojos, buscó el feliz enamorado a Georgina para postrarse a sus pies.

Iba y venía por el cabaret buscando en vano a la amada. Recorrió la sala, subió a los palcos, entró en la sala de juego... Georgina no pareció.

Cuando con afán acrecentado por el fracaso buscaba Charlot a su adorada en los rincones más escondidos del cabaret, se vió de pronto violentamente asido por un hombre, por una mano enorme, velluda y recia.

Fácilmente comprendió que aquella pesada mano no era la de Georgina.

¿De quién era aquella mano? Abramos otro capítulo.



CAPITULO XII

Un viejo amigo

La necesidad de referir otros sucesos nos ha obligado a dejar en el olvido al desventurado amigo Jim McHay.

Al leer su nombre evocará el lector la tragedia de este desdichado buscador de oro, entontecido y desmemoriado en el preciso momento en que iba a obtener el premio de sus afanes y sus fatigas.

Durante un tiempo, el mal de Jim fué tolerable porque su falta de memoria era absoluta. Su idiotex le hacía casi feliz.

Quiso su mala ventura que un médico compasivo tomara a empeño su cura.

Nadie acertaba a explicarse el desinterés con que el galeno se afanaba noche y día para encontrar el remedio a la enfermedad de Jim. El enfermo era muy pobre y no podía recompensar los cuidados del estudioso doctor.

Los maliciosos dijeron que el

médico había tomado al pobre Jim como pieza de ensayos, como conejo de Indias en quien probaba, *anima bilis*, un específico que quería preparar para curar cierta enfermedad del hígado de nombre muy entresacado.

Jim tenía bueno el hígado, pero estaba perdidó de la cabeza. El médico consideró el caso de Jim perdido, y creyó, con muy buen juicio, que bien podía sin remordimientos de conciencia ensayar en un organismo inútil un específico que podía dar la vida a muchos hombres de valía y provecho indiscutibles, si les funcionaba bien el hígado.

Otros dieron al altruismo, algo extraño, del galeno un origen más grosero y menos científico.

Según estos mal pensados, el médico sabía que Jim tenía el secreto de una mina. Su falta de memoria condenaba de momento a una atroz miseria a Jim; pero

en cuanto el enfermo recordase donde tenía la mina, sería rico y podría pagar sin regateos la cuenta que el doctor le presentaría oportunamente.

De estas dos explicaciones es más verosímil la primera. Diariamente se ensayan fórmulas y procedimientos nuevos en pacientes pobres que deben tener a gloria ser los caminos, más o menos tortuosos y seguros, por donde camina a ciegas, pero sin miedo, la Medicina. No es tan frecuente que el médico sirva a crédito a un hombre desmemoriado; lo usual es que, no fiándose de la memoria de los que la tienen buena, cobren por adelantado los servicios arduos y de algún riesgo. Los cirujanos famosos han hecho ineludible deber de este derecho a cobrar adelantado, teniendo en cuenta que puede morir el operado y que suelen ser los muertos muy pésimos pagadores.

Si Jim hubiera estado en sus cabales, no hubiera aceptado seguramente el peligroso papel de conejillo de Indias; pero el infeliz no tenía memoria, inteligencia ni voluntad.

El doctor Duncce — no hay por qué callar su nombre, que un día será famoso — comenzó sus experiencias con la fe de un convencido. Si su específico era bueno, como él creía, el hígado de Jim, que estaba sano y era por-

mal, ganaría vitalidad y resistencia hasta convertirse en un hígado excepcionalmente bueno. Cuando Jim muriese, todo su organismo quedaría aniquilado, sin otra excepción que el hígado, que sería, por obra del específico nuevo, una viscera inmortal.

Durante un tiempo la medicación no produjo ningún efecto visible. El hígado de Jim no parecía enterarse de que estaba en tratamiento. El doctor Duncce comprendió que batallaba contra un organismo rebelde y aumentó la dosis.

Cuando Jim tomaba el sexto frasco del específico, observó el médico un fenómeno, frecuente en patología. El hígado que se trataba de mejorar empezó a funcionar anormalmente, al propio tiempo que la cabeza de Jim, que nadie había cuidado, recobró pequeña parte de la salud y el gobierno que parecían definitivamente perdidos.

El doctor no se extrañó. Estas sorpresas son muy frecuentes en Medicina. Gracias a ellas se han descubierto los pocos medicamentos eficaces con que al cabo de los siglos cuenta la difícil ciencia de curar. Estas pesadas bromas del organismo las explican bien los médicos, los profanos no acertamos a entenderlas. Pero el resultado es el mismo: que los enfermos se mueren.

Al darse el doctor Duncce cuenta de lo que ocurría, no se apenó en la forma que debiera. En los primeros momentos le preocupó la idea de haberse equivocado una vez más; pero en seguida pensó que si el específico que él destinaba a los enfermos del hígado curaba a los enfermos de la cabeza, no eran estériles sus propósitos científicos. Un buen médico está obligado a curarlo todo.

Esto en cuanto al efecto terapéutico, que examinado el problema por el lado comercial, era quizás preferible haber dado con un específico que curara la idiotez, porque parece probado que hay diez idiotas por cada hepático.

El inesperado resultado hizo cambiar al doctor el plan curativo que ideara para Jim.

La mejoría iniciada era realmente muy poca cosa. Jim recordaba muy vagamente y sólo en ciertos momentos algo de lo que sabía cuando perdió la memoria.

Recordaba que era casado y que su mujer vivía en Nueva York, y recordaba también que tenía que denunciar una mina. Ambos recuerdos le determinaban a permanecer en Alaska, para no ver a su esposa y para explotar la mina.

Ya hemos dicho que estaba cierto de que su mujer estaba en

Nueva York y recordaba también que tenía muy mal genio. Hay cosas que no se olvidan ni aun perdiendo una gran parte de la memoria.

¿Y la mina, dónde estaba? Esto lo había olvidado.

Sólo había recobrado el infeliz un dos por ciento de la memoria perdida.

No hay que tener una fe absolutamente ciega en la ciencia de Esculapio para atreverse a afirmar que si hubiera tenido Jim paciencia y aguante para seguir sin interrupción el tratamiento empezado, hubiera acabado por ponerle bien de la cabeza el específico ideado para el hígado.

Pero, para su desgracia, era Jim un impaciente, uno de esos hombres de los que dicen los médicos que hacen muy malos enfermos porque, por no padecer o por no gastar, evitan los tratamientos muy largos, que son los únicos que dejan a los pacientes completamente curados o enterrados para siempre.

En cuanto Jim recordó que tenía una mina, ya no hubo forma de contenerle en la clínica. Desesperado el doctor al ver que se le marchaba el conejillo de Indias (él le llamaba cobayo) le hizo un muy largo discurso, plagado de buenos consejos y de amenazas. Más de diez veces le habló del grave peligro de la

recaída y del riesgo de las reacciones.

Lo único que consiguió fué que Jim se comprometiera a seguir tomando el específico, y a escribir de cuando en cuando al galeno dando minuciosa cuenta de los cambios buenos o malos que advirtiera en su salud.

Con tres frascos de específico como único equipaje, partió Jim de la clínica con rumbo desconocido. Confiaba en que el instinto le encaminase a la mina que debía hacerle rico.

Preocupado con su idea, vagó horas y horas por las calles de la ciudad.

Encontró al paso las oficinas en que se registraban las minas. Entró.

Un empleado le preguntó — seguramente con el tono imperativo y los malos modos que suelen emplear los empleados — qué quería.

— Registrar mi mina. — respondió Jim.

— ¿Dónde está?

— No lo sé.

El empleado miró fijamente a Jim para ver si se burlaba. Pero la cara de Jim descubría claramente la idiotez que disfrutaba.

En las regiones mineras no hay más que pillos y tontos. Los primeros viven de explotar a los segundos, haciéndoles dar dinero para negocios fantásticos. Unos

pedruscos y un plano bastan a un pillo para seducir a un tonto, incapaz de adivinar que se le prepara una celada en que ya han caído muchos millares de bobos.

El empleado tenía ya cierta práctica de los negocios de minas, y comprendió sin esfuerzo el estado lamentable de la cabeza de Jim.

Con buenos modos y dándole la razón como se hace con los locos, le acompañó hasta la puerta.

Siguió Jim su callejeo inconsciente.

Sin otra idea que la de entrar en calor, se metió en un cabaret que encontró al paso.

No se estaba mal allí. Había mujeres, había música y la temperatura era agradable.

Las empujeras le parecieron artistas, las bailarinas huríes, hasta el ruido algo acompasado del estruendoso jazz-band le sonaba como música. El mal estado de su cabeza hace excusable su engaño.

De pronto Jim se estremece y deja escapar un breve grito. Ha encontrado un rostro amigo. Ha visto su salvación.

¡Oh, sí, aquel es su excelente amigo Charlot; su compañero de hospedaje en otros días felices en que él tenía memoria y estaba cierto de hacerse rico!

¡Sí, Sí, es Charlot. Se lo están

diciendo a voces el rudimento de bigotillo que da a su cara un aspecto inconfundible, el hongo arcaico, los pantalones con pliegues...

Jim, el náufrago que se juzgaba irremisiblemente perdido en el proceloso piélago que es la vida, ve en Charlot la conocida y providencial tabla de salvación. Con ansia desesperada de náufrago que se ahoga, tiende la crispada mano hacia Charlot y le agarra fuertemente por un hombro.

El náufrago recio y la frágil tabla se reconocen y se saludan.

— ¡Amigo Jim!

— ¡Queridísimo Charlot!

— ¿Qué hace usted aquí, amigo mío?

— El azar me ha conducido hacia tí. Tú sólo puedes salvarme, salvándote al mismo tiempo. Llévame a la barraca que en otro tiempo habité; en ella tengo los planos de mi mina. ¡Seremos ricos, muy ricos!

A Charlot le seducía la idea de hacerse rico, pero en aquellos momentos su única idea, su única felicidad era encontrara Georgina.

Viéndole vacilante e inquieto, Jim oprime con más fuerza el hombro que tiene asido y grita desesperado.

— ¡Llévame en seguida a mi barraca!

— Más tarde — dice Charlot.

— Cuando haya encontrado a Georgina.

Jim no le oye. Con resolución de loco y con fuerza de hombre gigantesco, tira y tira de Charlot obligándole a salir del cabaret.

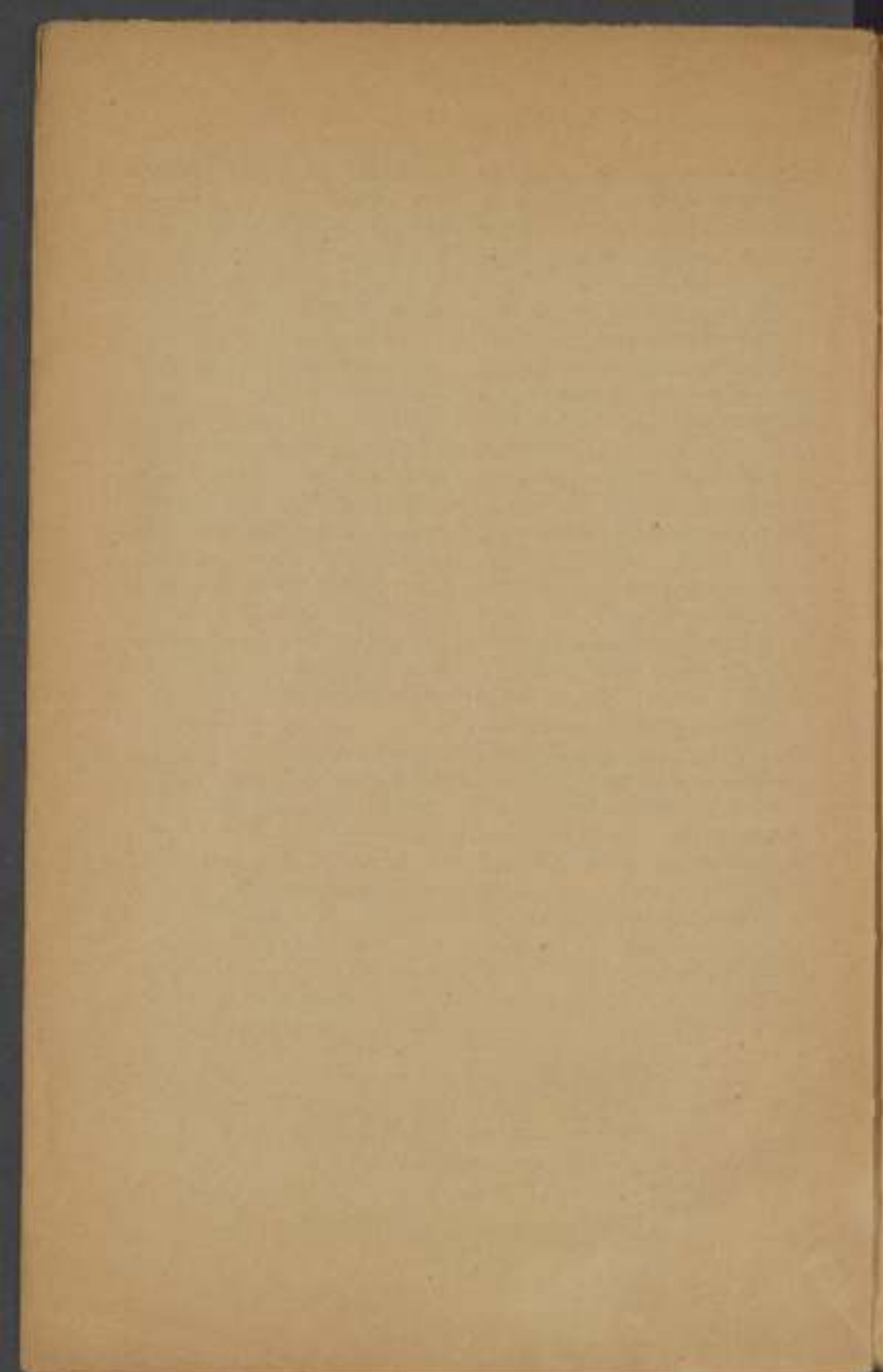
Los dos hombres están enloquecidos por una sola pasión, y a un mismo tiempo gritan con ansia desesperada lo que desean.

— ¡Mi mina! — ruge Jim, obligando a caminar a Charlot.

— ¡Georgina! — grita angustiado y jadeante Charlot, siguiendo por pura fuerza el camino por donde le impulsa Jim.

Charlot ve a Georgina en un palco. Se desprende de la mano de Jim y va en busca de la amada.

Jim agarra a Charlot de nuevo y se lo lleva por fuerza sin hacer caso de la angustia con que el apresado grita con toda la fuerza de sus pulmones: — ¡Georgina!... ¡Georgina!... ¡Georgina!!!...



CAPITULO XIII

¡Oro!

Regocijese el lector: estamos en el último capítulo, será relativamente breve, y cuanto en él se relata es placido, ameno y un tanto sentimental.

Creemos que el desenlace ha de satisfacer a los más; satisfará cuando menos a las almas bien templadas, que encontrarán al final, como de seguro quieren, al bien triunfante y a la virtud bien premiada.

No ha podido en esta ocasión ofrecer el novelista el conveniente contraste de dar al malo el castigo merecido, porque el único perverso que ha figurado en la obra — el miserable Black Larsen — ya quedó bien castigado en los primeros capítulos.

...

Jim y Charlot son ya ricos.
Racontaron, sin mucho es-

fuerzo, la mina que era la obsesión de Jim, y la han explotado sabiamente.

Haría mal el lector figurándose que los dos amigos se han enriquecido sin trabajo. Como esta falsa creencia pudiera determinar a muchos a dejar su hogar y marchar a Alaska bien seguros de volver al poco tiempo felices y millonarios, será bueno que digamos que antes de conquistar la fortuna estuvieron Jim y Charlot en gravísimos peligros.

Pero de todos salieron.

Al verse ricos, no tuvieron otro pensamiento que comprarse ropa buena y salit de Alaska. Los países de aventura tienen este inconveniente: las gentes que van a ellos no se encariñan ni arraigan.

Jim y Charlot hicieron lo que hacen todos: escapar lo antes posible.

Su fortuna quiso que regresa-

ran bien equipados y en primera de primera.

En su mismo barco volvían otros emigrantes fracasados, con poca ropa, mala salud y en tercera. No habían tenido suerte, o les había faltado la necesaria malicia para vencer en la lucha encarnizada y tenaz. Para emigrante sirve cualquiera; para triunfador sólo los fuertes, los codiciosos y los osados.

Durante el viaje Jim y Charlot se daban muy buena vida. Uno de sus mejores placeres era dejar el confort de sus ricos camarotes para dar vueltas por la parte del vapor destinada a los pasajeros de tercera.

Jim y Charlot no eran malos, pero hallaban un exquisito placer en ver de cerca los males que ellos ya no padecían. Viendo a los parias de la nave mal comidos y acosados por todas las severidades del reglamento de a bordo, reforzaban el deleite de ir en primera, durmiendo en mullida cama, comiendo glotonamente y gozando de la libertad de poder hacerlo todo sin el temor de sufrir ningún castigo. Jugar al tute en tercera es una falta gravísima que se pena con la barra; en primera se puede jugar al póker teniendo como *mirda* o por compañero de partida al capitán del vapor.

En una de sus frecuentes correrías por la tercera, tuvo Charlot

un encuentro que no podía esperar, un providencial encuentro que vino a colmar de pronto su dicha de triunfador.

Mezclada con los vencidos huía de Alaska la adorada Georgina.

Ya se ha dicho muchas veces que las grandes emociones son siempre mudas y graves.

Será verdad cuando tanto se repite; pero será en tierra firme.

Charlot estaba en un barco y surcando el amplio océano. No estaba obligado, por consiguiente, a respetar la costumbre, entumeciendo porque estaba emocionado.

No enmudeció ni fué grave. Se encaró con Georgina, la llamó a gritos y empezó a palmoear.

A Georgina la satisfizo despertar tanto contento, pero menos expresiva que Charlot, se limitó a sonreír.

Será preciso decir, para explicarse mejor la fría actitud de Georgina, que ignoraba que fuese rico Charlot.

Vela a su pretendiente en la tercera y vestido con la ropa algo arbitraria con que siempre le había visto en Alaska.

Ignoraba la infeliz que Charlot ocupa un camarote de lujo y que llevaba un equipaje de príncipe.

¡Si le hubiera visto subir al barco enfundado en su lujoso gabán y tocada la cabeza con la imponente chistera! ¡Si hubiera

sabido que volvía triunfador de aquella Alaska, en la que ella había perdido el tiempo coqueteando con el presumido Jack.

Había dejado Charlot su indumento señorial y estaba de trapillo en la tercera, porque su corazón bondadoso le había hecho comprender que hay extrema perversidad y hasta puede haber peligro en hacer alarde de riqueza y de ventura en las narices de los maltratados por la suerte.

Digan lo que quieran los pessimistas, no son todos los hijos de Adán malos con el mismo grado de maldad. Algunos son regulares. Unos descubren su mal instinto estudiando noche y día hasta que inventan el cañón de tiro rápido, las balas *dum dum* o los gases asfixiantes; otros, en cambio, hacen cosas agradables o cosas inofensivas: tortas sabrosas, almendras garapiñadas y los panecillos de Viena. ¡Qué diferencia!

La frialdad de Georgina se desvaneció con su ignorancia.

Se habla de la sonrisa de Gioconda, como de una cosa extraordinaria. ¡Genas de hablar!

Sonrisa franca, sostenida y bella, la que Georgina dedicó a Charlot, en cuanto supo que era socio de Jim y tan rico como él.

Esta sonrisa acabó de convenecer a Charlot de que Georgina le adoraba.

Peto no seamos injustos con Georgina callando lo que hizo por Charlot antes de enterarse de que era rico.

Raro es el barco en que no se mete un desdichado resuelto a viajar de balde. A estos viajeros indescubies se les da el feo nombre de *polisones*.

Los marineros del barco en que regresaba Charlot de Alaska hacían una requisa en busca de un *polison*. Suelen tener los marineros muy buen olfato para descubrir a estos viajeros. El azoramiento y la mala ropa los delata.

Charlot estaba muy mal vestido por las razones que ya se han dicho y porque tenía el capricho de retratarse con la pintoresca ropa con que había ido a Alaska a conquistar la fortuna. Estaba además azorado por haber encontrado de improviso a Georgina.

Los marineros que trataban de cazar al *polison* vieron a Charlot con mal perjeño e inquieto y no dudaron de que habían dado con el bribón que buscaban.

Le echaron mano con el afán y los malos modos propios del caso.

A Charlot le hizo gracia haber dado ocasión con su risible indumento a la plancha de los marineros.

Pacientemente y hasta gustoso

se dejó zafandear y sufrió que le injuriaran.

La mansedumbre del *polián* acreció la brusquedad de sus opresores.

Los que conocían a Charlot se divertían pensando en la cara que iban a poner los marineros cuando supieran quién era aquel millonario que se complacía en pasar por un perdido.

La chusca escena se hubieta prolongado con contento de Charlot a no mediar Georgina. Su corazón bondadoso le hizo olvidarse de que ella, que iba en tercera y sin recursos, era poca garantía para un hombre sospechoso porque parecía pobre. Sin tomarse el tiempo de pensar lo que decía, exclamó casi patética:

— Yo respondo de este hombre.

Un marinero le replicó brutal:

— ¿Y por usted quién responde, niña?

— ¡Yo! — rugió Charlot, bien decidido a poner fin a la escena que ahora le resultaba enojosa.

Intervinieron los enterados y se aclaró el quid pro quo.

Los marineros — ya lo han adivinado los lectores — trocaron luego su severidad en mansedumbre, su agresividad en servilismo, sus feas injurias en bajas adulaciones.

Charlot los perdonó de buen grado y hasta les dio una propina. Gracias a ellos había reci-

bido la prueba cierta de que no era indiferente a Georgina.

Preguntó Chaplin a la bella si quería ser su novia.

Georgina se puso un poquitín colonada, pero con colores naturales y discretos, muy diferentes de los chafarrinones escandalosos con que se ensuciaba las mejillas cuando se retocaba en Alaska para ir al cabaret.

El rubor franco y legítimo que vió Charlot en el rostro de su amada, horro de afeites, le descubrió que era buena y digna de ser su esposa.

Tomen nota las solteras y aprendan que hay centenares de ellas que no se casan porque el camino que se ponen en la cara con abuso reprobable, no deja ver el rubor que sería en ocasiones conveniente delator de que su alma es sencilla y su corazón ingenuo.

Cuando Charlot le declaró a Georgina su decidido propósito de partir con ella la felicidad y la fortuna bien ganadas, quiso la dama acentuar el tono de su rubor; pero no lo consiguió por más esfuerzo que hizo.

Al ver que le fallaba este recurso, tuvo miedo de que Charlot tomara a necedad o desdén su prolongado silencio. Alargó la mano al peticionario, bajó los ojos y silbó más que dijo un largo *siiii*.

El primer cuidado de Charlot fué disponer que se preparara a su futura un camarote de igual clase que el que él llevaba.

El resto de la travesía fué dichoso.

El lector excusará que no detallamos el idilio.

Todos los idilios amorosos son iguales o muy parecidos cuando menos. El único divertido y gustoso es el que cada cual vive.

El mismo día del desembarco empezó Charlot las diligencias para preparar su matrimonio.

A pesar de sus buenas intenciones, no se ha celebrado todavía. La inesperada muerte de Jim, que debía ser padrino de la boda, la ha retrasado.

Dos días antes del señalado para el enlace, se sintió Jim indispuerto. Se quejaba de dolores agudos en el vientre.

El médico que primero le asistió no le dió importancia al mal. Pero Jim si se la daba, porque el dolor iba en aumento. Se avisó a un especialista de dolencias del estómago, quien dió por cierto que el mal estaba en el bazo.

Resistió la enfermedad al tratamiento prescrito y se juzgó conveniente llamar a un nuevo doctor. No fué más afortunado.

En vista de que los tres se habían equivocado uno a uno, se

juzgó útil que vieran al enfermo a un mismo tiempo celebrando una consulta. El médico que más hablaba convenció a los otros de que era urgente operar, porque él tenía por seguro que el mal de Jim estaba en los intestinos.

Descuartizado el paciente se vió, con natural extrañeza, que tenía el hígado deshecho.

Dos días después se hacía al pobre Jim un entierro de primera.

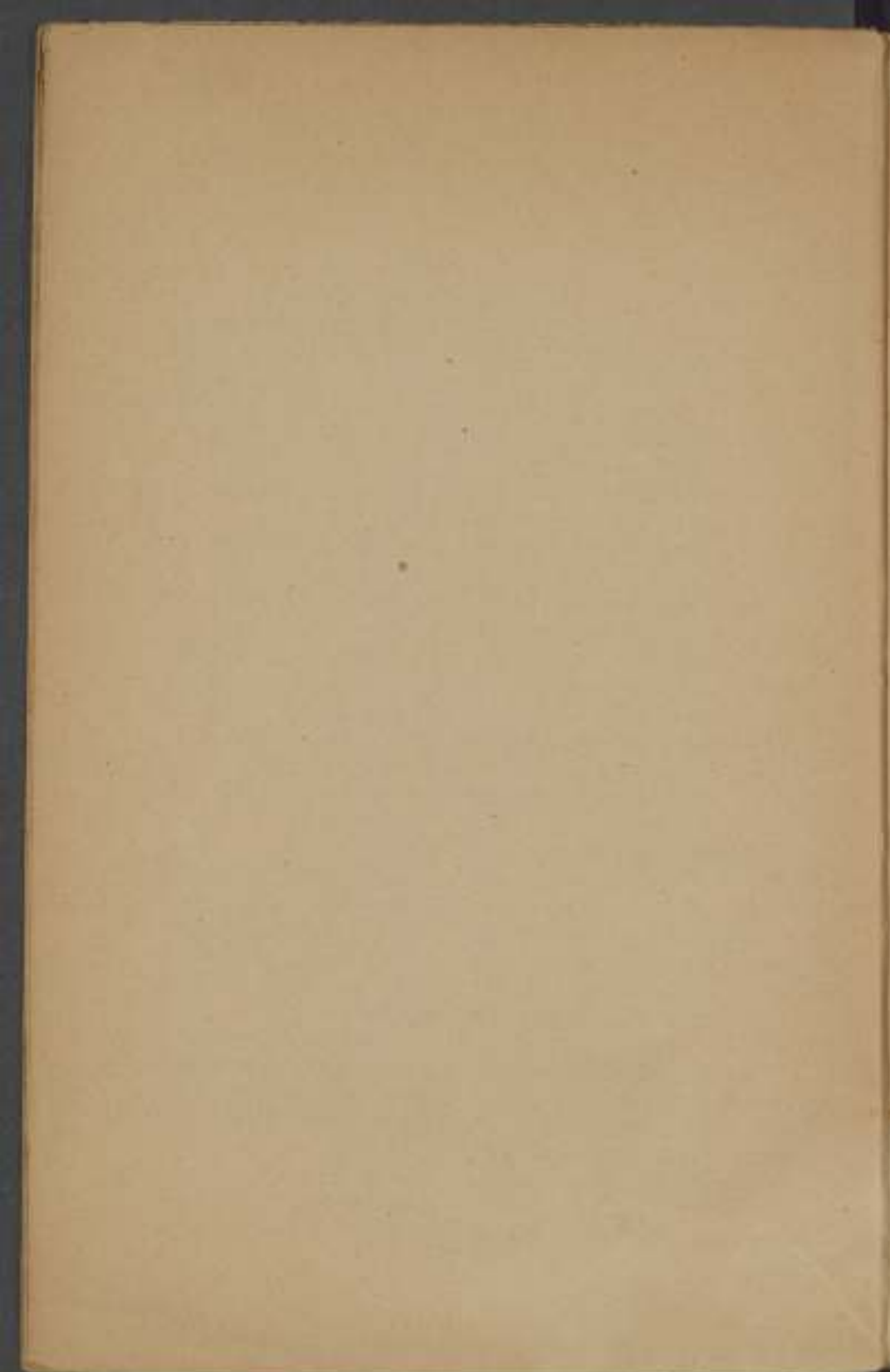
Acababa el novenario, cuando se recibió en la casa del difunto un sobre certificado. Lo abrió Charlot en calidad de albacea.

Dentro venía una lacónica carta y una cuenta detallada. Eran las dos del doctor Dunce de Alaska, quien enterado de que Jim era ya rico, le reclamaba el pronto pago de varios miles de dólares por sus cuidados facultativos.

Charlot pagó con precipitación y sin regateos, bien convencido de que el médico de Alaska era el único que había visto que el infortunado Jim estaba enfermo del hígado.

Verdad que no le había curado ni aun administrado a tiempo el prodigioso específico. Este evidente fracaso lo razonaba Charlot diciendo juiciosamente:

— Ya se sabe que no puede hacer milagros la Medicina.



EPÍLOGO

Del sobrino del autor

El relato de mi difunto tío Pepe no acaba bien. Se adivina, sin esfuerzo, que no era mi ingenuo deudo novelista profesional, en la falta de malicia con que da cabo a la obra, dejando al lector curioso sumido en un mar de dudas.

¿Realizaron por fin sus alegres sueños el apasionado Charlot y la impresionable Georgina?

¿En qué día y a qué hora se celebró la ceremonia nupcial?

¿Cómo vestía la desposada?

¿Fueron felices?

¿Tuvieron hijos?

Estas juiciosas preguntas debió adivinarlas mi buen tío para evitar que su historia novelasca, que tantos defectos tiene, adolezca del gravísimo de quedar sin desenlace.

Los lectores de novelas suelen juzgar del mérito de la obra por la habilidad con que el autor la remata.

Si la última impresión es mala, si la novela no *acaba bien*, se considera perdido todo el tiempo malgastado en seguir con interés un relato que al final queda en el aire.

Para estos curiosos que todo quieren saberlo, las mejores obras literarias (dramas, comedias, novelas) son las que concluyen dando minuciosa cuenta de la forma, más o menos truculenta y espeluznante, en que van muriendo uno a uno y por turno todos los personajes de algún relieve que han intervenido en la complicada acción. Por lo que toca al protagonista, es conveniente descender hasta el detalle, no perdiéndolo de vista hasta dejarle en la sepultura, con lo que se le asegura al lector de que ya no hay posibilidad de que realice nuevas hazañas heroicas, ni el peligro de que caigan sobre él nuevas desgracias.

La novela dramatizada *La dama de las camelias* es un modelo en el género.

Aparte otros muchos méritos, tiene el de que acaba muy bien. La pobre tísica va muriendo poco a poco, suspirando por su Armando y echando, a vista de todos, los pulmones por la boca, en prolongados y frecuentes golpes de tos.

Cuando Margarita muere, queda automática y diestramente concluido el interesante idilio.

Mi buen tío no era novelista profesional, como ya se ha dicho, y era, en cambio, hombre de extremada buena fe. No supo o no quiso fantasear y limitó su relato a lo que sabía bien, por haberlo visto con sus propios ojos en Alaska, o por haber recibido la puntual confidencia por el valioso conducto de testigos presenciales de veracidad probada.

Cuando Charlot se marchó de Alaska, rico, satisfecho y enamorado, le perdió de vista mi tío José. Y nada hizo para averiguar su nueva vida. Esto prueba que era mi tío discreto y bien educado.

Olvidando yo su ejemplo y sus lecciones, he investigado indiscretamente, hasta adquirir, por diferentes conductos, algunos datos que me permiten dar a la obra el final que le faltaba.

No respondo con juramento

de la veracidad de todos los pormenores, pero los pongo de cuenta y complemento de la novela truncada, porque los encuentro verosímiles.

El matrimonio de Charlot y Georgina se verificó dos meses después de muerto Jim.

La luna de miel entró muy pronto en el temible cuarto menguante.

El matrimonio había cambiado la situación económica de Georgina, pero no le había cambiado el carácter.

Ya casada con Charlot, como en los días en que estaba enamorada de Jack, tenía inconstancias extrañas y variaciones de humor muy alarmantes. Sin causa justificada, sin motivo y sin razón, pasaba en un mismo instante de la suavidad a la aspereza, del amor al odio, de la caricia mimosa a la bofetada violenta.

A Charlot le preocupaba, y con causa, la extraña conducta de su mujer.

Al principio tuvo celos y pasó muy malos ratos. Luego se hizo razonable y atribuyó los cambios de su costilla al mal estado de su cerebro y al desequilibrio de sus nervios. Su diagnóstico coincidía con el de Jack: Georgina estaba loca.

Pero la situación de Charlot era más grave que la de Jack. Este no era más que pretendiente de Georgina. Charlot la había hecho su esposa.

Las consecuencias fueron distintas. El Lovelace de Alaska se olvidó de Georgina al darse cuenta de su locura. Charlot se puso triste, perdió luego el apetito y acabó por enfermar. La dolencia, vaga al principio, no tardó en manifestarse en forma de pertinaz y torturadora gastralgia. Gastó un dineral en médicos y otro dineral en específicos, sin obtener favorable resultado.

Pasó Charlot varios meses en un infierno, torturado a un mismo tiempo por los dolores de estómago y por los disgustos que le daba Georgina.

Para mejorar de vida quiso encerrar a su mujer en un manicomio. No fué posible. Al encierro había de preceder un examen médico minucioso y razonado después en un informe facultativo. Los médicos declararon que Georgina estaba demasiado loca para andar suelta y lo suficiente cuerda para que en buena conciencia se pudiera aconsejar su encierro en una casa de orates.

Falto Charlot del auxilio de la ciencia para remediar sus males, hizo como todos los que sufren: confíame a los consejos del

primer profano en Medicina que le recomendó como buenos procedimientos empíricos.

Un buen amigo dió a Charlot con rotundidad de convencido, sendos remedios para sus males.

Para aliviar la gastralgia le recetó el bicarbonato de sosa: para aliviarse de su mujer, el divorcio.

Los remedios más sencillos son comúnmente los mejores.

Charlot vuelve a estar soltero (un divorciado es un soltero con la buena experiencia del casado), y tiene el estómago bastante bien.

Agradecido a los dos remedios que le han devuelto parte de la salud y la alegría que tenía bien perdidas, ha decidido dedicar una buena parte de su fortuna a la erección de dos grandes monumentos que perpetúen la fama de los dos hombres que él tiene por más gloriosos: el que descubrió el bicarbonato y el inventor del divorcio.

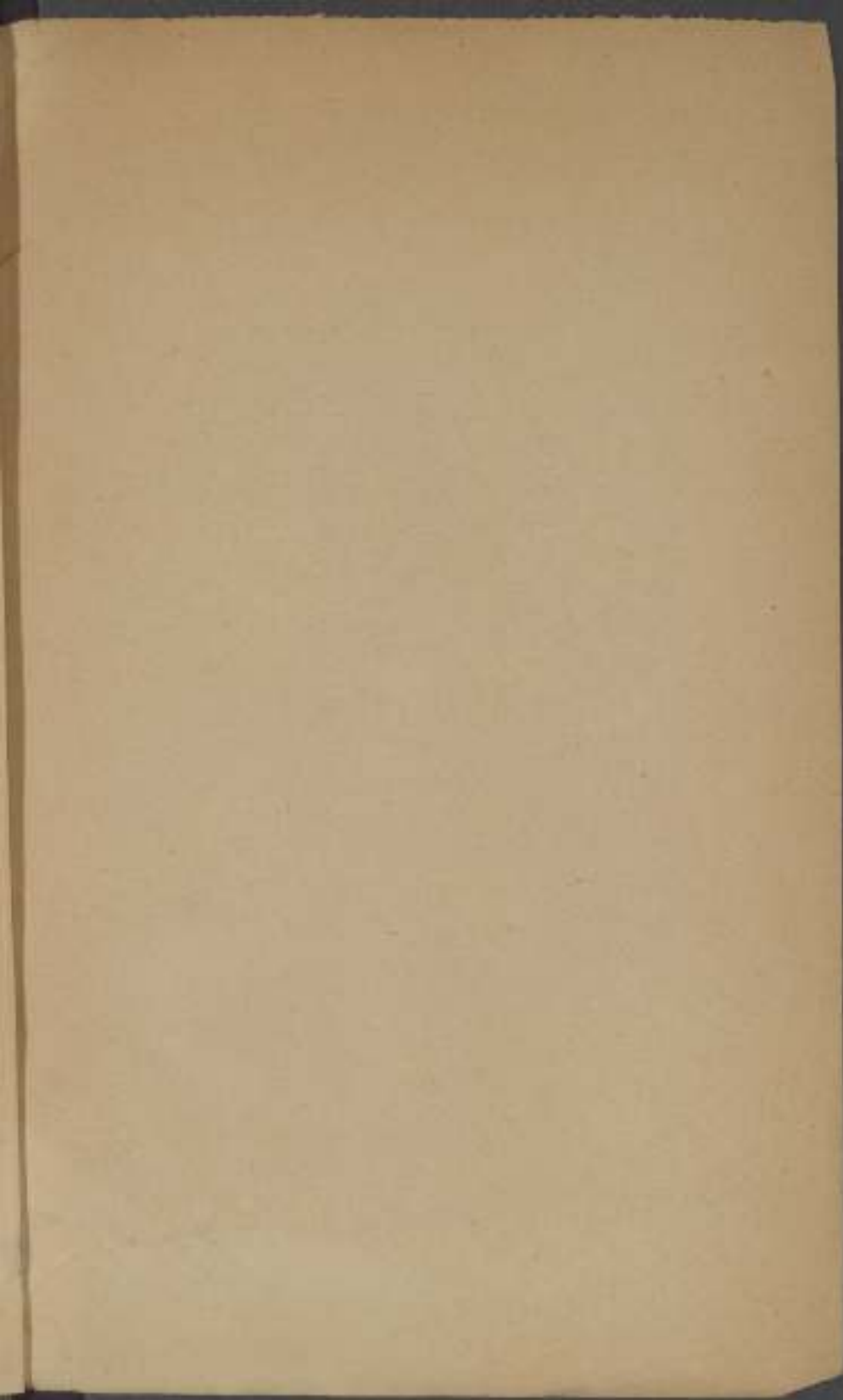
Pardientemente hace efectuar averiguaciones para conocer los nombres de los dos sabios.

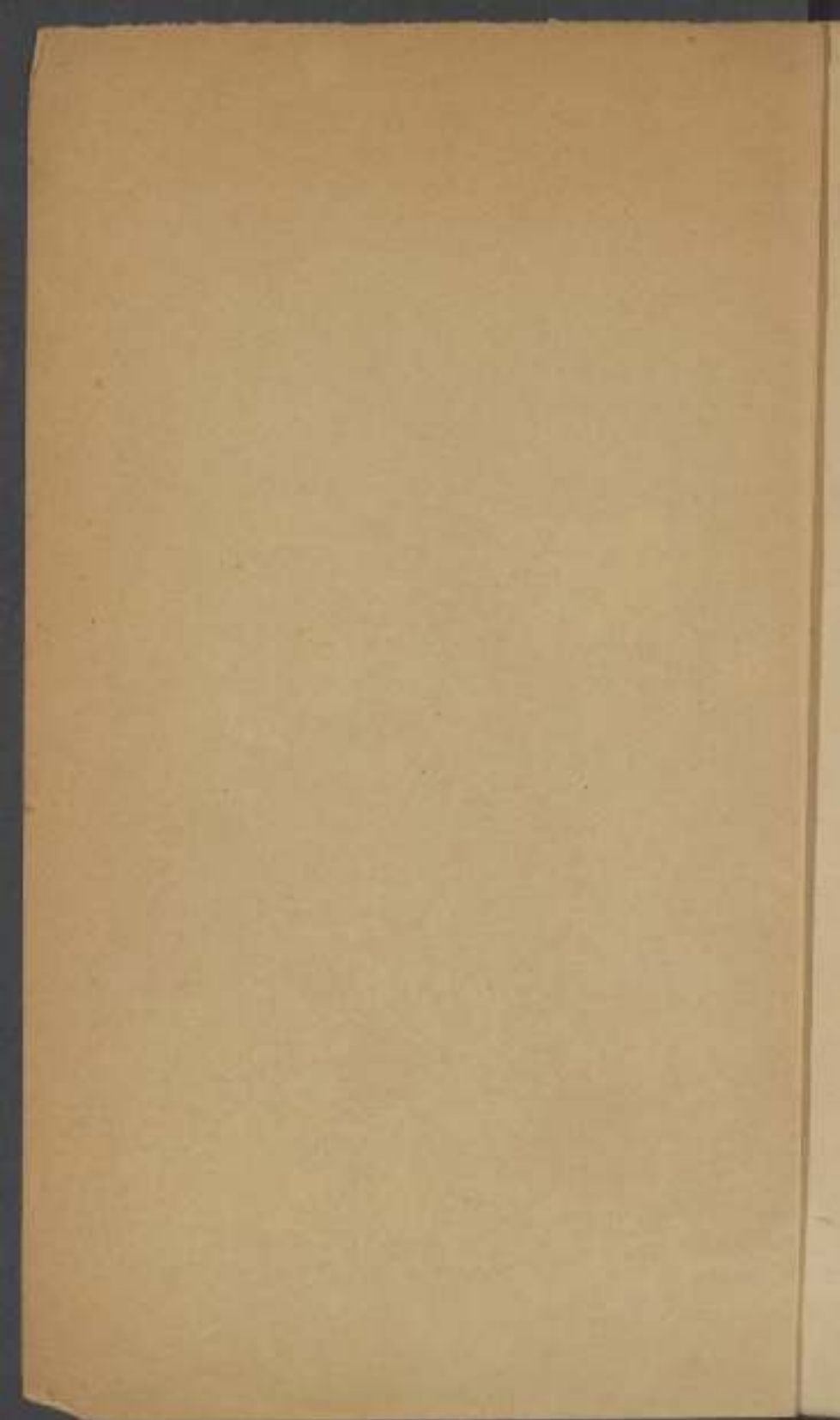
Todas las gestiones hechas hasta el día para conocer el nombre del descubridor del bicarbonato han sido vanas. En el monumento que quiere erigir Charlot no podrá figurar ningún nombre ni ningún busto. Se levantará un valioso monumento al sabio desconocido.

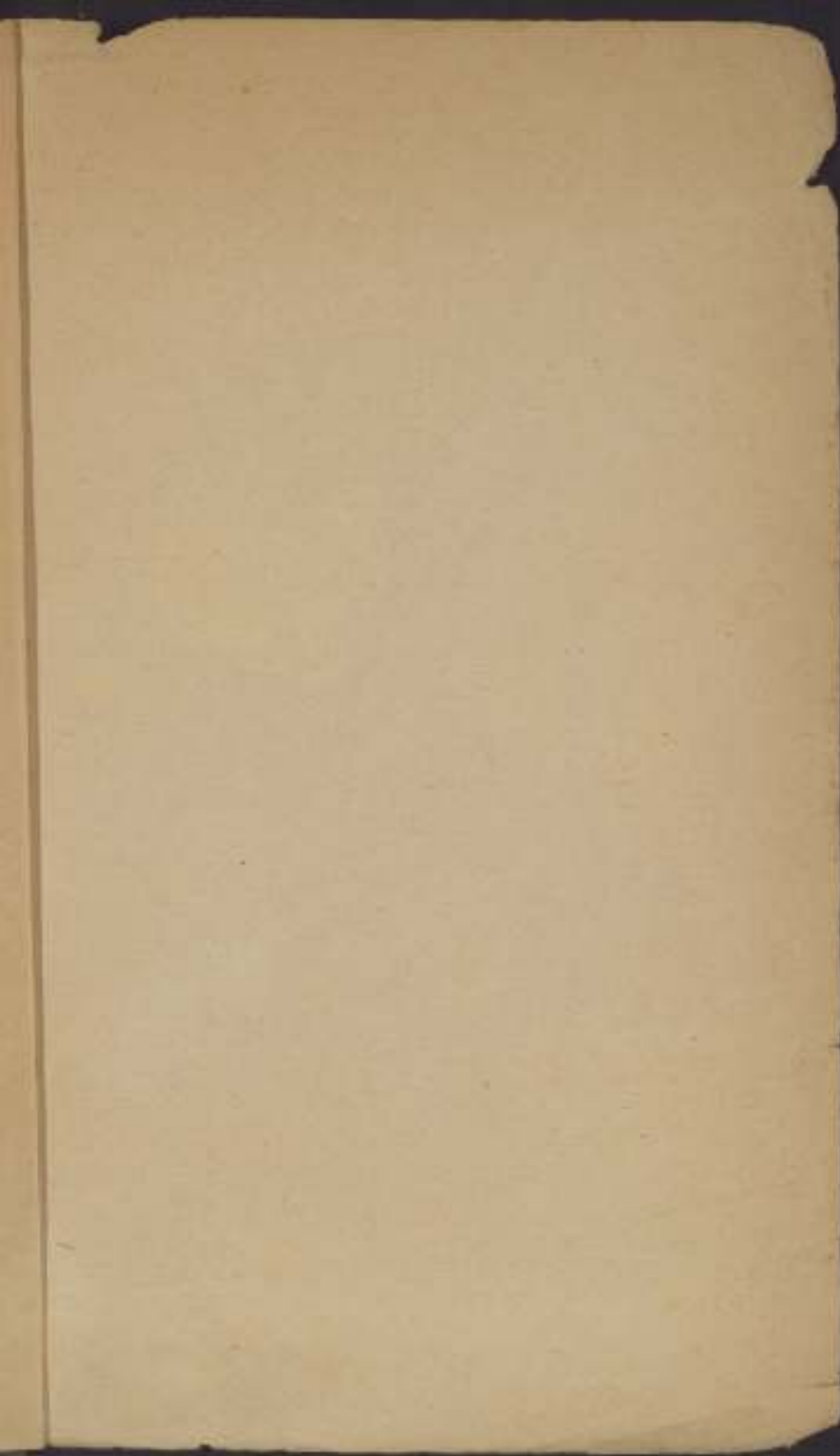
Las gestiones hechas para dar con el primer hombre que creyó bueno el divorcio, marchan por mejor camino. Todo parece probar que será justo dedicar el

pensado monumento al padre Adán, fuente del género humano y el primer hombre casado de quien se tiene noticia.

FIN







ESTE LIBRO PERTENECE A LA COLECCION

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

Colección de grandes novelas basadas en los argumentos de las mejores producciones de la cinematografía, interpretadas por las estrellas más renombradas, cuyas fotografías adornan nuestras ediciones, reuniendo en un tomo una preciosa novela y un interesante álbum de reproducciones fotográficas de los mejores artistas de la pantalla.

VOLUMENES PUBLICADOS

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS, por Luis Feuillade y Pablo Cartoux. Interpretación de la notable actriz Sandra Milowanoff y el actor cómico Biscot	2	ptas.
JUDEX, por Luis Feuillade y Arturo Bernède. Interpretada por el celebre René Navarro	2	"
LA NUEVA MISIÓN DE JUDEX. Segunda parte de «Judez»	2	"
LA HUERFANA, por Luis Feuillade y Federico Bouteff. Por los mismos intérpretes de «Las dos niñas de París»	2	"
BARRABÁS, por Luis Feuillade. Interesantísimo argumento	2	"
EL SEÑO DEL ZORRO, por el popularísimo Douglas Fairbanks. ..	1'50	"
LA COQUETA IRRESISTIBLE. Asunto moderno y original, por la estrella Constance Tarnadge	2	"
PARISETTE, por Luis Feuillade. Por la sublime actriz Sandra Milowanoff	2	"
EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por Arturo Bernède. Emocionante novela dramática	2	"
POR LA PUERTA DE SERVICIO. Delicada comedia por la minada del público Mary Pickford	2	"
LA AMORAZADA, por Pierre Decourcelle, autor de «Los dos pilletes». Misterio y emoción	2	"
POMENTILLA. Novela norteamericana, por la graciosa artista Dorothy Gish	2	"
EL HIJO DEL PIRATA, por Luis Feuillade y Pablo Cartoux. Interpretación de Aimé Simon Gerard	2	"
EL CAPITÁN KID. Por el gran atleta y conocido artista Eddie Polo ..	2	"
LOS PARIAS DEL AMOR, por Marcel Allain. Gran asunto pasional ..	2	"
ESPOSAS PRIVOLAS. Drama americano de gran interés	2	"
LA HUERA DEL MUNDO. Novela de aventuras, por Mia May	2	"
LA TRAGEDIA DEL COBRE DE LYON, por Léon Poirier. Historia de un lamentable error judicial	2	"
EL HOMBRE DE LA PARROQUIA, por Carlos Dickens. Obra maestra de fama universal, interpretada por el niño-prodigio Jackie Coogan ..	1'50	"
EL MILAGRO, por Frank L. Packard. Por el notable actor Tomás Meigham	1'50	"
RICARDO CORAZÓN DE LEÓN, por Walter Scott. Sacada de la novela «El talismán o Ricardo en Palestina»	2	"
EL HUERFANO DE PARÍS, por Luis Feuillade. Un detective de quince años: creación de Montillo y la niña Bourbonie	2	"
EL LADRÓN DE BAGDAD. Cuento oriental de «las mil y una noches». Por el gran favorito Douglas Fairbanks.	1'50	"
DORONA VERNON, por Carlos Major. Preciosa novela en que la incomparable Mary Pickford se supera a sí misma	2	"
DON Q. HIJO DEL ZORRO. Por Douglas Fairbanks. Continuación de «El signo del Zorro»	1'50	"
LA PEQUEÑA ANITA. Sublime creación de Mary Pickford	1'50	"
LA QUIMERA DEL CUO. La película definitiva de Charles Chaplin (Chariot)	1'50	"